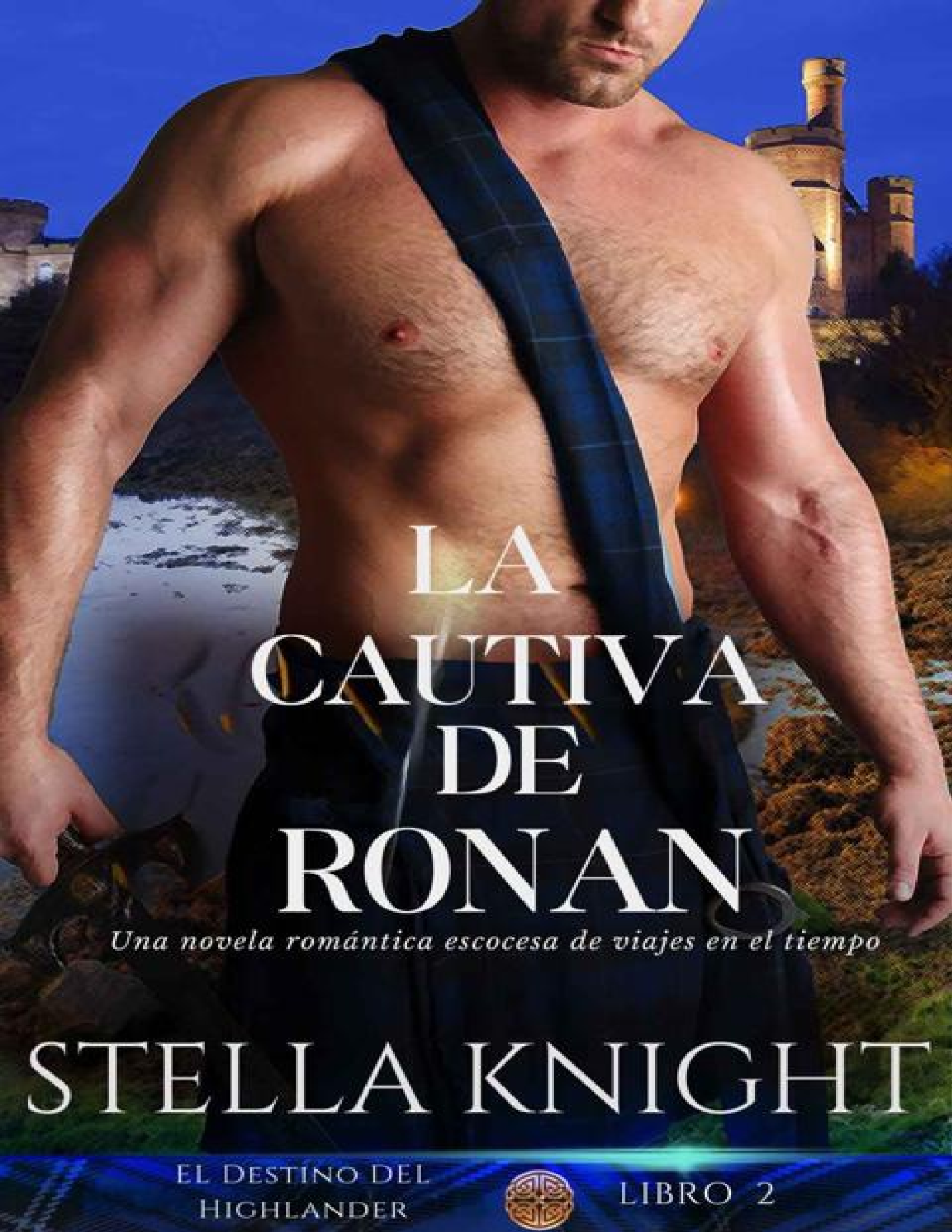


A muscular man with a beard, wearing a dark blue kilt, stands in the foreground. He is shirtless, showing his chest and arms. In the background, a stone castle with towers is illuminated against a dark blue night sky. The scene is set in a rugged, rocky landscape.

LA CAUTIVA DE RONAN

Una novela romántica escocesa de viajes en el tiempo

STELLA KNIGHT

EL DESTINO DEL
HIGHLANDER



LIBRO 2

LA CAUTIVA DE RONAN

EL DESTINO DEL HIGHLANDER

LIBRO DOS



STELLA KNIGHT

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Avance Del Vínculo De Ciaran](#)

[El vínculo de Ciaran](#)

[También De Stella Knight](#)

[Sobre La Autora](#)

Copyright © 2025 por Stella Knight

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso expreso por escrito del editor.

stellaknightbooks.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia.

CAPÍTULO 1



Actualidad
Syracuse, Nueva York

Kara entró en el polvoriento desván y lo observó. Este había sido el dominio de su abuela Alice cuando aún vivía, con las pilas de libros y cajas viejas dispuestas tal y como ella prefería. Kara había evitado el desván mientras crecía, encontrando abrumadoras las interminables pilas de libros.

Contemplándolo ahora, Kara casi podía ver a Alice acurrucada en el sillón del rincón, absorta en uno de sus libros sobre historia medieval, irguiéndose para dedicarle una amable sonrisa.

Pero Alice, como su abuela insistía en que la llamara por su nombre de pila, había fallecido hace dos semanas, y como su única nieta y heredera, le correspondía a Kara clasificar todas sus pertenencias. Había limpiado la casa de estilo Craftsman de Alice todos los días durante las últimas dos semanas y evitó a propósito el desván hasta ahora. Guardaba demasiados recuerdos; la presencia de Alice impregnaba cada libro, cada caja, cada rincón del desván en el que había pasado tanto tiempo.

Kara exhaló y entró en el desván, agachándose para comenzar la ardua tarea de vaciarlo. Los parientes lejanos que habían acudido al funeral de Alice ofrecieron su ayuda para limpiar la casa, pero Kara se negó. En cierto modo, estos eran sus últimos momentos con su abuela; gran parte de Alice persistía en esta casa incluso después de su muerte.

Kara sonrió al recoger un viejo álbum de fotos, haciendo una mueca al abrirlo y ver una antigua foto suya. En la foto, tenía catorce años, era desgarbada y torpe, con los brackets visibles mientras sonreía a la cámara.

Kara colocó el álbum de fotos en la caja de "CONSERVAR". Sentimental hasta la médula, sospechaba que Alice había guardado todas y cada una de las vergonzosas fotos de sus años de adolescencia.

Alice se había encargado de criar a Kara después de la muerte de su madre por cáncer; Kara tenía ocho años en ese momento, era hija única y nunca había conocido a su padre. Alice era una abuela joven, apenas en sus cuarenta y tantos cuando Kara vino a vivir con ella. A menudo le decía que creía que el destino había llevado a Kara a vivir con ella; la había amado ferozmente.

—Te echo de menos, Alice —susurró Kara, parpadeando para contener una oleada de lágrimas mientras recogía una foto enmarcada que yacía debajo del álbum. Era una de Alice en sus años más jóvenes; su pelo rubio largo y suelto, libre de las canas que eventualmente lo surcarían, los ojos verdes que Kara había heredado, brillantes y vívidos, sus labios curvados en esa media sonrisa familiar que a menudo lucía.

Alice había estado enferma durante algún tiempo con una afección cardíaca, pero su muerte aún golpeó duramente a Kara, añadiendo más miseria a un año decididamente horrible. La revista donde trabajaba la había despedido de su puesto como reportera de investigación, un trabajo en vías de extinción en una industria cada vez más moribunda. Kara amaba su trabajo y era una adicta al trabajo en toda regla, entregándose a cada aspecto de su empleo en detrimento de todo lo demás, incluidas las relaciones. Pero Alice nunca criticó cuánto trabajaba su nieta, incluso cuando ese trabajo hacía que sus visitas disminuyeran. Alice simplemente le dijo un Día de Acción de Gracias que llegaría un día en que el trabajo no parecería tan importante. Kara había intentado no poner los ojos en blanco, suponiendo que Alice se refería al momento mágico en que conocería a su futuro marido, algo que Kara no creía que fuera a suceder nunca. Kara tenía veintinueve años y aún no había conocido a nadie que despertara su interés tanto como su trabajo; su último novio le dijo que sentía como si ella lo estuviera engañando con su trabajo, y que este siempre sería lo primero. En el fondo, Kara sospechaba que tenía razón.

Kara se abanicó con un libro viejo, exhalando un suspiro. Solo llevaba un mes sin trabajo, pero parecía una eternidad. No podía esperar para encontrar otro trabajo en el que sumergirse, algo que la distrajera de su dolor.

Sacando su teléfono, Kara buscó una lista de reproducción animada para escuchar mientras continuaba clasificando las cosas de Alice. Hizo un buen progreso durante las siguientes dos horas, ordenando pilas de libros, diarios y álbumes de fotos en las cajas de "CONSERVAR" y "NO CONSERVAR" hasta que llegó al rincón trasero del desván.

Allí, vio un cofre de madera cerrado con un candado de combinación. Escondido debajo de varias otras cajas, parecía como si alguien hubiera intentado ocultarlo. Kara lo estudió, desconcertada. Puede que no hubiera pasado mucho tiempo en el desván, pero no lo reconocía en absoluto.

Kara sacó el cofre del rincón, notando una pequeña nota pegada en la parte superior.

Solo para los ojos de mi nieta Kara Forrester.

Su confusión se profundizó. Alice no había mencionado nada sobre este cofre durante sus últimas visitas, y si había algo valioso dentro, no lo había incluido en su testamento.

Kara se inclinó para arrancar la nota del cofre, dándole la vuelta. Alice había garabateado otro mensaje.

Care Bear, si estás leyendo esto usa la contraseña especial.

Kara no pudo evitar sonreír ante el uso que hacía su abuela de su apodo de la infancia, uno que continuó usando hasta bien entrada la adolescencia de Kara. De adolescente, Kara odiaba el apodo, pero ahora una oleada de dolorosa nostalgia la invadió. Haría cualquier cosa por oír a Alice llamarla "Care Bear" una vez más.

Miró el candado de combinación. Sabía exactamente a qué contraseña se refería Alice. Era la fecha en que había ido a vivir con Alice, una fecha que Alice decía que había cambiado su vida para mejor.

12 de junio de 1996. 12061996.

Kara giró el candado de combinación con los números correspondientes a la fecha. Cuando hizo girar el disco hasta el último número, cedió y abrió el cofre.

La sorpresa la invadió al mirar dentro del cofre; solo había un sobre y una funda para trajes. Con el ceño fruncido, Kara alcanzó el sobre.

Lo abrió y sacó una carta de al menos diez páginas. Kara se recostó contra la pared para leer.

Osita cariñosa:

He estado investigando un misterio histórico familiar durante algún tiempo; algo que

descubrí mientras investigaba nuestra genealogía. En la primavera de 1390, los registros indican que ocurrió un incendio en medio de la noche durante un conflicto entre clanes en las Tierras Altas de Escocia. Una rama separada de nuestra familia murió en este incendio. Solo he podido encontrar escasos registros al respecto, pero parece que el incendio fue intencional y mató a muchos; los perpetradores nunca fueron encontrados. Nuestros ancestros lejanos fueron simples víctimas inocentes.

Kara bajó la carta y se frotó los ojos. Aunque esto era trágico, no entendía cómo esta carta merecía que Alice la guardara bajo llave con una nota indicando que era solo para sus ojos.

Siguió leyendo.

Sabes que no puedo resistirme a un buen misterio, al igual que tú, Osita. Comencé a investigar esta región particular en las Tierras Altas de Escocia alrededor de la época de este incendio, y había rumores de personas que desaparecían y aparecían de la nada.

Kara se quedó inmóvil, pero se obligó a seguir leyendo.

Creo que sé la razón de esas desapariciones. Quédate conmigo, cariño, porque esto va a sonar loco. Creo que los viajes en el tiempo son reales. Y... no puedo decirte cómo lo sé, pero creo que tú tienes la capacidad de viajar a través del tiempo.

Las manos de Kara temblaban mientras releía esta parte de la carta varias veces.

—Oh, Alice —susurró Kara, bajando la carta y presionando su mano contra su boca. Alice había sido lógica hasta la médula; no creía en nada sin evidencia sólida. Odiaba la ciencia ficción y todo lo que cayera bajo el paraguas de la fantasía.

La inquietud se arremolinó en el estómago de Kara. La mente de Alice había estado lúcida hasta el final; los médicos le dijeron que de ninguna manera estaba cognitivamente afectada. Parecía que los médicos se habían equivocado.

Kara tragó saliva, obligándose a seguir leyendo.

Sé lo que estás pensando, Osita. Que tu abuela ha perdido la cabeza. Ahora, todo lo que tengo como prueba son rumores y habladurías. Pero siempre confío en mi instinto y quiero que me sigas la corriente. Hay coordenadas al final de esta carta; están en Escocia. En la funda para trajes hay un vestido que te servirá para donde vas.

Y si no estoy loca y realmente eres transportada a través del tiempo, me gustaría que pusieras en uso esas habilidades de investigación tuyas. Quiero que resuelvas este misterio y salves las vidas de nuestros ancestros lejanos, y de los innumerables otros que murieron esa primavera.

CAPÍTULO 2



1390

Mansión Macleay

—*E*staba aquí —insistió Beathan, volviéndose hacia Ronan—. La muchacha. Lo juro.

Ronan se encontró con los ojos desesperados de su mayordomo, con la boca tensa. Había dejado temprano la boda de su primo Eadan para regresar a su mansión después de que su sirviente Gavin lo fuera a buscar. Beathan había mandado llamar a Ronan después de ver a una extraña muchacha deambulando por los terrenos. Una muchacha que supuestamente se desvaneció ante sus ojos.

Pero habían pasado toda la noche revisando cada sección de los extensos terrenos de la mansión, desde los establos hasta los jardines traseros, incluso partes del bosque circundante, pero no había señales de una muchacha errante.

—Sé que suena una locura —continuó Beathan, ante la mirada recelosa de Ronan—, pero la muchacha desapareció. Lo vi. Cr-creo que era una de las *stiuireadh*.

Ronan se puso tenso. Parecía que él y Eadan eran los únicos que no creían en las *stiuireadh*, brujas druidas que supuestamente hacían desaparecer a la gente.

Beathan mantuvo su mirada suplicante fija en él. La decepción invadió a Ronan al encontrarse con los ojos oscuros de Beathan. En sus cincuenta años, con un rostro redondo y amable y un aire paternal, Beathan era uno de los hombres más racionales que conocía; era una de las razones por las que lo había contratado para supervisar su mansión.

—Es probable que sea una muchacha que se perdió y encontró el camino de vuelta al castillo o a la aldea —dijo Ronan con un gesto desdeñoso de la mano—. El castillo no está lejos; puede ser una invitada a la boda que se extravió.

Beathan no parecía convencido, pero Ronan se dio la vuelta para regresar a la mansión. Antes, tenía toda la intención de volver al castillo después de buscar a esta misteriosa muchacha, pero la búsqueda infructuosa duró más de lo que había pensado y las festividades de la boda probablemente ya habían terminado. Eadan ya habría llevado a su nueva esposa, Fiona, al lecho nupcial.

Eadan y Fiona se dirigían a una de las propiedades de los Macleay en lo profundo de las Highlands para pasar un tiempo a solas después de la boda; habían tenido unas semanas turbulentas lidiando con las intrigas de un líder de clan rival, Dughall del Clan Acheson. Eadan le había dicho a Ronan que quería pasar tiempo a solas con su nueva esposa antes de asumir su papel como jefe del Clan Macleay. Mientras Eadan estuviera fuera, le había confiado a Ronan las tareas de liderazgo del castillo y del clan. Al día siguiente, Ronan asumiría oficialmente las

responsabilidades de liderazgo de Eadan. La ansiedad llenó su pecho ante la idea.

Aunque Ronan ocupaba un alto rango en el clan y tenía una mansión propia, Eadan era quien siempre había asumido gran parte de las responsabilidades de liderazgo del clan. Ronan no era un heredero directo y no tenía las mismas presiones que Eadan; había pasado la mayor parte de su vida disfrutando de su ocio con muchachas, bebida y deporte. Pero en el fondo, Ronan envidiaba a su primo por sus admirables habilidades de liderazgo; Ronan no creía poseer los mismos talentos.

Cuando Ronan entró en su cámara vacía, despojándose de su kilt y túnica, una oleada de envidia lo invadió al pensar en la recién encontrada felicidad de Eadan con Fiona. Esta envidia lo había atravesado por primera vez durante la boda y seguía persistiendo, lo que lo irritaba. Nunca había deseado una novia propia, aliviado de que toda la presión recayera sobre Eadan para producir un heredero para el clan.

Se dio cuenta de que no se había acostado con una muchacha en semanas, con su atención centrada en el conflicto con el Clan Acheson. Tendría que encontrar pronto a una hermosa muchacha para saciar su lujuria. Una vez que aplacara sus inquietos lomos, este extraño anhelo cesaría.



AL AMANECER DEL DÍA SIGUIENTE, Ronan se dirigió a caballo al Castillo Macleay. La tensión se apoderó de él cuando llegó, entrando en el gran salón. Una docena de yeomen, arrendatarios y terratenientes ya se habían reunido; todas las miradas se posaron en él mientras se dirigía a la mesa principal.

A diario, Eadan escuchaba sus quejas y emitía resoluciones. Si no podía llegar a una resolución por sí mismo, celebraba una reunión con los otros nobles del clan. Ronan se alegraba de no tener este deber, pero en ausencia de Eadan, este era ahora su papel.

Durante el resto de la mañana, escuchó las preocupaciones de cada hombre. Afortunadamente, eran disputas menores sobre tierras y rendimientos de cosechas, y Ronan emitió lo que esperaba fueran resoluciones justas.

El alivio lo invadió cuando la multitud comenzó a disminuir, aunque sus ojos se abrieron de sorpresa ante la mujer de cabello negro que se adelantó, la última visitante del día. Elspeth Graeme. La viuda de un noble de alto rango del Clan Macleay, también había sido simpatizante y aliada cercana del Clan Acheson. Eadan y sus hombres no la habían encontrado culpable de ningún delito en los días posteriores a la batalla con Dughall, pero aún no estaba exenta de sospecha. Eadan había ordenado que permaneciera bajo la vigilancia de sus hombres, y sus movimientos más allá de las tierras del clan estaban restringidos.

—Señora Graeme —dijo cortésmente, aunque su cuerpo se había puesto rígido de tensión—. ¿Tiene alguna queja en la que pueda ayudarla?

Elspeth hizo una pausa antes de hablar, lanzándole una mirada seductora con sus ojos oscuros. Elspeth era una invitada frecuente en las cenas del castillo; durante una de esas cenas étlicas, Ronan la había besado. No había ido más allá de eso; aunque era bastante hermosa, no despertaba deseo en su vientre y no había intentado acostarse con ella. Pero por las miradas furtivas que le lanzaba cada vez que estaba cerca, sabía que ella deseaba más.

—He venido a solicitar la propiedad de las tierras del sur que le pertenecían a mi difunto esposo, Artagan Graeme. Mi solicitud ha estado en consideración durante algún tiempo, desde antes de la batalla con Dughall y sus hombres.

—Revisaré las escrituras de tierras de Eadan, pero es posible que deba esperar el regreso de mi primo.

La boca de Elspeth se tensó y juntó las manos frente a ella.

—Sí —murmuró Elspeth—. Lo entiendo, mi señor. Pero espero que no tome mucho más tiempo, se me deben esas tierras. Le agradecería si pudiera enviarme un aviso cuando las tierras sean transferidas. O... podría hacerme una visita en la Casa Graeme.

Sus palabras eran corteses pero cargadas de significado. Sonrió, su mirada se detuvo en la de él. Ronan desvió la mirada, tratando de mantener una expresión estoica. Había sido una tontería besar a la muchacha y darle falsas ideas.

—Enviaré noticias cuando pueda —dijo—. Le agradezco por venir al castillo.

El rostro de Elspeth se ensombreció de decepción, pero le hizo una respetuosa reverencia y salió del salón, seguida por una sirvienta.

—Su primo no quiere concederle esas tierras a la señora Graham; aún no se confía en ella.

Ronan miró al nuevo mayordomo del Castillo Macleay, Moireach, que había estado sentado en silencio a su lado toda la mañana. Ahora Moireach lo miraba con desaprobación.

—No hice ninguna promesa —respondió Ronan con rigidez—. Como le dije, esperaré el regreso del señor.

Moireach le dio un brusco asentimiento, poniéndose de pie.

—Hay escrituras y rentas que revisar en el estudio del señor. Venga —dijo Moireach, sin esperar a Ronan mientras salía del salón.

Ronan lo miró con furia. Moireach había reemplazado al antiguo mayordomo de Eadan, Naoghas, un hombre amable que Ronan conocía desde que era un niño. Dughall había hecho matar a Naoghas hacía unas semanas; Ronan, Eadan y muchos en el clan lo echaban mucho de menos. Moireach venía recomendado de la casa de otro noble del clan, y aunque demostraba ser más que competente, ya actuaba como un padre dominante, uno que no respetaba el liderazgo temporal de Ronan.

Ronan pasó el resto del día revisando las pilas de pergaminos sobre la mesa de Eadan en su estudio; ni siquiera tuvo tiempo de hacer una pausa para la comida del mediodía. No sabía cómo su primo manejaba una tarea tan tediosa día tras día.

Ya había caído la noche cuando Ronan finalmente regresó a su casa señorial, escondida en su propio pedazo de tierra a una pequeña distancia del castillo, su fachada de piedra gris oscuro se alzaba en la oscuridad mientras se acercaba.

Su tío le había concedido la casa señorial en su vigésimo año después de que el dueño anterior falleciera. Y aunque pasaba la mayor parte de su tiempo allí, nunca se sintió tanto como un hogar como lo hacía el Castillo Macleay. Había crecido en el castillo, su tío Bran lo había acogido después de la muerte de su propio padre. Bran era más como un padre para él que un tío, Eadan como un hermano.

Una repentina punzada de soledad lo atravesó. Eadan y Fiona pronto comenzarían su familia y Bran se había retirado a su propia casa fuera de los terrenos del castillo. Pronto el castillo ya no se sentiría como un hogar. Supuso que era por esto que los hombres elegían casarse, para crear una sensación de hogar. No era algo que Ronan hubiera siquiera considerado ni era algo que hubiera deseado jamás. No quería cargar con la responsabilidad de una esposa, una familia. Su serie de amantes le traía gran satisfacción, y se aseguraba de decirle a cada una antes de acostarse con ellas que no tenía deseos de casarse.

Ronan desmontó de su caballo al llegar al patio de su casa señorial, entregando las riendas a un mozo de cuadra que se apresuró a acercarse. No había habido tiempo hoy, pero tenía la

intención de organizar una cena en el castillo para buscar a su próxima amante. Dejaría claro lo que buscaba: una muchacha para calentar su cama. El hecho de que Eadan se hubiera establecido con una esposa no significaba que él tuviera que hacer lo mismo.

Apaciguado por el pensamiento, entró en la casa señorial y subió las escaleras, dirigiéndose por el largo pasillo hacia su habitación.

Se quedó helado ante la vista que lo recibió. En la base de la puerta de su habitación yacía un trozo de madera carbonizada. Reconoció la corteza oscurecida, madera de un árbol de saúco.

Era un mal presagio, y alguien lo había colocado allí para que lo encontrara.

Era una amenaza.

CAPÍTULO 3



Actualidad
Nueva York

Durante el viaje en tren de regreso a Nueva York, los pensamientos de Kara volvían constantemente a la carta de su abuela. Las cosas que había escrito eran una locura, pero Alice había estado completamente lúcida y con los pies en la tierra la última vez que la vio.

Kara cerró los ojos, frotándose la sien y recostando la cabeza en el asiento. Había una parte de ella que quería creer que Alice no había escrito la carta, que alguien la había puesto en su ático como una broma cruel.

Pero conocía la letra de su abuela como la palma de su mano.

Creo que los viajes en el tiempo son reales.

Kara abrió los ojos, su mirada se desvió hacia el baúl que había guardado bajo sus pies, el baúl que contenía la carta, junto con un vestido de la época del siglo XIV que Alice quería que usara cuando viajara mágicamente a través del tiempo.

Kara recordó su miedo infantil a los fantasmas y las repetidas garantías de Alice de que los fantasmas, y cualquier cosa sobrenatural, no existían. *Supongo que los viajes en el tiempo no cuentan.*

Cuando su tren llegó a la bulliciosa estación Penn, Kara decidió que simplemente guardaría el baúl de Alice en el armario de su sala de estar. Ignoró la culpa que ardía en su pecho, pero difícilmente podía hacer lo que Alice pedía. Los viajes en el tiempo no eran reales, y su petición era ridícula. Una locura. ¿Por qué Alice no pudo tener una última petición simple, como ser feliz y vivir tu vida?

Pero Alice no era una mujer simple. Incluso mientras la frustración y la incredulidad la invadían, Kara sonrió al recordar la personalidad poco convencional de su abuela.

Alice había sido profesora de historia en la Universidad de Syracuse, especializada en estudios medievales. Kara había conocido a algunos de sus estudiantes que le contaron sobre los métodos de enseñanza poco tradicionales de Alice. En lugar de conferencias, trabajos y exámenes, Alice reunía a sus estudiantes en clase, en su casa, en parques o donde se le ocurriera, y mantenía conversaciones detalladas de ida y vuelta sobre la historia medieval. También había sido una tutora poco convencional, nunca gobernando a Kara con mano de hierro, animándola a hacer lo que quisiera en la vida que la hiciera feliz.

—Es tu camino, Care Bear —le había dicho Alice hace varios años—. Ya sabes adónde vas y lo que quieres.

Cuando Kara entró en su apartamento estudio en Brooklyn, todavía sonreía ante el recuerdo.

Dejó su maleta y llevó el baúl al armario de la sala, guardándolo y cerrando la puerta, como si el acto por sí solo pudiera alejar el baúl de sus pensamientos.

Bueno, este es mi camino, Alice, dijo en silencio. No entretener ideas locas.

Pasó el resto de la tarde desempacando, limpiando el desorden que había estado demasiado afligida para afrontar antes de irse y reanudando su infructuosa búsqueda de trabajo en línea. Todo el tiempo se esforzó mucho por no detenerse en su dolor o su confusión por la carta de Alice; pero la carta seguía entrometiéndose en sus pensamientos como una picazón molesta que no podía rascar.

Quiero que resuelvas este misterio y salves las vidas de nuestros ancestros lejanos, y las innumerables otras que murieron innecesariamente.

Kara cerró su portátil, poniéndose de pie. No se permitiría entretener las palabras de Alice. No lo haría.

Pero los pensamientos permanecieron incluso después de que se metió en la cama, fragmentos de la carta de Alice resonando en su mente. Incapaz de dormir, Kara se deslizó fuera de la cama alrededor de la medianoche y fue al armario para sacar el baúl, sintiéndose como una adicta buscando su dosis.

Sacó la carta y la leyó una vez más, luego otra vez, antes de quedarse dormida en el sofá, con la carta apretada contra su pecho.

Cuando despertó a la mañana siguiente, supo que no podía seguir con su rutina habitual de ir al gimnasio, volver a su apartamento para buscar trabajo, hacer la compra y luego buscar más trabajo. El contenido de la carta de Alice había dominado su mente. Y Alice la conocía bien, demasiado bien. Kara nunca podía resistirse a un buen misterio por resolver. Era una de las razones por las que se había convertido en reportera de investigación.

Kara se puso de pie, alcanzando su teléfono. No más cavilaciones por su cuenta. Necesitaba consejo externo.

Envió un mensaje rápido a su amigo Jon, su antiguo compañero de trabajo de la revista. Ella y Jon habían tenido una mala cita en la que descubrieron que tenían cero química, pero sí tenían una gran compatibilidad como amigos. Jon era una de las personas más lógicas que conocía. Aunque no tenía la intención de contarle todos los detalles explícitos de la carta de Alice, le diría lo suficiente para que él le diera un consejo.

Jon respondió casi inmediatamente a su mensaje, aceptando reunirse con ella para almorzar en un bistró cercano. La encontró fuera del bistró, su cabello rubio oscuro despeinado, como si hubiera estado pasándose las manos por él, sus ojos marrones llenos de preocupación. Dando un paso adelante, le dio un largo abrazo y murmuró sus condolencias.

Una vez sentados, ella mantuvo la conversación ligera, contándole detalles de su viaje al norte del estado mientras trataba de averiguar cómo abordar el tema de la carta de Alice. Pero a mitad de la comida, Jon dejó su tenedor, su rostro infundido de preocupación.

—Algo anda mal —dijo—. ¿Qué es?

Kara lo estudió, tomando aliento. ¿Cómo expresar esto?

Así que el último deseo de mi abuela es que viaje al pasado más de seiscientos años y, a pesar de mis esfuerzos, estoy considerándolo seriamente.

—Tengo una pregunta para ti —tanteó ella—. ¿Crees en... los extraterrestres?

Su rostro se encendió cuando el camarero rellenó sus vasos con agua justo en el momento en que hacía la pregunta. El rostro del camarero permaneció impasible, pero sus labios temblaron.

Los ojos de Jon se abrieron con diversión y sorpresa. Ella esperó a que el camarero se fuera antes de continuar.

—¿Hadas? ¿Monstruos? ¿Cosas que la mayoría de la gente no considera reales?

Ahora la diversión de Jon se desvaneció y la estudió con creciente preocupación.

—Kar, ¿qué...?

—Solo tengo curiosidad —le interrumpió ella—. Sígueme la corriente.

—Bueno —dijo Jon, tras una larga pausa—, la respuesta corta es... no. La respuesta larga es... todo es posible. Hay mucho que aún no hemos descubierto. Y... ¿cuál es esa cita de Sherlock? Cuando has descartado lo imposible, lo que queda...

—Por improbable que parezca, debe ser la verdad —terminó Kara. Se reclinó en su silla. Pero ese era el problema. Los viajes en el tiempo eran imposibles. ¿No es así?

—Hay... hay algo que Alice quiere que intente —dijo, mientras Jon la miraba con una mirada inquisitiva—. Algo que pidió en una carta final. Algo que creo que es imposible... pero me siento culpable por no hacerlo.

—Supongo que no vas a decirme qué es esa cosa imposible, ¿verdad?

—No —admitió ella—. Lo siento.

—Vale —dijo Jon, pasándose una mano por el pelo, sus ojos llenándose de una comprensión paciente; no iba a presionar. Kara le sonrió, sintiendo alivio. Se alegraba de haberle contactado—. ¿Cuál es el lado negativo de intentar hacer eso que ella quiere que hagas?

Kara lo consideró. Perdería unos días de su búsqueda de empleo. Y tendría que sacar dinero de sus cada vez más escasos ahorros para un billete de avión a Escocia.

Pero si iba, al menos aliviaría su culpa por ignorar la súplica final de Alice. Y obtendría unas vacaciones de todo este asunto tan extraño. No podía recordar la última vez que se había tomado unas vacaciones.

—Gracias —dijo—. Acabas de ayudarme a tomar mi decisión.

—No... no vas a ir a buscar extraterrestres, ¿verdad? —preguntó Jon, pareciendo tan genuinamente preocupado que ella tuvo que reír—. ¿Hadas? ¿Monstruos?

—No —dijo ella, aún riendo. *Intenta viajar en el tiempo.* —Cuando regrese, te diré lo que Alice me pidió que hiciera. Confía en mí, te reirás.

—Bueno —dijo Jon, devolviéndole la sonrisa con un encogimiento de hombros—. Lo espero con ansias. —Levantó su vaso de agua—. Por lo imposible.

—Por lo imposible —repitió ella, chocando su vaso con el de él. *Por los viajes en el tiempo.*



Actualidad

Larkin, Escocia

AL DÍA SIGUIENTE, Kara estaba en un vuelo desde JFK al Aeropuerto Internacional de Aberdeen. Se había sentido ridícula al empacar el vestido del siglo XIV en su maleta, pero se recordó a sí misma que lo estaba haciendo por Alice. Y, egoístamente, para acallar su culpa y curiosidad.

Llegó a Aberdeen al anochecer y alquiló un coche en el aeropuerto para conducir hasta el pequeño pueblo de Larkin, el más cercano a las coordenadas que Alice le había proporcionado.

Aunque estaba oscuro, podía distinguir el impresionante paisaje de las Tierras Altas a su alrededor: las oscuras colinas ondulantes, los parches de bosque en la distancia, el cielo nocturno centelleante. Por alguna razón que no podía precisar, un escalofrío la invadió mientras se adentraba en las Tierras Altas, junto con la extraña sensación de haber estado aquí antes. Alice había realizado varios viajes de investigación a Escocia, pero nunca la había invitado, y Kara

nunca había venido a Escocia por su cuenta.

Ahora Kara se preguntaba por qué. ¿Acaso Alice había sabido de alguna manera que algún día le pediría a Kara que hiciera algo como esto?

Kara suspiró, alejando ese pensamiento de su mente. No tenía sentido llenar su cabeza con aún más preguntas.

Después de llegar al pintoresco bed and breakfast en Larkin, el único en el pequeño pueblo, se quedó despierta hasta tarde leyendo y releendo la carta de Alice, como si fuera a revelar nueva información, información que respondiera a la plétora de preguntas que daban vueltas en su mente.

A la mañana siguiente, se puso obedientemente el vestido que Alice le había proporcionado. Había visto a Alice usar ropa similar para las recreaciones que hacía con la sociedad histórica local, así que sabía que debía empezar con la enagua, luego la túnica, y terminar con el vestido lavanda. Había pensado que el vestido sería incómodo, pero era mucho más cómodo de lo que esperaba, la tela suave contra su piel. Alice le había dicho que los corsés no se pusieron de moda hasta el siglo XVI, y por eso Kara estaba agradecida.

No es que importe, se dijo a sí misma. Se quitaría este vestido tan pronto como regresara al bed and breakfast y comenzaría sus vacaciones en serio.

Kara se miró en el espejo. Se había recogido el cabello rubio miel en un moño despeinado, y la ansiedad llenaba sus ojos verdes.

—Así es cuánto te quiero, Alice —murmuró.

Antes de salir de su habitación, se envolvió en un gran pashmina para evitar miradas curiosas de los otros huéspedes. Afortunadamente, hacía un día gris y lluvioso, así que el pashmina no parecía demasiado extraño.

Usó su GPS para llegar a las coordenadas que Alice le había proporcionado. Giró a la derecha en la bifurcación del camino que la llevaba más profundo en las Tierras Altas hasta que llegó a su destino.

Quitándose el pashmina y guardándolo en el asiento trasero, Kara contempló la vista con sorpresa. Había llegado a las ruinas de lo que parecía ser una aldea medieval. No había turistas ni señales. Estaba completamente desolado.

Mientras salía del coche, otro escalofrío la invadió, el tipo de escalofrío que se deslizaba por ella cada vez que caminaba por una calle vacía tarde en la noche. Una sensación de peligro inminente.

Dudó junto a su coche. Podía simplemente volver a subir y alejarse conduciendo; había llegado a las coordenadas como Alice le había pedido. Alice no le había dado instrucciones detalladas más allá de eso.

Mientras se demoraba, paralizada por la vacilación, el viento repentinamente se intensificó a su alrededor y habría jurado que escuchó un leve susurro en la brisa.

—Kara.

El corazón de Kara aceleró su ritmo. Era una voz de mujer con un extraño acento que no reconocía. Se le secó la garganta mientras miraba alrededor, pero era la única alma a la vista.

La inquietud se apoderó de ella, pero algo más también llenó su pecho. Una atracción. Se encontró tropezando hacia adelante, como si fuera un imán atraído hacia su fuente, en dirección a las ruinas de un castillo en el borde del pueblo.

—Kara.

Ese susurro de nuevo. Temblando, Kara llegó a las ruinas del castillo, mirando a su alrededor mientras se tambaleaba en el patio, pero no había nadie. ¿Estaba simplemente oyendo cosas?

El viento aumentó a su alrededor, tirando de su cuerpo, su vestido y cabello azotados por su fuerza. Tuvo que extender la mano para agarrarse a la pared del castillo que se desmoronaba para mantener el equilibrio.

El miedo se deslizó por su columna vertebral cuando notó que ni los árboles cercanos ni la hierba alrededor del castillo se movían con la fuerza del viento; era como si el viento estuviera localizado solo en el castillo. Escuchó la voz de Alice, sus palabras de la carta. *Creo que los viajes en el tiempo son reales.*

Con el pánico arremolinándose por sus venas, Kara se giró para abandonar las ruinas, pero era casi imposible moverse con la fuerza del viento tirando de su cuerpo.

Y como manos invisibles, el viento la jaló hacia atrás. Gritó mientras el mundo a su alrededor se disolvía en un vertiginoso borrón...

CAPÍTULO 4



1390

Mansión Macleay

Después de encontrar el mal presagio fuera de la puerta de su habitación, Ronan pasó la mayor parte de la noche interrogando a sus sirvientes, tratando de determinar si alguno de ellos había visto a un extraño entrar en la mansión. Beathan parecía furioso cuando Ronan le contó sobre el mal presagio, jurando ayudarlo a encontrar al culpable. Pero ninguno de los sirvientes que habían interrogado había visto nada sospechoso.

Beathan parecía desconfiar de su ignorancia, pero Ronan confiaba en sus sirvientes. Los trataba bien, y ellos eran leales a él y al clan. Muchos habían trabajado en su mansión durante todo el tiempo que él había sido laird.

—No olvides que los hombres de Dughall volvieron a algunos de los sirvientes de Eadan en su contra, y ellos también eran leales —advirtió Beathan, después de que Ronan interrogara al último sirviente y se quedaran solos en su estudio.

—Si uno de ellos es el traidor, lo descubriré —dijo, aunque no estaba seguro de cómo—. Quiero un guardia en la entrada principal y trasera hasta que esto se resuelva.

Beathan lo dejó solo, y Ronan tomó asiento en su mesa examinando el trozo de corteza quemada. El saúco no era común en las Tierras Altas; necesitaba un suelo más fértil. Muchos en las Tierras Altas creían que los espíritus vivían en estos árboles y quemarlos era un mal presagio. Ronan no creía en tales supersticiones, pero creía en la intención del remitente. Alguien se había tomado la molestia de buscar uno de estos raros árboles, quemar su corteza y dejárselo para que lo encontrara como advertencia.

Esa noche se quedó dormido con pensamientos preocupantes atormentando su mente. Un golpe en su puerta temprano a la mañana siguiente lo despertó.

—¡Mi señor!

Ronan se incorporó, alarmado. Era la voz de Beathan; sonaba en pánico. Ronan se puso rápidamente la ropa antes de apresurarse hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó, abriéndola de golpe para encontrar a Beathan con los ojos muy abiertos.

—Hay otra moza deambulando por los terrenos, una diferente esta vez —dijo Beathan.

Ronan cerró los ojos, sus hombros hundiéndose con fastidio.

—Ya buscamos por los terrenos...

—Esta no desapareció —interrumpió Beathan. Pasó junto a Ronan hacia la ventana, mirando hacia afuera—. Todavía está ahí.

Ronan siguió a Beathan hasta la ventana, poniéndose rígido mientras seguía su mirada. Efectivamente, había una moza emergiendo de los bosques en el borde lejano de los terrenos; no podía distinguir ninguno de sus rasgos más allá de su cabello dorado.

La confusión lo invadió, y luego la furia, al recordar la madera de saúco quemada que había recibido la noche anterior. ¿Habría sido ella quien lo hizo?

—Yo me encargaré de la moza —dijo Ronan, apretando la boca mientras se alejaba de la ventana.

Momentos después, salió por la puerta principal, dirigiéndose hacia la moza. Ella se quedó inmóvil en el borde de los terrenos y no intentó huir.

A medida que se acercaba a ella, se le secó la boca. Era, con diferencia, la moza más hermosa que jamás había visto: cabello del color del oro bruñido, un rostro en forma de corazón con una boca generosa y ojos de un verde profundo que le recordaban a un prado exuberante. Era alta para ser una moza, sus curvas esbeltas pronunciadas bajo el vestido color lavanda que llevaba. Sintió que se endurecía contra su kilt mientras un deseo ardiente y fundido llenaba cada parte de él.

Cristo, Ronan, se reprendió a sí mismo. Es una intrusa en tus tierras. No es momento de pensar con tu verga.

—¿Quién eres? —exigió, una vez que llegó hasta ella—. ¿Por qué estás irrumpiendo en mis tierras?

La moza solo lo miró, con una expresión afligida en sus ojos. Su mirada se desvió más allá de él hacia la mansión y luego de vuelta a él. Tragó saliva pero no dijo nada.

—Te lo preguntaré de nuevo, moza —dijo, dando un paso adelante, lo suficientemente cerca como para inhalar su aroma: canela y romero. Ignoró la oleada de deseo que lo invadió, manteniendo su voz firme—. ¿Quién eres y por qué estás irrumpiendo en mis tierras?

—Mi... mi nombre es Kara —tartamudeó—. Soy... soy de la... eh... la aldea. Estoy perdida.

Ronan se quedó inmóvil mientras la estudiaba. Tenía el mismo acento extraño que Fiona, la esposa de Eadan. Su sospecha se disparó mientras su mirada recorría su vestido. La aldea estaba a cierta distancia a pie, y su vestido era el de una mujer noble. Las mujeres nobles no vivían en aldeas, vivían en mansiones o castillos. Y ciertamente no andaban sin escolta. La moza le estaba mintiendo.

—Te lo preguntaré de nuevo, moza —gruñó—. ¿Quién eres?

—Ya te lo dije —dijo ella, su voz más firme ahora, su barbilla levantándose con desafío—. Mi nombre es Kara, y soy de la aldea. Estoy perdida. ¿Podrías... podrías indicarme la dirección correcta?

Los ojos de Ronan se estrecharon. Más mentiras. Dio un paso adelante y tomó su brazo con un agarre suave pero firme. Ella dejó escapar un grito mientras él la arrastraba hacia la mansión, luchando por soltarse de su agarre.

—¡Suéltame! —gritó ella—. Esto es... ¡AYUDA! ¡Suéltame!

Él le lanzó una mirada de incredulidad mientras continuaban hacia la mansión.

—Estás invadiendo mi propiedad, moza —gruñó—. Nadie te ayudará excepto yo. Y no lo haré hasta que me digas quién eres.

Continuó arrastrándola dentro de la mansión, pasando junto al pequeño grupo de sirvientes que se habían reunido en la entrada, manteniendo un agarre firme en su brazo mientras la llevaba escaleras arriba y hacia una habitación de huéspedes al final del pasillo.

Solo entonces la soltó, cerrando la puerta detrás de él y apoyándose contra ella con los brazos cruzados.

Kara se tambaleó alejándose de él, mirando alrededor de la habitación como un ciervo asustado. La ira de Ronan se disipó; ella parecía genuinamente asustada.

—No te haré daño, moza —dijo suavemente—. Soy Ronan del Clan Macleay, laird de esta mansión. Ahora solo te pido la verdad. ¿Quién eres?

—Ya te lo dije...

—La verdad.

Kara parpadeó y sus ojos brillaron con lágrimas. El corazón de él se ablandó con simpatía, pero se recordó a sí mismo el mal presagio que había recibido la noche anterior. ¿Cómo podía ser mera coincidencia que ella apareciera la mañana después de recibirlo? Necesitaba estar en guardia.

—Está bien —dijo ella, tomando un respiro profundo—. Estoy... estoy aquí para buscar a mi familia.

Él la estudió. Sospechaba que aún ocultaba algo, pero esta declaración parecía sincera.

—Yo... llegué a una aldea. De alguna manera, tomé un giro equivocado y terminé aquí. Lo... lo siento por haber entrado sin permiso en sus tierras, pero no sabía dónde estaba. Solo... solo quiero seguir mi camino.

—¿Tu familia? ¿Cuáles son sus nombres?

—Suibhne y Orla —dijo ella—. Son granjeros. Tienen dos hijas pequeñas.

Ronan buscó en su mente, pero los nombres no le resultaban nada familiares, y él conocía a docenas de aldeanos por su nombre. El rostro de ella decayó, lo que le confirmó que estaba diciendo la verdad, al menos sobre la búsqueda de su familia.

—Tendré que confirmar que me estás diciendo la verdad —dijo él—. Y entonces... quizás puedas seguir tu camino.

—¿Quizás? —repitió ella, tensándose con alarma.

—Aye.

—¿Y hasta entonces? —exigió ella—. No pretenderá mantenerme prisionera aquí, ¿verdad?

—Como estabas entrando sin permiso en mi propiedad, es mi derecho —gruñó él—. Hasta que pueda confirmar que lo que dices es verdad... eres mi prisionera.

CAPÍTULO 5



*E*res mi prisionera.

Las palabras del escocés resonaban en su mente mientras él cerraba la puerta tras de sí, y ella oyó girar la llave en la cerradura. Kara retrocedió tambaleándose y se dejó caer en la cama, presionando su mano contra su boca, con el corazón latiéndole con fuerza.

Esto no puede ser real. Esto no puede ser real.

Pero lo era. Ese escocés ridículamente guapo, vistiendo ropa medieval auténtica que ella reconocía gracias a Alice. Los sirvientes, también con ropa de época auténtica. Incluso esta habitación, sin rastro de enchufes eléctricos, solo un candelabro en la mesita de noche.

Kara tragó saliva, inclinándose hacia adelante para apoyar su frente contra sus rodillas. Todo había sucedido tan rápido. El sonido de su nombre susurrado por el viento. El viento tirando de su cuerpo. El mundo disolviéndose a su alrededor.

Cuando el mundo volvió a estabilizarse, se encontró en las afueras de esta mansión. Apenas había tenido tiempo de orientarse cuando ese alto, musculoso y atractivo montañés de ojos dorados se acercó a ella con paso firme, exigiendo saber quién era en ese fuerte acento escocés que le costaba entender. Y ahora... era su prisionera. La cautiva de un escocés medieval de carne y hueso.

Kara se incorporó, tomando aire. Tenía que haber alguna explicación lógica. Miró a su alrededor, buscando cualquier señal de la fecha. Se apresuró hacia una mesita auxiliar y abrió un cajón, encontrando un libro de oraciones. Lo abrió, buscando una fecha. Y aunque estaba en latín, entendió el año, escrito en letras claras sobre el pergamino.

1390.

—Mierda —susurró Kara, mientras la habitación giraba a su alrededor—. Dios mío.

Alice tenía razón. De alguna manera... había sido arrastrada al pasado.

Se sentó en la cama cuando sus piernas empezaron a flaquear, tratando de conectar sus pensamientos desordenados. Evidencias de que estaba en el pasado: la ropa auténtica de los escoceses. El acento de Ronan, diferente del inglés escocés moderno. Mientras Ronan la arrastraba hacia la mansión, había mirado alrededor, sin ver rastro de carreteras pavimentadas o coches. Aunque, por otro lado, había estado distraída por la belleza de Ronan. Nunca antes había conocido a un hombre al que pudiera llamar "hermoso", pero Ronan encajaba en esa descripción. Rasgos fuertes y cincelados, cabello castaño ondulado, ojos dorados. Su cuerpo era todo músculo esbelto, y se movía con la gracia de una pantera.

Kara apartó sus pensamientos lujuriosos, sacudiendo la cabeza. El hombre la tenía prisionera, por el amor de Dios.

Se levantó y se acercó a la ventana. En el patio de abajo, un hombre montó a caballo y se

alejó. En la distancia cercana, un carruaje avanzaba por un sinuoso camino de tierra. Continuó escudriñando los alrededores, rezando por ver un coche, un avión, cualquier cosa que indicara que aún estaba en el siglo XXI. Pero todas las evidencias indicaban que, en efecto, estaba en el pasado. Más de seiscientos años en el pasado.

Una avalancha de preguntas llenó su mente. ¿Cómo funcionaba todo esto? ¿Por qué había llegado a esta mansión? ¿El susurro de su nombre en el viento tenía algo que ver con ello? ¿Había sido ese viento el que la había absorbido a través del tiempo? ¿Cómo sabía Alice que Kara podía viajar en el tiempo? ¿Cómo sabía dónde enviarla?

Y otra pregunta más prominente: ¿por qué Alice no se lo había dicho antes? ¿Por qué esperó hasta después de su muerte para soltar semejante bomba?

Porque no la habrías creído, susurró una voz fantasma. Tenía que admitir que esto era cierto; Kara habría considerado seriamente ingresar a Alice en un hospital si le hubiera contado tal historia cuando estaba viva. Además, Kara estaba tan consumida por su trabajo durante los últimos años de su abuela, que no habría entretenido tal historia viniendo a Escocia de todos modos.

Dejando de lado su culpa, Kara forzó sus pensamientos de vuelta al presente. Tenía dos opciones: descubrir cómo volver a su propio tiempo, lo que significaría averiguar cómo regresar a esa aldea abandonada. Solo podía suponer que el medio por el cual había viajado estaba allí; tal vez era algún tipo de portal.

O bien. Podría hacer lo que Alice la había enviado a hacer aquí. Y para que Alice quisiera que *vijara en el tiempo*, debía ser una causa condenadamente importante.

Suibhne y *Orla*. Esos eran los nombres de sus antepasados que Alice había proporcionado en su carta. Los apellidos no eran comunes en esta época, especialmente entre campesinos y agricultores. Solo sabía que estaban a finales de sus veinte años cuando murieron, y que tenían dos hijas pequeñas.

Pensó en *Suibhne* y *Orla*, junto con los otros que habían muerto en esta época, y una oleada de emociones turbulentas la invadió. ¿Cómo podía no salvar vidas inocentes si tenía la oportunidad de hacerlo? Y estaba la investigadora en ella que quería resolver el misterio de lo que había sucedido.

Una sensación de determinación se apoderó de ella. Necesitaba aceptar que de alguna manera había viajado en el tiempo. Si podía honrar el último deseo de su abuela y salvar vidas... lo haría.

Pero primero, necesitaba convencer a Ronan de que era digna de confianza.



RONAN REGRESÓ a su cámara un par de horas más tarde con una joven doncella. Kara había aprovechado el tiempo para inventar lo que esperaba fuera una historia lo suficientemente buena para convencerlo de que podía confiar en ella.

Lo observó, tragando saliva. Él fijó sus hermosos ojos en su rostro con cautelosa precaución.

—Puedes dejar la bandeja en la mesa, Aislin —le dijo a la doncella, sin dejar de estudiar a Kara.

Aislin obedeció, lanzando una última mirada curiosa a Kara antes de dejarlos solos.

Se le secó la garganta cuando él se acercó, y respiró hondo para calmarse. Esto sería mucho más fácil si él no fuera tan inquietantemente guapo.

—Nadie en el pueblo recuerda a una moza que se parezca a ti —dijo él, con los ojos entrecerrados.

—Lo-lo siento, no fui sincera contigo antes. Estaba sobresaltada y asustada. Mi-mi abuela falleció recientemente —dijo ella, con voz temblorosa. No necesitaba fingir sobre eso, un dolor genuino modulaba su tono, y las lágrimas le escocían los ojos. Un feroz anhelo por la presencia de Alice la invadió; su abuela sabría exactamente qué hacer en esta situación.

Los ojos de Ronan se suavizaron, aunque su cuerpo permaneció rígido.

—Mis condolencias por tu pérdida —murmuró.

—Había una rama de nuestra familia con la que ella estaba muy unida, pero perdió el contacto con ellos a lo largo de los años —continuó—. Antes de morir, me pidió que los encontrara. La última vez que supimos de ellos, acababan de establecerse en el pueblo de aquí. Fue su último deseo, uno que pretendo cumplir. Sí me perdí; estaba tratando de encontrar el camino al pueblo. Solo tenía suficientes monedas para que el cochero que contraté me dejara aquí; el conductor se negó a llevarme más lejos y me dijo que el pueblo estaba justo al final del camino.

Mantuvo su mirada, esperando que él percibiera la verdad parcial en sus palabras. Pero su expresión permaneció cautelosa.

—¿Dónde están tus cosas? ¿Viajaste solo con la ropa que llevas puesta?

Piensa, Kara.

—Unos bandidos asaltaron nuestro coche en el camino a las afueras de Edimburgo —respondió, tratando de parecer apropiadamente conmocionada. Los bandidos eran un peligro común al que los viajeros se enfrentaban en esta época.

La boca de Ronan se tensó, pero su rostro permaneció indescifrable; no podía saber si le creía o no.

—¿Y qué planeabas hacer en el pueblo?

—Preguntar por mi familia en la iglesia.

—¿Y si no están en el pueblo?

—Entonces volveré a casa —dijo, aunque no tenía idea de cómo.

—Casa. ¿Dónde es eso, muchacha?

—Inglaterra —mintió. El inglés sonaba muy diferente en esta época, pero era lo mejor que se le ocurrió dadas las circunstancias.

La estudió durante un momento inquietantemente largo antes de volver a hablar.

—Está bien —dijo, y el alivio la invadió—. Pero en lugar de quedarte en el pueblo... puedes hacer tus averiguaciones desde aquí. Hay mucho espacio para ti. Puedes quedarte como mi invitada.

—Pero...

—Acabamos de tener un... desacuerdo con otro clan, y puede que aún haya traidores entre el clan. Creo parte de lo que dices, muchacha, pero estás ocultando algo. No correré riesgos.

Kara lo fulminó con la mirada. Maldito sea por ser tan perceptivo. Se había acercado tanto a la verdad como se atrevía. No había forma de que pudiera decirle que venía de una época diferente. Alice le había contado que la caza de brujas y la creencia en brujas era algo muy real en el siglo XIV. Si iba a salvar a su familia, necesitaba mantenerse con vida.

Se mordió el labio, mirando alrededor de la espaciosa cámara. No es como si la estuviera manteniendo en un calabozo. Quedarse en una mansión extensa cien veces más grande que su apartamento en Brooklyn no sería tan terrible. Tenía que ser mejor que aventurarse sola al pueblo y preguntar por su cuenta, especialmente con la diferencia de acentos e idioma.

Aun así, la inquietud la invadió ante la idea de quedarse aquí. Ronan era guapísimo, pero era un extraño. Y no creía ni por un segundo que fuera solo una "invitada". Él no confiaba en ella.

Una pequeña parte de ella consideró brevemente escapar, encontrar el camino de vuelta a ese pueblo por el que había llegado y viajar de regreso a su propia época.

Pero los recuerdos de Alice fluyeron por su mente. Su gentil sonrisa la última vez que la vio. Su sentida carta. *Quiero que resuelvas este misterio y salves las vidas de nuestros antepasados lejanos, y las innumerables otras que murieron innecesariamente.*

Lo haría por Alice. Incluso si tenía que lidiar con un montañés irritantemente apuesto y desconfiado para lograrlo.

—De acuerdo —dijo—. Pero en cuanto encuentre a mi familia, me iré.

—Quizás —dijo Ronan suavemente, con sospecha persistente en sus ojos mientras se acercaba, hasta quedar a solo centímetros de distancia. Kara intentó mantener una expresión neutral, pero la conciencia de su cercanía la recorrió.

—No estoy aquí para hacerle daño a nadie —dijo—, solo quiero honrar los deseos de mi abuela.

—Sería más sencillo para ti simplemente decirme la verdad, muchacha.

—Es-estoy haciéndolo —susurró.

Sus ojos ámbar ardían sobre su rostro, y su conciencia se transformó en deseo, aferrándola por la garganta. Estaba lo suficientemente cerca para apreciar completamente su belleza masculina: esos brillantes ojos ardientes, labios sensualmente llenos, la sombra de barba que perfilaba su mandíbula. Sus ojos bajaron a sus labios, y el silencio entre ellos cambió, cargándose de calor. Estaba tan cerca ahora, lo suficientemente cerca como para...

—Hay una comida para ti —dijo Ronan abruptamente, retrocediendo y apartándose de ella. Señaló hacia la bandeja que la doncella había dejado en la mesa. El momento cargado se disipó; Kara tuvo que tomarse un segundo para recomponerse, respirando entrecortadamente.

—Haré que una doncella te traiga más ropa.

Y luego se fue, dejándola con un deseo ardiente e insatisfecho.

CAPÍTULO 6



Ronan apretó los dientes con frustración mientras se alejaba de la habitación de Kara. No podía creer que casi hubiera besado a una moza en quien no confiaba. Pero esa boca generosa y esos sorprendentes ojos verdes lo habían atraído, y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para apartarse de ella. Necesitaba acostarse con una moza para librarse de esta ardiente lujuria, y pronto.

Una repentina imagen de Kara en su cama, con su cabello rubio esparcido a su alrededor como un halo, desnuda, gimiendo mientras él acariciaba su centro ardiente, llenó su mente.

Apartó la imagen de sus pensamientos. Tendría que mantenerse alejado de la tentadora moza, al menos hasta que determinara su verdadera identidad.

Sus pensamientos se desviaron hacia Fiona, la novia de Eadan. Parecía demasiada coincidencia que dos mozas con acentos similares aparecieran en las tierras de los Macleay con semanas de diferencia. Aunque no tenía dudas de que Fiona era digna de confianza, ya que les había ayudado a derrotar a Dughall y sus hombres, no estaba tan seguro sobre Kara. ¿Qué estaba ocultando?

Tan pronto como entró en su estudio, mandó llamar a Beathan.

—¿Quién es la moza? —preguntó Beathan, con los ojos brillando de interés—. Es más bonita que la que vi antes. ¿Necesita una escolta para ir a algún lado?

No le gustó el brillo lujurioso en los ojos de su mayordomo, y se puso de pie, alzándose sobre él.

—No. La moza se quedará aquí. Es... una amiga —dijo con cuidado—. No permitiré que se hable de ella con falta de respeto —continuó, con la voz saliendo más dura de lo que pretendía.

—Lo siento, mi señor —dijo Beathan, con su cara redonda coloreándose de contrición—. No quise faltar al respeto.

Una pizca de culpa llenó a Ronan; Beathan no había querido hacer daño. No tenía sentido que sintiera tal posesividad por una moza que acababa de conocer.

—Sé que no lo hiciste —dijo Ronan, con un asentimiento conciliador—. Pero tengo una tarea para ti. Necesito que envíes un mensajero a la aldea y preguntes por su familia. Ella los está buscando.

Beathan accedió, dejándolo solo. Ronan miró hacia su mesa donde había dejado el mal augurio. ¿Tendría Kara algo que ver con esto? ¿Habría sido ella quien lo envió, y estaría trabajando con algún nuevo enemigo?

Se sentó, reclinándose en su silla. La moza estaba ocultando algo, pero algo le decía que no estaba aquí con propósitos nefastos. Estaba diciendo la verdad sobre buscar a su familia y a su abuela. El instinto le decía que quien fuera que hubiera enviado el mal augurio era alguien más.

Alguien peligroso.

Buscó en su mente, tratando de recordar cualquier otro clan o familia con los que el Clan Macleay hubiera entrado en conflicto. Hasta donde sabía, el Clan Macleay tenía buenas relaciones con otros clanes cercanos.

Pero Ronan no había prestado mucha atención a tales asuntos. Esos conflictos habían sido preocupación de Eadan, y antes de eso, de su tío. Un repentino deseo por la presencia de su primo lo invadió. Eadan era un líder nato. Él sabría cómo manejar esto, y cómo manejar la llegada de Kara.

Cuando Fiona había llegado de la nada, Eadan rápidamente la hizo pasar por su novia, y se enamoró de ella durante toda la farsa. Ronan no tenía intención de hacer algo similar con Kara. A diferencia de Eadan, él no estaba tratando de escapar de un compromiso engañoso. Pero estaba decidido a mantenerla en su mansión hasta que descubriera quién era. Eadan y Fiona regresarían en unas semanas. Dada la similitud de sus acentos, quizás Kara era del mismo pueblo que Fiona, y Fiona podría averiguar quién era realmente.

Eadan y Fiona también están ocultando algo, le recordó una voz en su mente. Había sospechado que había más en la historia de Fiona, pero cuando presionó a Eadan, este evadió la pregunta. ¿Qué estaba ocultando Eadan por Fiona? ¿Y estaba relacionado con lo que Kara ocultaba?

Ronan se puso de pie, saliendo del estudio. No tenía sentido que siguiera reflexionando sobre asuntos para los que no tenía respuestas. Necesitaba centrarse en la identidad del remitente del mal augurio, no en lo que Kara estuviera ocultando. Tendría que ocuparse de eso más tarde.

Necesitaba interrogar a los miembros del Clan Acheson y a los miembros del Clan Macleay que habían simpatizado con su causa, pero recibieron un perdón de Eadan. Y sabía justo por dónde empezar.



Hizo que Beathan pusiera un guardia en la puerta de Kara, ignorando la punzada de culpa que lo atravesó por hacerlo. Pero la moza podría tener su libertad cuando le dijera la verdad. Tomó un caballo y cabalgó hacia el este, a la casa de Elspeth. Dada su cercanía con la hija de Dughall y otros miembros del Clan Acheson, si había un nuevo complot contra el Clan Macleay, esperaba que la atracción de Elspeth hacia él la hiciera contárselo.

Elspeth levantó la vista con sorpresa y deleite cuando él siguió a su sirviente hasta el salón, donde ella estaba trabajando en un bordado. Despidió al sirviente con un gesto, y él notó con irritación que ella sacaba el pecho mientras se ponía de pie y se acercaba a él. Puede que en el pasado la hubiera encontrado hermosa, pero comparada con la misteriosa moza extranjera encarcelada en su mansión, bien podría haber sido un viejo poco atractivo.

Le dio una sonrisa educada pero cautelosa, sin querer alentar sus atenciones. Necesitaba dejar claro por qué estaba allí.

—Ronan —dijo ella, deteniéndose a solo unos centímetros de él—. Me alegro tanto de que hayas venido.

Ronan asintió, dando un pequeño paso atrás. Fue sutil, pero transmitió el mensaje que quería dar: estaba allí solo por razones oficiales. La decepción brilló en los ojos de ella, pero mantuvo su sonrisa.

—Necesito preguntarte sobre el Clan Acheson —dijo él—. En tus conversaciones con Magaidh, o con cualquier miembro del clan, ¿mencionaron algún aliado? ¿Alguien con quien

Dughall estuviera trabajando?

La decepción en sus ojos se transformó en algo oscuro e ilegible. Ella se dio la vuelta, dirigiéndose de nuevo a su silla.

—No. Ya se lo he dicho a los hombres de Eadan cuando me interrogaron: no sabía lo que estaban planeando. Pero nadie me cree; por eso soy una prisionera en mi propia casa.

—No eres una prisionera —dijo Ronan, aunque las palabras de ella no estaban lejos de la verdad. Pero necesitaba ganarse la confianza del clan después de su enredo con Dughall y su clan.

Ella ya no lo miraba, con las manos cruzadas en su regazo y la boca apretada en una línea firme.

—Elspeth, solo te pregunto si sabes de algún aliado que Dughall pudiera haber tenido. Alguien fuera del Clan Acheson y el Clan Macleay que pudiera haber querido hacernos daño.

—No me incluían en esas conversaciones —dijo Elspeth, con voz cortante—. No lo sabría si lo hubieran tenido.

Todavía no lo miraba; el instinto le decía que estaba ocultando algo. La ira ardió en su pecho; se estaba cansando de que las muchachas no le dijeran la verdad.

—Elspeth, si sabes algo, sería mejor que me lo dijeras. Tienes razón, hay algunos en el clan que piensan que deberías haber sido castigada, que creen que sabes más de lo que aparentas. Si eres honesta conmigo, eso solo puede ayudarte.

—Estoy diciendo la verdad —dijo ella, con los ojos brillantes mientras se ponía de pie—. Haría cualquier cosa para probar mi lealtad al Clan Macleay.

Se acercó a él de nuevo, su sonrisa astuta y seductora, extendiendo la mano para colocarla en su brazo. A diferencia de la oleada de calor que fluía a través de él cuando tocaba a Kara, el toque de Elspeth lo dejó frío.

—Estoy decepcionada de que solo hayas venido a discutir asuntos del clan —dijo ella, su voz bajando a un ronroneo—. Esperaba que tu visita fuera de una naturaleza más... personal.

Sonrió y se acercó aún más, de modo que sus pechos casi tocaban el pecho de él, sin dejar dudas sobre lo que estaba ofreciendo.

Aunque no sintió nada con su proximidad, un pensamiento perverso entró en su mente. *Ha pasado algún tiempo desde que te acostaste con una muchacha. Acostarte con Elspeth te ayudará a mantenerte alejado de Kara.* Y quizás Elspeth le diría lo que estaba ocultando si se acostaba con ella.

Pero alejó el pensamiento. No jugaría con sus emociones de esa manera, y Elspeth no hacía nada para excitarlo. Una vez más, una imagen de Kara apareció en su mente, su rostro sonrojado, sus labios entreabiertos mientras sus ojos se encontraban con los suyos, y una oleada de deseo lo recorrió. ¿Cómo podía el mero pensamiento de Kara llenarlo de tal fuego cuando la presencia de otra muchacha, una que lo deseaba, lo dejaba tan frío?

Elspeth sonrió triunfalmente al ver el deseo en sus ojos, malinterpretándolo como deseo por ella. Se puso de puntillas para presionar sus labios contra los de él, pero Ronan dio un paso atrás.

—Si recuerdas algo —dijo—, ya sabes dónde encontrarme.

Esta vez, la decepción en sus ojos se convirtió en dolor. Pero no se acostaría con la muchacha y le haría creer que albergaba sentimientos que no tenía.

—Sí —dijo ella secamente, apartándose de él, su voz volviéndose fría—. Lo haré.

Ronan se dirigió al castillo. Decidió no contarles a los otros nobles del clan sobre el mal presagio que había recibido; quería capturar al culpable por su cuenta primero y no quería causar una alarma innecesaria. Tampoco les hablaría de la aparición de Kara; querían interrogarla, y

una oleada de protección lo llenó ante la idea. Si él pensaba que Kara era sospechosa, solo podía imaginar lo que pensarían los nobles de ella, especialmente a la luz del reciente conflicto con Dughall.

En el castillo, atendió los asuntos del día: pagos a los trabajadores del castillo, firmas de escrituras, consultas y preocupaciones de los inquilinos en las tierras de Macleay. Todo el tiempo, sus pensamientos seguían desviándose hacia la extranjera que estaba en su mansión.

Por primera vez en mucho tiempo, esperaba con ansias regresar a la Mansión Macleay.

Cuando regresó a la mansión esa noche, Beathan se acercó tan pronto como entró en el vestíbulo.

—Envié al mensajero a la aldea como me pediste —dijo Beathan—. Pero nadie a quien preguntó había oído o notado a una pareja casada con los nombres de Suibhne y Orla.

Decepcionado por Kara, le dio a Beathan un asentimiento de agradecimiento. Se dirigió a la habitación de Kara, despidiendo al guardia que esperaba afuera y entró.

Kara se había cambiado a otro vestido que la doncella le había traído, este de un tono verde que resaltaba el color de sus ojos. Estaba de pie junto a la ventana, mirando los terrenos oscurecidos que rodeaban la mansión, su expresión turbulenta.

Se giró cuando él entró, su rostro endureciéndose con desafío. Él quería sonreír; admiraba su espíritu, y solo verla enviaba una espiral de calor a través de él.

—Mi mensajero no encontró evidencia de tu familia en la aldea —dijo.

Los hombros de Kara se hundieron, llenándose sus ojos de decepción.

—Ya veo —murmuró—. Gracias por revisar.

Ronan la estudió, vacilante. No quería decir las siguientes palabras, pero quería ser justo con la muchacha.

—¿Necesitas dinero para continuar tu viaje?

—¿Vas a dejarme ir? —preguntó ella, con los ojos entrecerrados con sospecha—. Pensé que no confiabas en mí.

—No confío —respondió él fríamente—. Pero mientras no estés en tierras de Macleay, no eres mi preocupación.

—¿Y si decido quedarme en tus tierras? Necesito permanecer en esta área hasta que los encuentre.

Él sonrió, una onda de placer fluyendo a través de él. *Bien.*

—Entonces insisto —dijo, haciendo un gran esfuerzo para mantener su voz firme—, en que te quedes.

Su boca se tensó y ella apartó la mirada.

—Entonces supongo que no tengo elección —murmuró.

—Serás mi invitada... o mi cautiva. La elección es tuya, muchacha —dijo Ronan suavemente—. La cena se servirá en breve. Un sirviente vendrá a buscarte.

—¿Supongo que también tengo que comer contigo?

—Sí —dijo él, ignorando la punzada de dolor que lo atravesó ante su pregunta, su tono volviéndose frío.

Si ella quería tratarlo como su captor, que así fuera.

CAPÍTULO 7



Kara intentó concentrarse en la comida que tenía delante, pero le resultaba difícil con la intensa mirada de Ronan fija en su rostro.

Más temprano ese día, cuando se dio cuenta de que había puesto un guardia en su puerta, la furia la invadió. Una vez que su ira se disipó, pasó el día cavilando, desde recordar cada detalle que pudo sobre la carta de Alice, hasta considerar cómo huir de la mansión para regresar a su propia época, y finalmente resolviendo una vez más quedarse. No podía cargar con muertes inocentes en su conciencia. Simplemente tendría que esforzarse más para ganarse la confianza de Ronan.

Levantó la mirada hacia Ronan y forzó una sonrisa cortés. Su comida consistía en arenque ahumado, zanahorias asadas endulzadas con miel y pan. Para su alivio, las cucharas existían en esta época, aunque notó que Ronan usaba sus dedos y un cuchillo para comer, algo que ella intentó imitar lo mejor posible.

Kara se había preguntado cómo sabría una comida medieval; sabía por Alice que solo los ricos comían bien en esta época. Esto parecía ser cierto, el arenque estaba tan sabroso como un plato de un costoso restaurante de Nueva York.

—Gracias por la comida —dijo, decidiendo que era mejor ablandarlo antes de mencionar el guardia en su puerta—. Está muy deliciosa.

—Mi cocinero es uno de los mejores de las Highlands —respondió Ronan, pero su expresión permaneció cauta.

—Se nota —dijo ella, tomando un trago de su cerveza, que era mucho más amarga de lo que había anticipado, pero mantuvo la sonrisa fija en su rostro—. Entonces... ¿voy a tener un guardia fuera de mi habitación todo el tiempo que esté aquí?

—Puedes deambular por la mansión y los terrenos. Pero seguiré teniendo a alguien vigilándote.

La sonrisa de Kara se desvaneció. Lo miró con el ceño fruncido, apretando los dientes. Se recordó a sí misma que no le serviría de nada enemistarse con él. Necesitaba a Ronan de su lado si quería encontrar a sus antepasados. Ya la había ayudado enviando a su mensajero a preguntar por el paradero de su familia en la aldea. Si se ganaba su simpatía, tal vez seguiría ayudándola.

Así que se obligó a asentir comprensivamente y forzó otra sonrisa. La sorpresa brilló en sus ojos; claramente esperaba una pelea. Él le devolvió la sonrisa; el deseo la recorrió ante esa visión. Su sonrisa lo hacía aún más hermoso.

—Lo entiendo —dijo ella—. Quieres proteger tus tierras, tu clan. Soy una extranjera; tiene sentido que estés en guardia. Pero no estoy aquí por ninguna otra razón que no sea encontrar a mi familia.

—Eso lo creo —dijo Ronan, dejando su copa y juntando las puntas de los dedos bajo su barbilla.

—Bueno. Es bueno que me creas en eso —dijo Kara, tratando de mantener la amargura fuera de su voz—. Esta es una mansión encantadora —continuó, optando por cambiar de tema.

Haz que el sujeto se sienta cómodo estableciendo una conexión. Esto era algo que había hecho durante su tiempo como reportera de investigación. Con suerte, su técnica funcionaría con un highlander del siglo XIV.

—Esta casa ha estado en el clan Macleay por generaciones, junto con el castillo. Me crió mi tío; me dio esta mansión por herencia —respondió él, reclinándose en su silla mientras tomaba un largo sorbo de su cerveza.

Ella quería preguntarle qué había pasado con sus padres, pero no quería presionar demasiado. Decidió cambiar de táctica, ofreciendo más información sobre sí misma en su lugar. Cuanta más información veraz le diera, más confiaría en ella. O al menos eso esperaba.

—Perdí a mis padres cuando era joven —dijo—. Mi abuela me crió. Ella era como mi madre y mi padre.

—¿Y por eso es tan importante para ti encontrar a esta familia?

—Sí —respondió ella, con la voz temblorosa.

—¿Con quién vives... en Inglaterra? —preguntó él, con los ojos entrecerrados—. ¿No tienes un tutor masculino que te echará de menos? ¿Un marido?

Kara se apresuró a pensar. Una mujer viviendo sola en 1390, a menos que fuera viuda, era una rareza.

—Mi abuela murió recientemente, tengo la intención de mudarme con mi tío una vez que sus asuntos estén resueltos —dijo, esperando sonar veraz—. Él sabe que he viajado a Escocia y me dio su permiso para venir. No me esperará de vuelta por algún tiempo.

Ronan la estudió por un largo momento, con el rostro inexpresivo. Ella no podía decir si creía su historia o no.

—Me pregunto sobre ti, muchacha —dijo finalmente—. Creo lo que dices sobre tu abuela y encontrar a esta familia; no hay más que verdad en tus ojos. Pero hay mucho que dices que es falso; también puedo verlo en tus ojos. Dices que eres inglesa, pero tu acento... —Se interrumpió, sus ojos taladrando los de ella—. Mi primo acaba de casarse con una muchacha con un acento parecido al tuyo.

Kara se quedó inmóvil, con el corazón retumbando en su pecho. Él no sabía que el acento al que se refería era un acento americano. Y su primo se había casado con alguien con ese acento.

¿Podría ser? ¿Había otra viajera del tiempo aquí? ¿O era una coincidencia, y esta mujer de la que hablaba simplemente tenía un extraño acento extranjero que él no reconocía?

—Es un acento poco común —dijo con cautela, preguntándose cómo obtener más información sobre esta mujer sin ser demasiado obvia—. ¿De dónde es la esposa de tu primo? Tal vez seamos del mismo pueblo.

—Al principio nos dijo que era de un pequeño pueblo inglés. Ahora... no estoy seguro de dónde es —continuó, observándola con una atención afilada como una navaja—. Mi primo se niega a decírmelo. Pero ella afirma que su acento es extraño porque viajó mucho cuando era una niña pequeña.

Kara trató de mantener la calma, apretando las palmas de las manos en su regazo. ¿Una mujer en esta época con un acento americano y un pasado vago? Le sonaba a una viajera del tiempo.

Intentó no dejar que su entusiasmo se notara, extendiendo la mano para levantar su taza y

llevársela a los labios para dar otro sorbo de cerveza.

—También viajé mucho cuando era joven, pero soy de la costa sur de Inglaterra —mintió. Una área de la historia medieval en la que Alice nunca había sido muy buena era la lingüística de la época, así que Kara estaba por su cuenta aquí—. ¿Es-está la esposa de tu primo cerca? ¿En el castillo, quizás? Me encantaría conocerla. Ver si viajamos a los mismos lugares cuando éramos niñas.

—Fiona y mi primo están disfrutando de un tiempo a solas después de la boda —dijo Ronan, y la decepción la invadió.

—Oh. Su luna de miel.

—¿Luna de miel? —preguntó Ronan con el ceño fruncido—. ¿De qué estás hablando, muchacha?

—No importa —dijo Kara, regañándose mentalmente. La luna de miel moderna no existía en esta época. Tendría que tener cuidado con los términos que usaba.

—No volverán por un tiempo —continuó Ronan después de una pausa, aunque la sospecha había regresado a su expresión—. Eadan me ha dejado a cargo del clan y del castillo.

—¿Por qué no te quedas allí mientras él está fuera? —preguntó ella.

—Mi tío se ha retirado a su propia casa; no me gusta pasar tiempo en el castillo cuando ninguno de los dos está allí. El administrador se encarga de él mientras Eadan y yo estamos fuera. Además —añadió, con los ojos brillando de picardía—, tengo mi propia mansión que atender. Necesito protegerla de muchachas perdidas que vagan por los terrenos.

Kara no pudo evitar sonreír. Dejó su taza, sintiéndose lo suficientemente cómoda para indagar más. Y no solo para establecer confianza. Quería saber más sobre Ronan.

—¿Eadan y tu tío son tu única familia superviviente?

—Aye. Mi padre murió de peste, mi madre murió al darme a luz. Estaba destrozado después de la muerte de mi padre. Si no fuera por Eadan y Bran...

Su voz se apagó, llenándose sus ojos de tristeza, y el corazón de Kara se encogió de simpatía. Siglos podían separarla de Ronan, pero tenían esto en común. Aunque ella era joven cuando la muerte de su madre la dejó huérfana, su vida no habría sido la misma de no ser por el amor y la guía de Alice.

Al pensar en Alice, una renovada determinación la invadió. Resolvería este misterio por Alice y encontraría a sus antepasados.

—¿Hay otros pueblos cerca? ¿Pueblos donde mi familia podría haberse asentado? —preguntó.

—Está Mairloch al este y Limarty justo al norte de aquí —dijo Ronan—. Enviaré a mi mensajero a esos pueblos si quieres.

—Sí, me gustaría eso —dijo ella, sintiendo que la esperanza crecía en su pecho.

Durante el resto de la comida, él se abrió más a ella, respondiendo preguntas sobre Eadan y su tío Bran. Le contó cómo Eadan era más como un hermano para él, que daría su vida por él, y Eadan haría lo mismo por él. Y le contó, aunque no le dio demasiados detalles, sobre una enfermedad reciente que Bran había sufrido, y su temor de perder al único padre que había conocido.

—¿Tienes más familia? —preguntó él—. ¿Además de tu abuela?

—No —susurró Kara, dándose cuenta de lo sola que estaba en su propia época. Nunca se había sentido sola cuando Alice estaba viva; el amor de su abuela había sido más que suficiente. Bajó la mirada, una ola de tristeza la invadió ante el pensamiento.

Él no la presionó para obtener más información, pero su mirada inquisitiva permaneció sobre

ella durante el resto de la comida. Después de terminar de comer, Ronan la acompañó a su habitación.

—Espero que encuentres a tu familia mientras estés aquí —dijo, con un tono sincero—. Y hablaba en serio: eres una invitada aquí, Kara. Pero necesito tomar precauciones.

—Lo entiendo.

Ambos quedaron en silencio mientras sus ojos dorados sostenían los de ella. La mirada de Kara cayó a su boca, y se preguntó cómo se sentiría presionada contra la suya propia. Su garganta, sus pechos...

El deseo se enroscó por cada parte de su cuerpo ante el pensamiento, manteniéndola clavada en el sitio. Ronan no rompió el contacto visual, y fue como si el mundo a su alrededor se detuviera cuando Ronan se inclinó hacia adelante, reclamando su boca en un beso fervoroso.

CAPÍTULO 8



Ronan saqueó las profundidades de la boca de Kara con su lengua, extendiendo los brazos para estrechar su hermoso cuerpo contra el suyo. La suavidad de sus labios, sus curvas presionadas contra él y su dulce sabor consumieron sus sentidos.

Ella levantó las manos para enredarlas en su cabello, presionando su cuerpo aún más cerca del suyo, y sus pezones endurecidos se apretaron contra su túnica. Sabía dulce, como a canela, y su erección pulsaba dolorosamente contra su kilt. No deseaba nada más que levantar a la muchacha en sus brazos, llevarla a su cámara y hundirse dentro de ella.

Pero se obligó a soltarla, dejándolos a ambos sin aliento mientras se miraban. Sus labios estaban entreabiertos, su pecho agitado, sus ojos verdes infundidos de lujuria; se obligó a dar un paso atrás, aunque deseaba desesperadamente reclamar su boca una vez más.

—T-te deseo buenas noches —dijo con voz ronca, forzándose a darse la vuelta y alejarse.

Aunque ella estaba más que dispuesta, no se permitiría acostarse con ella, no cuando no sabía qué estaba ocultando; no confiaba plenamente en ella.

Había notado su reacción sobresaltada cuando habló de Fiona. ¿La conocía? ¿Estaban conectadas de alguna manera? Hasta que obtuviera algunas respuestas honestas de ella, necesitaba mantener la cabeza fría cerca de la muchacha.

Aun así, no pudo evitar acariciar su miembro en cuanto estuvo solo en su cámara, imaginando su boca apoderándose de los hermosos pechos de Kara, saboreando la dulzura que emanaba de su centro, hundiéndose dentro de ella, una y otra vez, hasta que ambos gritaran su liberación. Ronan jadeó y se estremeció al llegar al clímax con solo pensarlo, recostándose contra la pared hasta que su miembro se desinfló.

Cuando volvió en sí, tomó una respiración entrecortada. ¿Qué tenía ella? Siempre había sido capaz de controlarse alrededor de hermosas muchachas antes. Pero con Kara, cuanto más estaba cerca de ella, más crecía su deseo por ella. Y era más que simple deseo; anhelaba saber qué pasaba por su mente. Quién era ella realmente.

Aún anhelando a Kara, cayó en un sueño inquieto, sus sueños llenos tanto de imágenes de ella como del mal presagio de la corteza quemada del árbol de saúco que había recibido.

Evitó cruzarse con Kara a la mañana siguiente, optando en su lugar por cabalgar hasta el Castillo Macleay, donde tomó su desayuno. Se instaló en el estudio de Eadan para ocuparse de los asuntos del día, tratando de no demorarse en el recuerdo del cuerpo de Kara moldeado al suyo, su boca explorando la de ella. Mientras trabajaba en una pila de escrituras de tierras, Osgar, uno de los guardias de Eadan, entró en el estudio.

Ronan se quedó inmóvil, el temor se apoderó de él. La expresión de Osgar era sombría. Algo había sucedido.

—Son nuestras tierras justo al sur de aquí —dijo Osgar—. Tierras que pertenecían a Artagan Graeme, el difunto esposo de Elspeth. Alguien las ha quemado.



HORAS MÁS TARDE, Ronan estaba de pie en el centro del gran salón, con los ojos de todos los nobles fijos en él. Había ido con Osgar a inspeccionar las tierras de cultivo incendiadas; las marcas de quemaduras en el suelo indicaban que alguien las había incendiado intencionadamente. Mientras miraba alrededor la tierra chamuscada, se dio cuenta de que ya no podía mantener en secreto lo que estaba sucediendo. Las tierras quemadas confirmaban lo que había temido desde que recibió el mal presagio.

El Clan Macleay tenía un nuevo enemigo.

—Hace días, recibí un mal presagio dejado para mí fuera de mi cámara. Era la corteza quemada de un árbol de saúco. Esperaba que no fuera nada más, pero justo hoy descubrí que alguien ha prendido fuego a nuestras tierras —dijo, manteniendo la mirada de cada noble.

Un tenso silencio llenó el gran salón; el miedo y la inquietud cruzaron los rostros de los nobles.

—¿Alguien más ha experimentado algo sospechoso últimamente? ¿Algo que pudiera considerarse una amenaza?

Hubo una larga pausa hasta que un noble llamado McFadden habló.

—Hubo un incendio en mis establos hace días —dijo McFadden—. Pensé... esperaba que fuera un accidente.

—Y alguien me dejó un mal presagio también —añadió Uallas, un noble robusto de las tierras del norte de Macleay.

—Cuando fui de caza con mis hombres hace unos días, pensamos que alguien nos seguía. Quienquiera que fuese, huyó antes de que pudiéramos atraparlo —dijo Neasan, otro noble del clan.

El temor de Ronan se convirtió en miedo mientras escuchaba a varios nobles más hablar de sucesos extraños. Por sí solos, los incidentes no eran notables. Pero sumados, se hacía evidente. Alguien había atacado al Clan Macleay, de nuevo. La pregunta era: ¿quién? Y ¿por qué?

—Sé que Eadan está fuera con su nueva esposa —dijo Moireach, sacando a Ronan de sus pensamientos—. Pero quizás deberíamos enviarle un mensaje.

Ronan se tensó cuando varios de los nobles asintieron en acuerdo. *No me creen capaz como líder.*

Ignorando el pensamiento preocupante, dio un paso adelante y se irguió en toda su estatura.

—Eadan me dejó a cargo en su lugar; yo me ocuparé de esto —dijo con voz firme mientras miraba a los ojos a cada noble—. Y propongo que empecemos interrogando a los nobles del Clan Acheson. Puede que sea solo una coincidencia que todo esto haya sucedido después de la derrota de Dughall... o puede que no.

Para su alivio, nadie protestó, aunque vio duda en los ojos de varios nobles, más notablemente en los de Moireach. Una pizca de su propia duda lo invadió. Quizás debería mandar a buscar a Eadan.

Sus pensamientos seguían siendo una tormenta de conflictos cuando regresó a su mansión. ¿Acaso su liderazgo era el responsable de lo que estaba sucediendo? Cuando Dughall atacó al clan, Eadan manejó el asunto con destreza, todo mientras cortejaba y se enamoraba de Fiona.

Ronan se pasó la mano por el pelo al entrar en su habitación. Había una parte de él que nunca

se sintió digno de su papel en el clan, que solo era un noble de alto rango gracias a Eadan y Bran. ¿Qué sería sin ellos? Un hombre sin dirección, sin propósito.

Resistió el impulso de buscar a Kara, diciéndole a su doncella que le gustaría cenar solo en su habitación.

Cuando sonó un golpe en su puerta, no levantó la mirada, asumiendo que era su doncella mientras la puerta se abría. Ya tenía una despedida en los labios cuando miró, pero era Kara quien estaba allí.

—No te vi en el comedor para la cena —dijo ella, dándole una sonrisa vacilante.

—Yo... decidí cenar solo —dijo él con brusquedad, desviando la mirada. Anoche, mientras alguien incendiaba las tierras de Macleay, él se había estado masturbando mientras fantaseaba con ella. No podía permitir que siguiera distrayéndolo.

—Te deseo buenas noches —dijo, manteniendo sus facciones estoicas, su tono educado pero cortante.

—Buenas noches —susurró ella, con un destello de dolor en sus ojos antes de cerrar la puerta, dejándolo con una punzada de anhelo en su ausencia. Una punzada que no podía acallar.

CAPÍTULO 9



Kara intentó ignorar su decepción mientras cenaba sola en su habitación. Se recordó a sí misma que no se alojaba en un encantador bed-and-breakfast con un apuesto dueño; era la "invitada" de un laird medieval que no confiaba en ella. Había esperado, ingenuamente, que después de su asombroso beso él se abriría.

El dolor punzó en su pecho al recordar la fría respuesta de Ronan cuando le había pedido cenar juntos. Se había sentido como una colegiala cuyo amor platónico la había rechazado para el baile escolar, no como una mujer adulta en una misión.

No había habido noticias del mensajero de Ronan sobre la presencia de su familia en las aldeas cercanas. Así que, inquieta y frustrada, Kara había pasado el día explorando la mansión. Era incluso más grande de lo que parecía desde fuera, con paredes revestidas de roble y suelos de madera oscura. Había seis habitaciones en el segundo piso, una enorme cocina en la parte trasera de la mansión, junto a varias cámaras más pequeñas que supuso eran los aposentos de los sirvientes, y dos salones, uno con una chimenea masiva. Aunque Ronan no le había prohibido explícitamente entrar en ninguna habitación, ella había optado por no abrir ninguna de las puertas cerradas en el segundo piso.

Cuando había escuchado su caballo acercarse por la tarde, había estado ansiosa por verlo... hasta que él la había despedido sumariamente.

Recuerda para qué estás aquí, se dijo ahora, alejando su persistente decepción. *Encuentra a tu familia y regresa al infierno de tu propia época donde perteneces.*

Kara terminó su comida con determinación. Aislin, la menuda y pecosa joven doncella que la había atendido desde su llegada, entró en su habitación.

—Puedo ayudaros a prepararos para dormir, mi señora —dijo Aislin.

Kara dudó en responder. Sabía que las cosas eran diferentes en esta época, pero le incomodaba tener una doncella personal atendiéndola en todo. Había intentado rechazar cortésmente su servicio por la mañana, pero la pobre chica había parecido tan herida que Kara temió que rompiera a llorar.

—De acuerdo —dijo Kara a regañadientes, sin querer herir sus sentimientos de nuevo—. Gracias.

Un gesto de alivio cruzó el rostro de Aislin, y ayudó a Kara a desvestirse con entusiasmo. Mientras Aislin se dirigía a un arcón a los pies de la cama para sacar un camisón, la curiosidad se apoderó de ella. Si Ronan no iba a abrirse con ella, tal vez sus sirvientes podrían contarle algo sobre él.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —preguntó Kara.

Aislin la miró con sorpresa. Kara se dio cuenta de que probablemente era poco común que

una "superior" le hiciera una pregunta personal. Aislin se sonrojó mientras continuaba rebuscando en el arcón.

—Casi diez años, señora —dijo Aislin educadamente. El asombro invadió las entrañas de Kara; luchó por mantener el rostro inexpresivo. Aislin no podía tener más de veinte o veintiún años. *Estás en 1390*, se recordó. Las leyes contra el trabajo infantil aún estaban a siglos de distancia.

—¿Y te gusta? No le diré nada al laird si dices que no —dijo con una sonrisa amable.

—Sí. Mucho —dijo Aislin, con una sonrisa genuina mientras se enderezaba y se acercaba para entregarle un camisón a Kara—. Es amable como su primo y su tío. No todos los lairds son tan bondadosos como él. Invitó a todos los sirvientes a compartir el banquete de Navidad con él y el Laird Macleay en el castillo el invierno pasado. Si el hijo de algún sirviente cae enfermo, él se encarga de conseguir un sanador. El mes pasado, una de las doncellas enfermó y no pudo trabajar durante semanas, pero él siguió pagándole su salario para que su familia no pasara hambre.

La sorpresa y la admiración llenaron a Kara y su corazón se enterneció. No es que esperara que Ronan fuera cruel con sus sirvientes, pero por lo que Alice le había contado sobre los lairds medievales, su amabilidad era excepcional.

—Y cuando el laird tiene visitas —continuó Aislin, pareciendo ansiosa por compartir ahora la bondad de Ronan—, se asegura de que nos traten con amabilidad. Su primo y su tío no necesitan mucha atención, pero cuando una de las amantes del laird...

Aislin se detuvo bruscamente, con el rostro encendido. Kara forzó una sonrisa, ignorando los celos que la apuñalaban por dentro.

—Está bien. No soy ninguna amante del laird, solo su invitada —se obligó a decir, tratando de no pensar en los labios de Ronan sobre los suyos la noche anterior.

—Cuando tiene, eh, visitas femeninas —dijo Aislin, pareciendo dudar en continuar, incluso cuando Kara le hizo un gesto para que lo hiciera—, rara vez las atendemos, ya que se quedan en la alcoba del laird y no permanecen mucho tiempo, ciertamente no para las comidas con el laird, como vos lo habéis hecho.

La pizca de celos de Kara se convirtió en una marea. Así que Ronan era el equivalente del siglo XIV a un playboy. Por supuesto que lo era. Era apuesto y, por el tamaño de esta mansión, rico.

Recordó su boca contra la suya, su beso hábil mientras le arrancaba una respuesta apasionada. La vergüenza se arremolinó en su pecho. Qué fácilmente había caído en sus encantos. Le sorprendía que aún no se hubiera casado. ¿O sí lo había hecho?

—¿La... la esposa del laird pasa algún tiempo en la mansión? —preguntó, con la boca seca.

—Oh, el laird no está casado —dijo Aislin con una breve risa, sacudiendo la cabeza—. ¿Estáis... estáis bien, señora? —preguntó de repente, su mirada recorriendo el rostro pálido de Kara.

—Estoy bien —dijo Kara rápidamente, demasiado rápido.

Para su alivio, Aislin la dejó sola con una rápida reverencia, y Kara se deslizó en la cama, tratando de no revolcarse en sus ridículos celos. Nunca había sido del tipo celosa, siempre demasiado absorta en su trabajo como para preocuparse por lo que hacían sus novios cuando ella no estaba cerca. Y ahora estaba celosa de Ronan, un hombre con el que ni siquiera tenía una relación, al que acababa de besar, y que, lo más importante, vivía siglos en el pasado.

Contrólate, Kara, se dijo a sí misma, antes de caer en un sueño inquieto. *Estás aquí por Alice, nada más.*



A LA MAÑANA siguiente Aislin le trajo una bandeja de comida tan pronto como se despertó, diciéndole que Ronan se había ido al castillo por el día, pero quería que supiera que nuevamente era libre de deambular por los terrenos. Kara hizo a un lado su decepción por que se hubiera ido; tal vez era mejor que no pasaran mucho tiempo juntos. Necesitaba concentrarse en el motivo por el que estaba allí.

Después de comer, ahora se sentía lo suficientemente valiente como para abrir esas puertas cerradas en el segundo piso, y asomó la cabeza en cada habitación, buscando un estudio. Esperaba encontrar algunos registros para buscar; registros que potencialmente podrían contener información sobre los inquilinos que vivían en las tierras de los Macleay.

Localizó dicha cámara al final del pasillo; no había cama dentro, solo un largo escritorio y varios gabinetes llenos de lo que esperaba fueran registros. Pero antes de que pudiera entrar, una voz masculina detrás de ella la hizo detenerse en seco.

—El estudio del laird está prohibido, señora.

Se giró mientras se acercaba un highlander sacado de un casting central: alto, fornido y pelirrojo, vestido con una túnica verde oscuro y un kilt de tartán con cinturón. Este no era el mismo hombre corpulento que la había vigilado el día anterior. ¿Cuántos guardias tenía Ronan sobre ella?

—Me llamo Luag —dijo, sin sonreír, mientras su mirada la recorría—. Seré tu guardia mientras estés aquí. Nos llevaremos bien, muchacha, siempre y cuando no vagués por donde no debes —añadió, desviando significativamente la mirada hacia el estudio.

Ella lo miró con enojo y pasó junto a él. No podía soportar volver a su sofocante habitación, así que se dirigió a la sala de estar, donde una joven criada casi tropezó consigo misma para encender el fuego y traerle algo de beber, aunque Kara insistió en que no necesitaba nada.

Pero sí apreció el calor del fuego después de que la criada y un sirviente masculino lo encendieran, con una copa de vino caliente en las manos mientras se sentaba en una cómoda silla mullida, volviéndose para mirar por la ventana los terrenos de la mansión. El mundo fuera de la mansión parecía tan pacífico. Pero esto no duraría mucho. Una parte de la carta de Alice vino a su mente.

En la primavera de 1390, los registros indican que ocurrió un incendio en medio de la noche durante un conflicto entre clanes en las Tierras Altas de Escocia.

Un conflicto entre clanes. Si pudiera averiguar si había un conflicto entre el Clan Macleay y otro clan por parte de Ronan, estaría un paso más cerca de prevenir lo que sucedería después. Y sabía de una manera fácil de hacer que Ronan le dijera lo que necesitaba saber, incluso si no confiaba plenamente en ella.

El buen y viejo coqueteo.

Ronan se sentía atraído por ella, su beso lo probaba. Y ahora que sabía que era un mujeriego... podía usar ese conocimiento en su beneficio.

—Aislin —dijo, cuando la joven criada entró en su habitación más tarde ese día con su comida del mediodía—. ¿Puedes traerme el vestido más fino que tengas aquí? Quiero usarlo para cenar con el laird esta noche.

Le sonrió a Aislin, tratando de no pensar demasiado en a cuál de las antiguas amantes de Ronan pertenecía dicho vestido.

Aislin pareció tanto intrigada como encantada por su petición y se fue para regresar solo momentos después con un vestido azul profundo con un escote atrevidamente bajo.

—Gracias —dijo Kara, examinándolo. Serviría bien para su propósito—. Este servirá.

Cuando cayó la noche, Kara estaba vestida y lista. Al escuchar el ruido de cascos de caballos en el patio, se apresuró a su ventana, mirando hacia afuera.

Ronan desmontó de su caballo, sus ondas castañas sexymente despeinadas en el húmedo aire nocturno. El hombre parecía volverse más guapo cada día. A Kara se le cortó la respiración al verlo y tragó saliva. *Se supone que debes seducirlo*, se reprendió a sí misma. *No al revés*.

Se volvió para salir de su habitación, tomando aire. Era hora de la Operación Seducir a Ronan.

CAPÍTULO 10



—*M*i señor —dijo Kara con tono sumiso mientras entraba al vestíbulo para recibir a Ronan.

Ronan se detuvo en seco, observándola, y no había duda del deseo en sus ojos mientras su mirada la recorría.

—Esperaba que pudiéramos cenar juntos —continuó ella.

—T-tengo asuntos que atender —murmuró él, intentando rodearla, pero ella bloqueó su camino.

—Por favor, Ronan —dijo ella, asegurándose de mantener su voz seductora mientras extendía la mano para tocar su brazo. Una inesperada oleada de calidez se arremolinó en su interior al sentir el brazo musculoso bajo sus dedos—. Después de todo, soy tu invitada.

Ronan dudó, pero finalmente le dio un brusco asentimiento. El alivio la invadió. *Hasta ahora, todo bien.*

Mientras se acomodaban en la mesa del comedor, los ojos de Ronan recorrieron desde su cabello hasta la curva de su escote. Ella intentó actuar indiferente ante su evaluación, pero su mirada dejaba un rastro de calor por todo su cuerpo.

—¿Ha sido bueno tu día? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. Me decepcionó no poder entrar en tu estudio. Esperaba encontrar información sobre...

—Lo que hay en mi estudio no es asunto tuyo, muchacha —interrumpió él—. Todavía no confío en ti.

Sus palabras dolieron más de lo que deberían. Se obligó a sonreír, tomando un sorbo de cerveza.

—Bueno. Espero algún día ganarme tu confianza.

—Todo lo que tienes que hacer es decirme qué estás ocultando, muchacha.

—Te he dicho todo.

—No eres tan buena mentirosa como crees —dijo él, reclinándose en su silla para evaluarla.

Kara tragó saliva. Esto no iba a ser tan fácil como había esperado. Él era mucho más perspicaz de lo que le había dado crédito.

Ronan centró su atención en su comida, comiendo en silencio.

—Has parecido estresado —dijo ella delicadamente, esperando que pudiera hacerlo hablar—. Durante el último día más o menos. Imagino que ser el jefe temporal del clan no es fácil.

—No —concordó él—. No lo es.

—Tal vez pueda ayudar.

Él le dio una mirada de incredulidad mezclada con leve sospecha.

—¿Cómo, muchacha?

—Yo... —dudó. No podía decirle que solía ser una reportera de investigación; tal cosa no existía en esta época, y ciertamente no era un trabajo para una mujer—. Yo... soy buena encontrando cosas.

—¿Encontrando cosas? —repitió él, con las cejas cómicamente elevadas.

—Cuando algo... o alguien... desaparecía en la aldea de donde vengo, los líderes de la aldea me dejaban unirme a la búsqueda, aunque fuera mujer. Es algo en lo que soy buena. Así que... si hay algo que estás tratando de averiguar, tal vez pueda ayudarte.

Ronan la estudió por un largo momento, su expresión ilegible.

Se puso de pie abruptamente, acercándose a ella. La sorpresa la invadió cuando él se inclinó, tomando suavemente su brazo y poniéndola de pie.

—¿Qué estás...?

—Creo —dijo él, con sus ojos clavados en los de ella— que estás tratando de averiguar sobre el clan para tus propios propósitos.

Maldita sea. ¿Era tan obvia? Estaba perdiendo su toque. Había sido mucho más fácil manipular a los hombres en su propia época. Ronan y su belleza distractora eran demasiado... desarmantes.

—No —mintió—. Yo... solo quiero ayudar.

—Y creo, hermosa Kara —murmuró él, como si ella no hubiera hablado en absoluto—, que este vestido lujurioso estaba destinado a ayudar a persuadirme. Pero lo que no te das cuenta es que eres la muchacha más hermosa que he visto jamás, y no necesitas un vestido especial para llamar mi atención.

A Kara se le secó la boca mientras él la hacía retroceder hacia la pared, aún sujetando su brazo. Una vez allí, la acorraló, colocando ambas manos a los lados de su cabeza.

Alcanzó su mano izquierda, y ella jadeó cuando él la colocó contra la dureza que se hinchaba bajo su kilt.

—Esto —susurró— no tiene nada que ver con tus tontos intentos de coqueteo, muchacha. Esto es solo por *verte*. Por tu *aroma*. El recuerdo de tu beso, tus labios sobre los míos, tu cuerpo presionado contra mí. El pensamiento de enterrarme entre tus muslos y tenerte hasta que grites mi nombre.

Kara no podía respirar. Su plan había quedado en segundo plano. En su lugar, la presencia de Ronan consumía sus sentidos: su aliento caliente en su rostro, su altura imponente, sus ojos brillantes. Sus labios estaban a solo centímetros de los de ella, y estaba desesperada por que él se apoderara de sus labios. Que se apoderara de *ella*.

Su mano se deslizó hacia su vestido, levantándolo, y su respiración se entrecortó en su garganta cuando él presionó un dedo en su centro, su sonrisa tornándose maliciosa al encontrar la humedad allí. Comenzó a deslizarse su dedo dentro y fuera, dentro y fuera, con una lentitud dolorosa... *tortuosa*.

Zarcillos de placer se enroscaron a su alrededor. Extendió la mano, aferrándose a sus anchos hombros para mantenerse estable.

—Ronan... —dijo, en un susurro medio gemido. Él mantuvo su ritmo pausado, y las manos de ella se apretaron en sus hombros, su mirada fija en la de él mientras los zarcillos de placer se tensaban alrededor de su cuerpo, y su orgasmo comenzaba a construirse.

—Llega para mí, muchacha —murmuró él, y su cuerpo comenzó a temblar, la habitación girando y dando vueltas a su alrededor mientras él aceleraba el ritmo de sus caricias.

—Oh Dios... —gimió ella.

La fuerza de su orgasmo la sacudió mientras Ronan continuaba acariciándola; se habría derrumbado si él no hubiera extendido la mano para sujetarla firmemente por la cintura.

Cuando finalmente se calmó, él retiró la mano de su centro para llevarse el dedo a la boca; solo ese acto fue suficiente para enviar otra oleada de placer a través de ella.

—Eres deliciosa, muchacha —suspiró—. Tal como imaginaba. Pero eso fue solo una muestra de lo que puedo hacerle a tu cuerpo. Cuando finalmente me digas lo que estás ocultando y de dónde vienes realmente, entonces te tomaré, toda tú —susurró, inclinándose hacia adelante para que sus labios rozaran su oreja, mordisqueando su piel—. Pero hasta entonces...

Dio un paso atrás y le dedicó una sonrisa burlona antes de dejarla sola.

Kara cerró los ojos, apoyándose contra la pared, aún sin aliento. Él había dado vuelta la situación y echado por tierra su plan. Brillantemente. *Maldito sea.*



SE FUE a la cama esa noche con un doloroso ardor entre los muslos. El sueño llegó, pero fue inquieto, lleno de imágenes del hermoso rostro de Ronan, sus labios en cada parte de su piel, ella temblando debajo de él.

Pero cuando despertó a la mañana siguiente, una ira justa reemplazó sus pensamientos lujuriosos. Ira y humillación. Él había jugado con su cuerpo, usando su respuesta hacia él en su contra. ¿Cómo se atrevía a volverla loca de deseo y dejarla así? Había sido tan honesta con él como pudo dadas las circunstancias. No tenía ningún deseo de ser quemada en la hoguera por brujería. Si Ronan no le contaba qué diablos estaba pasando con el Clan Macleay, tendría que tomar el asunto en sus propias manos.

Cuando Aislin entró para ayudarla a cambiarse, Kara sonrió y preguntó:

—¿Hay algunos... vestidos más sencillos que pueda usar? Los que he estado usando son encantadores, solo quería algo más... más parecido a lo que tú llevas.

Aislin frunció el ceño, una mirada desconcertada cruzando su rostro. Probablemente estaba causándole un latigazo mental a la pobre chica. Primero le pide un vestido elegante y ahora esto. Casi podía oír los pensamientos de Aislin: *¿Por qué una dama querría vestirse como una sirvienta?*

Pero Kara tenía una buena razón. No iba a quedarse sentada en esta mansión todo el día. Iba a ir al Castillo Macleay donde Ronan pasaba la mayor parte de sus días y averiguar qué estaba tramando. Pero necesitaba mezclarse, y eso significaba parecer una sirvienta. Los finos vestidos de dama que llevaba no le permitirían encajar.

—Señora, como invitada del señor, los vestidos que le hemos proporcionado son...

—Solo sería por unas horas —dijo Kara, esperando que su sonrisa fuera ligera—. El señor ni siquiera me verá con el vestido. *Eso espero*, añadió en silencio.

Aislin pareció dudar, pero asintió con renuencia, saliendo de la habitación. Regresó con un simple vestido marrón de campesina.

—Esto es perfecto —dijo Kara, radiante.

—Dejaré el vestido que he traído para usted junto a la cama —murmuró Aislin con el ceño fruncido.

—Me cambiaré antes de la cena —prometió Kara, y eso pareció apaciguarla. Con suerte, Aislin no cotillearía con los otros sirvientes sobre la extraña petición de ropa de Kara.

Kara se apresuró hacia la ventana, mirando hacia afuera. Luag, el corpulento montañés que Ronan había puesto para vigilarla, estaba en el patio coqueteando con una sirvienta. Respiró

aliviada de que estuviera distraído, por el momento.

El entrometido mayordomo de Ronan, Beathan, solía entrar y salir de la mansión durante todo el día; no escuchaba su distintivo acento escocés ordenando a los sirvientes, así que tenía algo de tiempo para escabullirse.

Se puso una capa y salió de la habitación, abandonando la mansión por la parte trasera. Normalmente había un segundo guardia apostado allí, pero los dioses debían estar sonriéndole, porque hoy no estaba.

Mantuvo la cabeza baja mientras se acercaba a los establos. El mozo de cuadra la estudió con sorpresa cuando se acercó, fijándose en su ropa de sirvienta. Rezó para que no la reconociera como la invitada de Ronan.

—Necesito un caballo —dijo, poniendo su mejor imitación de acento escocés—. El señor me quiere en el castillo. Tengo que trabajar en las cocinas del castillo hoy.

Mantuvo la mirada baja, y para su alivio, él le trajo un caballo.

Mientras montaba el caballo, agradeció en silencio a sus veranos como consejera de campamento por su conocimiento de cómo montar uno. Y gracias a sus largos días dentro de la mansión, había tenido mucho tiempo para observar desde su ventana cómo iban y venían las entregas del castillo; todo lo que tenía que hacer era seguir al próximo jinete de entrega hacia el este hasta el castillo.

Justo a tiempo, vio a un sirviente alejarse de la mansión, dirigiéndose hacia el este con un saco colgando de su hombro. Lo siguió.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras seguía al sirviente por el sinuoso camino de tierra hacia el este, rezando para que este plan de último minuto funcionara. Pronto divisó el castillo que se alzaba a lo lejos, y el asombro llenó su pecho mientras lo contemplaba: era un enorme castillo hecho de la misma piedra gris que la mansión de Ronan, con varias torres almenadas que se elevaban hacia arriba.

Apretó las riendas mientras se acercaba, entrando en el patio a través de la puerta abierta, con la cabeza gacha, aterrorizada de que un furioso Ronan se le echara encima en cualquier momento. Cuando llevó el caballo a los establos, el mozo de cuadra que se acercó apenas le dio una mirada superficial.

—¿Estás aquí por las especias de las cocinas? —preguntó. El corazón de Kara se elevó, esto era perfecto.

—Sí —murmuró, manteniendo la mirada sumisamente baja.

Él le hizo un gesto desdeñoso y Kara mantuvo la cabeza inclinada mientras se abría paso hacia el castillo, siguiendo a otros dos sirvientes que entraban llevando un pesado cubo entre ellos. Nadie en el bullicioso patio le prestó atención, pero la ansiedad le oprimía el pecho hasta que entró en el castillo. Solo exhaló un suspiro de alivio cuando estuvo dentro.

Ahora. ¿Cómo encontrar a Ronan?

Los señores a menudo manejaban sus asuntos en habitaciones que eran el equivalente a estudios, o en el gran salón para reuniones más grandes, le dijo Alice una vez.

Kara continuó por el largo pasillo, echando un vistazo furtivo a través de una puerta que daba a un gran salón vacío. Se mordió el labio. Tendría que explorar el castillo y preguntar hasta encontrar a Ronan. Era arriesgado, pero no había llegado tan lejos para fracasar.

—¿Dónde está el laird? —preguntó a una camarera de aspecto ajetreado que pasó junto a ella—. Tengo un mensaje de su mayordomo.

—En el estudio del segundo piso —dijo la criada, apenas dirigiéndole una mirada a Kara mientras continuaba por el pasillo, gritando por encima del hombro—. Pero no se le debe

molestar, está en una reunión.

¿Una reunión? ¿Quizás una en la que estaba discutiendo un posible conflicto entre clanes?

Manteniendo la cabeza gacha, Kara se dirigió por el largo pasillo y subió por el primer tramo de escaleras sinuosas que encontró, esperando que esto la llevara al estudio. Tan pronto como llegó al segundo piso, escuchó el profundo rumor de una voz familiar. Ronan.

Con el corazón en la garganta, Kara se dirigió por el pasillo hacia su voz, que provenía de una cámara al final del corredor. Dos sirvientas risueñas subieron las escaleras detrás de ella, y se apresuró hacia adelante, escondiéndose en una cámara vacía junto al estudio.

Mantuvo la puerta parcialmente abierta, aguzando el oído para escuchar la conversación en la habitación contigua.

—¿Hay alguien en el clan Acheson que tenga mala voluntad hacia la tregua? —exigió la voz de Ronan.

—Es un clan grande; no puedo responder por todos. Pero diré que la mayoría de nosotros estamos aliviados. No todos estábamos de acuerdo con los planes de Dughall. La mayoría de nosotros solo queremos paz.

—¿Cómo explicas las amenazas que hemos recibido?

—No puedo. Pero te aseguro que no soy yo ni ninguno de los hombres que conozco; todos son buenos hombres.

Hubo una larga pausa, y otra voz áspera dijo:

—O nos estás diciendo esto porque estás protegiendo a alguien.

—No lo estoy haciendo. Les estoy diciendo la verdad, yo...

—Te creo —la voz de Ronan sonaba cansada—. Si escuchas algo sospechoso, házmelo saber.

Escuchó que la puerta se abría y el sonido de pasos alejándose por el pasillo. Kara se quedó quieta mientras Ronan comenzaba a hablar, pero esta vez no pudo distinguir sus palabras.

De repente, la puerta de la cámara se abrió de golpe, y una mujer mayor menuda con cabello rubio veteado de gris la miró con sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? —exigió—. Esta cámara ya ha sido limpiada.

—Yo... —comenzó Kara, con el pulso acelerado mientras trataba de inventar una excusa en el momento.

—¿Y quién eres tú? —continuó la mujer, entrecerrando los ojos—. No te conozco.

—¿Qué sucede, Una?

El corazón de Kara se hundió. La voz pertenecía a Ronan. La puerta se abrió más, y el pavor se extendió por su pecho cuando la mirada sorprendida de Ronan se posó en ella.

—¿Kara? —exigió, su voz llena de sorpresa y enojo.

CAPÍTULO 11



La furia y la incredulidad invadieron a Ronan mientras miraba a Kara, vestida con un sencillo vestido de sirvienta.

—¿Conoces a la muchacha? —preguntó Una, dirigiendo su mirada a Ronan.

—Aye —gruñó Ronan, entrando en la habitación y fulminando a Kara con la mirada—. Déjanos.

Con una última mirada de sospecha hacia Kara, Una obedeció. Ronan cerró la puerta tras ellos, sin dejar de fruncir el ceño.

Kara dio un paso vacilante hacia atrás, con sus ojos verdes muy abiertos, su lengua asomando para humedecer sus labios secos. Ante ese gesto, una irritante punzada de deseo lo atravesó. Había estado furioso con ella desde que intentó acicalarse para él durante la cena. Aun así, se había visto deseable con ese vestido, con un escote lo suficientemente bajo como para que pudiera ver la suave y blanca piel de sus pechos. El recuerdo lo había atormentado todo el día.

—¿Quieres explicarme por qué te escondes en este castillo con ropas de campesina? —espetó—. ¿Cómo te has escapado de la vista de Beathan? ¿De Luag?

—Puedo ayudarte con lo que sea que estés tratando —respondió ella, evadiendo su pregunta—. Con-con el clan. Solo...

—¿Así que pensaste en venir aquí a escondidas por tu cuenta? ¿Espiarne? —exigió.

—¡Si es lo que hace falta, sí! —exclamó Kara.

—¡Cristo, mujer, me vuelves loco! Volverás a la mansión y si vuelves a hacer algo así, ¡te encerraré en tu habitación bajo llave!

—No puedes...

—Puedo —gruñó Ronan—. No sabes lo que está pasando con el clan, y es mejor que no lo sepas, por tu seguridad.

—Puedo. Ayudar —insistió ella—. Si hay algún conflicto en marcha, eso afecta a todos los que viven en tus tierras, incluida mi familia. ¿Realmente crees que voy a quedarme sentada en esa mansión como... como una de tus amantes y esperar a que tu mensajero me diga que no puede encontrar a mi familia? ¿Crees que he viajado... que he venido hasta aquí para fallarle a mi abuela? No lo haré. *No puedo*. Si tengo que disfrazarme y seguirte para averiguar qué está pasando, ¡lo haré tantas veces como sea necesario!

Ahora estaban a un paso de distancia. La furia y el deseo luchaban por dominar mientras Ronan la miraba fijamente, hasta que el deseo ganó la batalla. Con un gruñido frustrado, capturó su boca con la suya.

Kara jadeó en su boca cuando su mano se dirigió a su pecho, amasándolo. Era exuberante y maduro en su mano, y anhelaba saborearlo.

Kara gimió, devolviendo su beso con tal ferocidad que él trastabilló hacia atrás. Pero ella no iba a ganar esta batalla. Extendió la mano, atrayendo su cuerpo cerca del suyo, manteniendo su boca pegada a la de ella mientras se giraba, presionándola contra la pared.

—Me vuelves loco, muchacha —susurró, liberando su boca para saborear la suave piel de su garganta. Mantuvo su mirada fija en sus ojos mientras su boca bajaba hacia su corpiño, mordisqueando y succionando su piel, antes de tirar de él hacia abajo y liberar sus pechos de su confinamiento—. Loco de deseo. Con un anhelo que solo tú puedes satisfacer.

Atrapó su pezón con la boca, y ella echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido mientras él lo saboreaba. Enredó su mano en su cabello, obligándola a mirarlo.

—Dime quién eres, muchacha —gruñó, liberando a regañadientes su pecho de su boca. Su miembro anhelaba estar dentro de ella, y la fuerza de su lujuria fluía a través de él, pero se mantuvo quieto—. Dime quién eres y te daré lo que ambos queremos.

La vacilación brilló en sus ojos, luchando contra el deseo.

—De-de acuerdo —susurró, con voz temblorosa—. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué? —susurró, bajando la cabeza para cubrir su garganta de besos.

—Que no me harás arrestar por brujería.

Sus palabras frenaron brevemente su deseo. La miró con sorpresa, pero sus ojos, aunque nublados por el deseo, estaban serios.

—Kara...

—Tu palabra, Ronan.

—No creo en las brujas —dijo, y el alivio brilló en sus ojos. Se inclinó hacia adelante y volvió a mordisquear su garganta—. Ahora. ¿Me lo dirás?

—Sí —gimió ella—. *Después*. Lo prometo. Pero por favor... Ronan, no puedo esperar. Necesito que tú...

Apenas las palabras habían salido de sus labios cuando él se arrodilló ante ella, levantando su vestido. Ella jadeó cuando él levantó sus piernas, extendiéndolas sobre sus hombros mientras ella se aferraba a la pared para mantenerse firme.

Sus ojos se encontraron con los de ella mientras su boca devoraba su centro, y la mano de Kara voló a su boca para ahogar su grito. Se tomó su tiempo saboreando su dulzura, lamiendo y sondeando con su lengua, hasta que el cuerpo de ella se estremeció y tembló con su liberación.

—Por favor, Ronan —jadeó, tirando de su cabello mientras él continuaba saboreándola—. Oh Dios... por favor...

—¿Por favor qué, muchacha? —dijo con voz ronca, apartando su boca de ella y bajando sus piernas temblorosas al suelo. Se puso de pie, acariciando su dolorido miembro, con los ojos clavados en los de ella—. Dime qué quieres.

—Te quiero a ti —susurró ella—. Quiero que me tomes.

Él la complació con un gruñido, hundiendo su ardiente miembro en su centro, gimiendo contra su cuello ante la deliciosa sensación de ella apretándolo con fuerza. Comenzó a embestir, golpeándola contra la pared.

Era posible que cualquiera que pasara por el pasillo pudiera oírlos, pero no le importaba. En ese momento, su mundo entero era Kara; su cuerpo suave y flexible contra el suyo, sus ojos verdes salvajes de deseo, su sexo dándole la bienvenida en su interior. Sus respiraciones salían en ráfagas y jadeos mientras se movían juntos, y Ronan se apoderó de sus labios mientras embestía. Cuando apartó su boca de ella, susurró con voz ronca:

—Voy a llenarte, muchacha.

Kara gimió en respuesta, alzando las manos para enredarlas en su pelo. Él se inclinó para

succionar el lado de su garganta, un impulso primitivo lo urgía a marcarla.

—Tómame por completo, Kara.

—Sí —susurró ella—. Por favor... oh Dios, Ronan...

Fue el sonido de su nombre en sus labios lo que lo hizo llegar al clímax, y gritó mientras derramaba su semilla dentro de ella. El cuerpo de Kara temblaba contra él, y la sostuvo cerca mientras su propio orgasmo se apoderaba de cada parte de ella.

Cuando se calmó, él se apartó, sin aliento. Ella parecía una seductora, con su vestido bajado revelando sus exuberantes pechos, su cabello alborotado, sus ojos llenos de lujuria remanente. Una renovada oleada de deseo agitó sus entrañas.

—Deseo hacerte el amor apropiadamente, en mi cama, durante muchas horas —susurró.

Kara se sonrojó mientras se arreglaba el vestido. Él se acercó, sujetando los lados de su rostro.

—Pero primero... me diste tu palabra. ¿Quién eres, Kara?

CAPÍTULO 12



Kara hizo que Ronan la llevara de vuelta a la mansión Macleay, donde podrían tener privacidad y donde ella podría soltar su bomba de manera segura.

Aunque hacer el amor los había dejado sin aliento y tambaleándose, con chispas residuales de deseo aún vibrando bajo su piel, ella pudo contarle su historia una vez que estuvieron a solas en su habitación. Su verdadera historia.

Y le contó todo. Desde el año de su nacimiento, más de seiscientos años en el futuro, hasta la carta y las instrucciones de su abuela, la fuerza del viento sobre su cuerpo cuando llegó a las ruinas de aquel castillo, y su arribo a esta época.

No lo miró hasta que terminó de hablar.

Ronan estaba de pie junto a la ventana, en silencio mientras miraba los jardines. Su piel se había vuelto cenicienta; el único indicador de alguna reacción.

Aquí viene, pensó Kara con temor y una punzada de dolor. *Hará que sus hombres me envíen a las mazmorras del castillo Macleay.*

Pero cuando se volvió para mirarla, no había ira. Ni incredulidad. Solo... comprensión.

—Esta... aldea que encontraste en tu tiempo —dijo lentamente—. Descríbela.

—No hay mucho que describir. Estaba en ruinas. Parecía que podría ser de esta época, posiblemente más antigua —dijo ella, desconcertada por qué quería saber más sobre la aldea.

—¿Dijiste que había un castillo? ¿Un castillo que se encontraba justo más allá de las ruinas de la aldea?

—Sí —dijo ella, con el corazón acelerándose—. ¿Cómo supiste...?

—La aldea a la que fuiste en tu propio tiempo se llama Tairseach —dijo Ronan—. Durante mucho tiempo he pensado que eran meras supersticiones, pero durante años ha habido rumores de personas que desaparecen en sus alrededores. Algunos creen que Tairseach solía ser el hogar de *stiúireadh*, brujas druidas.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se sentó en el borde de la cama. Recordó la línea de la carta de Alice sobre las desapariciones en esta área.

—Escuché un susurro antes de desaparecer. La voz de una mujer. Estaba llamando mi nombre —dijo Kara, con una sensación de inquietud en el estómago—. Pensé que estaba loca, que era solo el viento. Pero... tal vez era una de esas brujas.

Ronan se puso aún más pálido y no habló durante varios momentos.

—Fiona, la esposa de Eadan... —murmuró Ronan, con el ceño fruncido—. La que tiene el mismo acento que tú. Eadan quería que yo y sus hombres la lleváramos a Tairseach después de una batalla con otro clan, en caso de que le pasara algo. Todavía se niega a decirme de dónde viene realmente.

—Ella también es una viajera del tiempo. Debe serlo —dijo Kara, sacudiendo la cabeza aturdida—. Ese fue mi primer pensamiento cuando me contaste sobre su acento.

—Cristo —murmuró Ronan, moviéndose hacia una silla junto a la ventana y hundiéndose en ella—. Sabía que estabas ocultando algo, pero nunca esperé...

—Juro por la tumba de mi abuela que lo que digo es la verdad —dijo ella, acercándose a él con una mirada suplicante—. No sé cómo es posible, pero he viajado atrás en el tiempo.

—Te creo, muchacha —dijo Ronan.

Ante la convicción en su rostro, la tensión en su cuerpo se disipó y las lágrimas le picaron los ojos. No se había dado cuenta de lo importante que era que él le creyera hasta este momento, y no solo por razones de autopreservación.

Pero su rostro seguía turbulento.

—Mi mayordomo vio a una muchacha vagando por los terrenos, una muchacha diferente, no mucho antes de que tú llegaras. La noche de la boda de Eadan. Afirmó haberla visto desaparecer ante sus ojos, pero no le creí. Pero ahora que estás aquí, de otro tiempo...

—¿Crees que era una bruja? ¿Que ella tuvo algo que ver con mi llegada aquí? —preguntó Kara.

Ese susurro que había escuchado en su propio tiempo. La bruja apareciendo en la propiedad de Ronan. Los dos sucesos podrían estar relacionados.

—No lo sé —dijo Ronan—. Se cree que las brujas druidas pueden tener un efecto en las desapariciones alrededor de Tairseach, pero nadie lo sabe con certeza.

Kara se mordió el labio, su mente dando vueltas. Lo que no daría por su portátil ahora mismo. Cada vez que trabajaba en una historia, tratando de resolver el misterio que yacía en su corazón, escribía todos sus pensamientos en un documento en su portátil. Hacía mucho más fácil descifrar todas sus preguntas sin respuesta cuando estaban expuestas ante ella.

Pero no estaba aquí para resolver el misterio de los viajes en el tiempo. Estaba aquí para salvar vidas.

—Sabes para qué estoy aquí —dijo—. Si puedo salvar a mis antepasados, también puedo salvar otras vidas. Es por eso que quiero saber qué está pasando con el Clan Macleay. Alice encontró registros que mostraban que las muertes de mis antepasados fueron el resultado de un conflicto entre clanes en esta área. ¿Recuerdas que te dije que era buena encontrando cosas? —Ante su asentimiento, continuó—: En mi tiempo, yo era algo llamado periodista de investigación.

Ronan parecía desconcertado por el término, así que ella lo explicó de la mejor manera que pudo.

—Si alguna vez hubiera un conflicto entre los nobles de tu clan, y enviaras a alguien para averiguar qué pasó, cómo se inició el conflicto...

—Eso a menudo terminaría en peleas, o con un hombre muerto —dijo Ronan, sus ojos llenándose de preocupación—. ¿Es eso lo que haces en tu tiempo, muchacha? ¿Manejar conflictos entre hombres?

—No exactamente —respondió ella con evasivas—. Respondía preguntas y escribía informes, historias, sobre las respuestas que descubría. Y era buena en mi trabajo. Descubrir *cómo* sucedió algo no te mata en el futuro. Al menos, no normalmente —añadió, recordando un par de encuentros peligrosos en los que se había metido con fuentes que no querían que las entrevistara.

—No permitiré que te pongas en peligro —dijo Ronan con el ceño fruncido, interpretando el cambio en su expresión.

—Ronan —dijo ella con un suspiro exasperado—. Puedo ayudar. Voy a ayudar. La única diferencia es: ¿trabajarás conmigo o no?

El ceño de Ronan se profundizó, pero ella vio un destello de admiración en sus ojos dorados.

—Bueno —murmuró él—, supongo que no tengo elección.

—No —dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho—. No la tienes.

Él le dirigió una sonrisa a regañadientes, y ella escuchó atentamente mientras le contaba sobre la antigua rivalidad entre el Clan Macleay y el Clan Acheson, la batalla con Dughall, la supuesta paz. Y las amenazas recientes: incendios, robos, malos presagios.

—Mi primo se fue pensando que todo estaba bien —dijo Ronan, cerrando los ojos—. Pero tan pronto como quedo a cargo...

Apartó la mirada de ella, pero Kara percibió la culpa y la inseguridad que acechaban en su expresión.

—¿No creerás que esto es tu culpa?

—No lo sé —gruñó Ronan, todavía sin mirarla—. Quizás este nuevo enemigo esperó a que un líder débil como yo ocupara el lugar de Eadan antes de atacarnos.

—O podría haber estado planeándose desde el momento en que tu clan derrotó a Dughall y sus hombres —respondió ella—. Cuéntame más sobre esta rivalidad con el Clan Acheson. ¿Qué la causó?

—Una disputa por tierras en el norte. Hace mucho tiempo, pertenecían a su clan. Las tierras fueron cedidas a nuestro clan hace generaciones como parte de una tregua. Pero las tierras son muy codiciadas: son suelo fértil en una región donde el suelo fértil es difícil de encontrar. Dughall y otros en el Clan Acheson creían que las tierras aún les pertenecían por derecho.

—¿Con quién estaba aliado el Clan Acheson? —preguntó ella, reflexionando sobre sus palabras.

—Siempre han trabajado por su cuenta —dijo él—. Ahora están aliados con nosotros. Hemos purgado a los miembros que estaban del lado de Dughall. Y ya he considerado la posibilidad de aliados. Le pregunté a una simpatizante de su clan si alguna vez mencionaron a alguien más con quien estuvieran trabajando; dijo que no.

—¿Ella? —preguntó Kara, sintiendo una punzada irracional de celos en el pecho.

—Elsbeth. Es una viuda de nuestro clan que era cercana a miembros del Clan Acheson.

—¿Y crees que te dijo la verdad? —preguntó Kara, resistiendo el impulso de exigir saber qué tan bien conocía a esta viuda.

—No —dijo Ronan con un suspiro—. No lo creo.

—Creo que es poco probable que el Clan Acheson se hubiera enfrentado a tu clan sin aliados. Creo que deberías seguir investigando.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con los ojos brillando desafiantes—. ¿Pretendes decirme cómo manejar esta investigación?

—Pretendo ayudarte —insistió ella—. Ahora puedes ser terco y seguir por el camino equivocado, o puedes dejar que te ayude. Soy del futuro y sé que *algo* va a suceder que causará la muerte de mucha gente inocente aquí. A menos que hagamos algo para detenerlo.

La boca de Ronan se tensó, pero le dio un asentimiento de respeto a regañadientes.

—De acuerdo —dijo—. Te dejaré ayudar. Pero —añadió, con un tono firme—, puede que seas de otro tiempo, pero ahora estás en el mío. Soy el laird y líder de este clan en lugar de mi primo. Debes hacer lo que yo diga y mantenerte fuera de peligro, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Y ahora —dijo, avanzando hacia ella—, tengo mis propias preguntas.

CAPÍTULO 13



Ronan se acercó más a Kara, y su mente se llenó con el recuerdo de su boca presionada contra su centro, contra su garganta, su cuerpo pegado al de ella. Una oleada de deseo la recorrió, y se lamió los labios resecos. Era difícil concentrarse cuando él estaba tan cerca.

—¿Y qué es eso? —susurró ella.

Se preparó para que él le preguntara cómo era el futuro, qué pasaría con Escocia, con su clan.

—¿Hay un hombre esperándote en tu época?

Una cruda vulnerabilidad llenó su expresión, y ella parpadeó asombrada. De todas las cosas que podía preguntar, ¿eso era lo que había elegido? Pero una ola de deleite la recorrió ante sus obvios celos.

—No —dijo ella, sonriendo—. No hay nadie.

Un claro alivio inundó sus ojos, y le devolvió la sonrisa. Ella se quedó inmóvil cuando una oleada de sus propios celos la invadió.

—¿Y tú? —preguntó, recordando lo que Aislin le había dicho sobre sus amantes—. ¿Tienes una amante o dos escondidas por ahí?

—No —dijo él inmediatamente. Los hombros de ella se relajaron con alivio—. Y ahora que he probado tu sabor, muchacha...

Su mirada se oscureció de lujuria, y dio un paso más cerca, invadiendo su espacio personal. Ella encontró sus ojos, con el corazón martilleando.

—Ninguna otra mujer se compara.

El momento se prolongó entre ellos, cargado de tensión erótica, hasta que Kara no pudo esperar más. Tomó la iniciativa y capturó su boca con la suya.

Él gruñó en su boca mientras se besaban y se movieron al unísono hacia la cama. Mientras caían sobre ella, su mano se extendió para levantar su vestido, su dedo hundiéndose en su húmedo centro.

—Ya estás mojada para mí —murmuró contra su boca—. La primera vez fue puro deseo. Esta vez —su voz bajó a un gruñido ronco—, es para explorar. Pero primero, necesito otra probada de tu dulzura.

La sentó mientras le quitaba el vestido, la túnica y la enagua, antes de recostarla de nuevo en la cama y sembrar besos a lo largo de su abdomen hasta llegar a su centro, sumergiendo su lengua dentro de ella. Kara dejó escapar un grito, agarrando las sábanas mientras él la saboreaba. Sus ojos ambarinos se alzaron para encontrarse con los de ella, y apartó su boca para susurrar:

—La humedad entre tus muslos es como el vino más dulce.

—Ronan —gimió ella, estirándose hacia él, anhelando que se hundiera dentro de ella, pero él evadió su agarre.

—No. Te lo dije —dijo con un guiño—. Esta vez, es una exploración.

Mantuvo su boca en su centro hasta que su placer alcanzó su clímax y ella llegó con un grito desesperado. Él se puso de pie, quitándose la túnica y el kilt, sus ojos recorriendo su cuerpo desnudo mientras lo hacía.

—Cristo, Kara —susurró—. Tienes el cuerpo de una diosa.

Kara se sonrojó ante su cumplido, pero mientras observaba su cuerpo, todo músculo cincelado, cada centímetro brillante y pronunciado, sacudió la cabeza asombrada.

—Y tú tienes el cuerpo de un dios.

Él se rió, y ella se incorporó, ansiosa por tomar su dureza en su boca, pero él la empujó de nuevo hacia abajo.

—Todo a su tiempo, muchacha. Quiero saborear tu cuerpo como se merece.

Se inclinó para tomar su pezón en su boca, lamiéndolo con toda su atención antes de concentrarse en el otro. Ella enredó su mano en sus mechones castaños, deleitándose con la sensación de él contra ella, mientras él bañaba sus pechos con lamidas y besos.

Finalmente, se levantó, manteniendo su mirada fija en la de ella mientras se enterraba dentro de ella. Kara envolvió sus piernas alrededor de él, estremeciéndose ante la sensación de su longitud enterrada dentro de ella, y sus ojos permanecieron fijos mientras él comenzaba a empujar.

Gimiendo de placer, bajó sus manos para agarrar sus nalgas mientras él se movía dentro de ella. Sus movimientos se volvieron frenéticos, y Kara cerró sus piernas alrededor de él, necesítándolo más cerca mientras sus cuerpos se unían, una y otra vez, hasta que su placer mutuo alcanzó un crescendo.

—Kara —jadeó Ronan, estremeciéndose mientras su cuerpo temblaba con la fuerza de su clímax, seguido por el de ella solo segundos después, la habitación girando a su alrededor mientras su cuerpo se sacudía.

Kara luchó por recuperar el aliento mientras volvían a la tierra, sus cuerpos aún entrelazados. Ronan la atrajo hacia sí, extendiendo la mano para acariciar su cabello.

—Tu cabello es como oro bruñido —susurró, mirándola con reverencia—. Tus ojos como los prados más allá de la mansión. Eres una bruja, mi Kara, pero de un tipo diferente. Me has hechizado desde el momento en que te vi. ¿Sabes lo hermosa que eres?

—Tú también eres hermoso —susurró ella, observando sus ojos leonados, su mandíbula fuerte salpicada de barba, esos labios sensuales, y otra oleada de lujuria la invadió.

—Si un hombre dijera eso, lo atravesaría con mi espada —dijo Ronan, frunciendo el ceño.

—Es un cumplido —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Eres el hombre más hermoso que he visto jamás.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Y cuántos hombres has visto?

Ella sonrió.

—Ninguno se compara contigo.

Era cierto. Incluso el primer beso que había compartido con Ronan superaba el sexo mediocre que había tenido con novios anteriores. Una punzada repentina la atravesó. Ningún otro hombre se compararía jamás con Ronan.

—¿Qué pasa? —preguntó él, notando el cambio en su expresión.

—Nada —dijo ella, apartando el pensamiento del futuro, un futuro en el que Ronan no existía—. ¿Hay algo más que quieras saber? ¿Sobre mi época?

—No —dijo él con sorprendente rapidez—. No es mi lugar conocer el futuro. Pero... —

titubeó, estudiándola con curiosidad—. ¿De dónde es esa tierra de la que vienes? ¿La que os ha dado a ti y a Fiona ese acento tan extraño?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —bromeó ella—. Tendré que contarte un poco del futuro.

—Aye —dijo él—. Pero intenta no revelar demasiado.

—Hay una tierra que aún no ha sido descubierta por los europeos —explicó ella con cautela—. Gente de los países de Europa la colonizará. Después de que pase algún tiempo, sus descendientes hablarán una lengua común: la forma de inglés que estoy hablando ahora.

—Los ingleses —murmuró Ronan con un gruñido irritado—. ¿Así que todavía existen en el futuro? ¿Los escoceses no los habremos exterminado?

—Me temo que sí —dijo ella con una sonrisa compungida. Decidió que era mejor no mencionar el dominio global que Inglaterra tendría en el futuro, ni el hecho de que Escocia se convertiría en parte del Reino Unido.

—Suficiente. No quiero saber más —dijo Ronan, su apuesto rostro arrugándose de fastidio—. Pero sí quiero saber más sobre ti, Kara. No la historia que me contaste antes. La verdadera tú.

Kara apoyó la cabeza en su pecho.

—Algunas cosas que te conté eran ciertas. Estaba muy unida a mi abuela. Ella alentaba mi amor por la escritura. Se alegró de que me dedicara al periodismo como profesión, aunque creo que una parte de ella esperaba que me hubiera interesado más por la historia.

Trazó las líneas de su pecho musculoso antes de continuar:

—Empecé a trabajar inmediatamente después de la universidad y me encantaba.

—¿Las muchachas pueden asistir a la universidad en tu época? —preguntó Ronan, con los ojos abiertos de sorpresa.

—Sí —dijo ella, dándole un toque—. Y las mujeres pueden hacer muchas otras cosas en mi época también. Durante años, mi vida fue mi trabajo. No veía a Alice tanto como quería. Tanto como debería haberlo hecho. No tenía mucho tiempo para amigos o relaciones. Mirando hacia atrás, es como si... estuviera buscando algo.

—¿Qué estabas buscando?

—No lo sé —reflexionó—. Pero sí sé que mi vida se sintió vacía cuando terminó mi trabajo. Creo que... estaba usando mi trabajo para llenar algún tipo de vacío. Estaba sin rumbo. Y entonces Alice murió... —El familiar tirón del dolor la embargó y tragó saliva contra una oleada de lágrimas—. Creo que por eso quiero tanto hacer lo que me pidió en su carta. Esta es mi última conexión tangible con Alice. Y después... realmente se habrá ido.

Su voz se quebró y Ronan extendió los brazos para atraerla hacia sí. Ella enterró la cara en su cuello, la humedad de sus lágrimas humedeciendo su piel.

—Cuando perdí a mi padre, me consumía el dolor —murmuró él, acariciándole el cabello—. El tío Bran me llevaba a dar largos paseos en aquellos primeros días. Durante esos paseos, me decía que dijera todo lo que quería decirle a mi padre, que fingiera que caminaba a mi lado. Al principio parecía una locura, pero cuando empecé a hacerlo... hizo que su pérdida fuera soportable. Deberías hacer lo mismo. Siempre tendrás una conexión con tu abuela. Aquí —dijo, extendiendo la mano para tocar el centro de su pecho.

Ella sonrió a través de sus lágrimas, y él le limpió las lágrimas con el pulgar, sus ojos suaves de compasión.

Alice podía haberse ido, y ella estaba seiscientos años en el pasado, pero en este momento, por primera vez en mucho tiempo, una sensación de calma se apoderó de ella. Una sensación de hogar.

CAPÍTULO 14



Ronan permaneció despierto mucho después de que Kara se quedara dormida en sus brazos. Contempló su forma durmiente, rumiando sobre su historia. Tan pronto como ella le dijo que venía de otra época, por extraño e increíble que fuera... todo cobraba sentido. La vaguedad de sus antecedentes. Su extraño acento. Tairseach. Los stiuireadh que habían aparecido en su propiedad antes de que ella llegara.

Y estaban las similitudes con Fiona. Fiona había aparecido de manera similar, emergiendo del sótano del Castillo Macleay con un vestido escandaloso, uno que debía ser común en su época. Su acento, casi idéntico al de Kara. La negativa de Eadan a revelar el verdadero lugar de nacimiento de Fiona.

Fiona había viajado a través del tiempo. Al igual que Kara.

¿Por qué Eadan no le había contado la verdad sobre su esposa? ¿Acaso no confiaba en él?

Pero mientras Ronan estudiaba a Kara, extendiendo la mano para apartar un mechón de cabello rebelde de su rostro, una oleada de protección lo invadió, y lo entendió. Eadan quería proteger a su esposa. Aunque Eadan y Ronan no eran supersticiosos, había muchos en el castillo y en las aldeas circundantes que sí lo eran. Muchos creían fervientemente en las brujas y las despreciaban. Y sin duda considerarían bruja a una moza que pudiera viajar a través del tiempo.

Ahora comprendía con absoluta claridad por qué Kara no había querido revelar quién era, y la culpa lo invadió. Por lo que ella sabía, él podría haberla arrojado a las mazmorras y haberla hecho colgar por brujería.

—Lo siento, Kara —murmuró a su forma dormida. Ella estaba aquí en nombre de la abuela que adoraba, y él no le había facilitado las cosas.

Una repentina pesadez se apoderó de él. Dado que Kara no pertenecía a esta época... su estancia aquí solo sería temporal. Pronto, su Kara, con su mente vivaz y su corazón feroz, regresaría a su propia época. Nunca había deseado tener una moza a su lado por más de unas semanas, pero con Kara, la idea de que se marchara lo llenaba de un agudo dolor.

Se quedó dormido con los inquietantes pensamientos sobre la eventual partida de Kara, y despertó de su sueño agitado al amanecer, besando la frente de Kara antes de desenredarse de su cálido y hermoso cuerpo con renuencia. Su sugerencia de continuar investigando los posibles aliados del Clan Acheson era buena; la plantearía durante la reunión con los nobles hoy.

Aunque le permitía ayudar, tendría que mantenerla fuera de la vista de los nobles del clan. Las únicas personas conscientes de su presencia aquí eran sus sirvientes y sus hombres, pero eran leales y no chismorrearían sobre su misteriosa invitada a los forasteros. Si los nobles del clan supieran de su existencia, tendrían preguntas y sospechas. Era un milagro que Fiona hubiera pasado desapercibida. No sabía si Kara tendría tanta suerte.

Una vez vestido, salió al pasillo. Interceptó a Aislin mientras se dirigía a la habitación de Kara.

—La dama está dormida en mi aposento —dijo—. Pero déjala descansar.

—Sí, mi señor —dijo Aislin, desviando la mirada, pero él vio el deleite en sus ojos. Aislin debía haber tomado cariño a Kara y parecía complacida de que hubiera pasado la noche en su cama. *Planeo mantenerla en mi cama*, dijo Ronan en silencio, mientras Aislin pasaba junto a él. *Todo el tiempo que pueda*.

Descendió las escaleras con una pequeña sonrisa curvando sus labios. Al ver a Beathan acercándose, la sonrisa de Ronan se desvaneció. Iba a tener unas palabras con él y con Luag por permitir que Kara se escabullera de la mansión.

Pero Ronan se congeló al ver la expresión tensa de preocupación en el rostro de Beathan.

—Mi señor, un mensajero acaba de informar —dijo Beathan—, los hombres que vigilaban la mansión de Elspeth pasaron por su revisión matutina y la encontraron desaparecida. Ha huido.



RONAN DESMONTÓ DE SU CABALLO, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho mientras se acercaba a la mansión de Elspeth. Osgar estaba en el patio, frente a una doncella de aspecto asustado.

—¿Elspeth fue llevada por la fuerza? —preguntó Ronan cuando llegó hasta ellos.

—No —dijo Osgar, con la boca en una línea sombría—. Ya he registrado la mansión. Parece que hizo las maletas antes de irse.

—¿Dijo algo? ¿Le comentó que podría ir a algún lado? —preguntó Ronan, centrando su atención en la doncella.

—No, mi señor —dijo la doncella, negando con la cabeza—. Pero anoche, después de cenar, me despidió antes de que pudiera ayudarla a acostarse. A mí y a todos los demás sirvientes. Dijo que no se sentía bien y quería estar sola.

—¿Parecía enferma?

—Parecía estar bien, mi señor.

El temor llenó el pecho de Ronan, y entró en la mansión. Recordó la evasiva de Elspeth la última vez que estuvo aquí. Había sido un tonto al no haberla vigilado más de cerca.

Otra doncella lo condujo a la cámara de Elspeth, lo que confirmó lo que Osgar le había dicho: su baúl de ropa estaba vacío, junto con una caja de joyas. No era alguien que hubiera sido obligada a irse.

¿Adónde había ido? ¿Estaría ahora trabajando con la misma persona que enviaba amenazas al clan?

—Envía hombres a las aldeas circundantes y registra los caminos —le dijo a Osgar cuando regresó a la planta baja, aunque dudaba que la encontraran. Si se había ido la noche anterior, ya estaría lejos.

Se dirigió al castillo, donde los nobles estaban reunidos en el gran salón para la reunión.

La tensión recorrió a Ronan mientras les informaba de la abrupta partida de Elspeth.

—Ya tengo hombres buscándola —dijo Ronan—. Espero que la encontremos antes de que llegue muy lejos.

Se preparó para sus acusaciones: que debería haber sabido que Elspeth planeaba algo dada su cercanía al Clan Acheson, que debería haberla vigilado más de cerca con Eadan ausente.

Moireach y los nobles lo miraron con miradas duras, pero el gran salón permaneció en

silencio hasta que McFadden habló.

—No es Elspeth quien nos preocupa —dijo McFadden, estudiándolo con los ojos entrecerrados—. Es la moza extranjera que tenéis en vuestra mansión.

Ronan se puso tenso. ¿Cómo sabían de Kara? ¿Alguien estaba vigilando su mansión o uno de sus sirvientes de confianza había chismorreado?

—Mi criado os vio con ella ayer —continuó McFadden, como si le leyera el pensamiento—. Oyó su extraño acento cuando salíais del castillo con ella. Dijo que parecía que no queríais ser visto. Le ordené que os siguiera de vuelta a vuestra mansión.

—Soy el líder de este clan, McFadden. No teníais derecho a que vuestro hombre me siguiera —gruñó Ronan—. La moza es mi amante. No veo en qué os concierne.

Si pensaban que era una simple amante suya, Ronan esperaba que dejaran el asunto. Pero sus ojos se entrecerraron con aún más sospecha.

—¿Y cuándo llegó esta moza? —presionó Uallas.

—Hace días —respondió Ronan con tensión.

—¿Y no os parece extraño que tan pronto como llega esta moza, nuestro clan empiece a recibir amenazas? —exigió McFadden.

—Hemos recibido amenazas antes de que ella llegara —espetó Ronan, tratando de no mostrar su alarma. No quería que sus sospechas se centraran en su Kara.

—Sería una buena manera de distraeros —intervino Neasan—. Enviar una moza bonita para que os acostéis con ella mientras Eadan está ausente...

—¿Y qué estáis tratando de decir, Neasan? —siseó Ronan—. Todos somos hombres adultos. No hay necesidad de andarse con rodeos.

—Eadan no se dejaría distraer. Incluso con la sassenach con la que acabó casándose, mantuvo su enfoque en Dughall y salvó a nuestro clan. Vos habéis estado persiguiendo todo lo que lleva faldas toda vuestra vida, y ahora aparece esta ramera...

Ronan se abalanzó hacia Neasan. Osgar se interpuso frente a él, levantando las manos.

—Mi señor —dijo, volviéndose para lanzar una mirada dura a Neasan—. Estoy seguro de que Neasan no quiso decir lo que dijo.

—Estoy seguro de que no —dijo Ronan, entre dientes apretados—. ¿No es así?

—Mis disculpas —dijo Neasan, aunque su tono no era en absoluto arrepentido—. Pero es nuestro derecho interrogarla.

—No —gruñó Ronan.

—¿No?

—No —repitió Ronan, firme—. Es mi amante; nunca habéis necesitado interrogar a ninguna amante de un noble del clan antes.

—Interrogamos a la esposa de Eadan —intervino McFadden.

—Kara no es mi esposa —replicó, sintiendo un extraño dolor al pronunciar esas palabras—. Es mi amante, y no tiene nada que ver con nada de esto. Necesitamos centrarnos en quién nos persigue, no en con quién me acuesto. Necesitamos hablar con más miembros del...

—Ya hemos hablado con una docena de nobles del Clan Acheson —interrumpió Uallas.

—Hemos estado haciendo las preguntas equivocadas. No creo que sea el clan Acheson quien nos envía amenazas; Eadan ejecutó a los traidores. Puede que sea un aliado de los Acheson, alguien que quiere reclamar las tierras en disputa.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Neasan, con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Es una suposición razonable —dijo Ronan. No se atrevería a sugerir que era idea de Kara—. Necesitamos hacer todo lo posible para averiguar quién es y qué están planeando. Estas

amenazas, malos augurios y demás, parecen meras distracciones. Temo que algo más peligroso está a punto de suceder.



—YA OS LO DIJE, no estaba al tanto de las conversaciones de Dughall —dijo Seamus—. Él sabía que no estaba de acuerdo con sus planes.

Ronan estaba de pie en el estudio de Eadan frente a Seamus, un miembro del Clan Acheson que una vez había sido cercano a Dughall. Había interrogado a varios hombres del Clan Acheson desde su reunión anterior ese día con los nobles, y todos habían jurado ignorancia sobre posibles aliados.

—¿Sabéis si Dughall o alguno de sus hombres tenían aliados? —preguntó. Esperaba que Seamus respondiera como los demás: que no sabía nada.

Pero Seamus se puso rígido.

—¿Qué? —preguntó Ronan, sintiendo que la esperanza surgía en su pecho—. ¿Qué sabéis?

—Es solo un rumor —dudó Seamus—, pero oí que Dughall tuvo varias reuniones con el jefe del Clan Sudrach hace meses. Se pensó que no salió nada de ello.

Ronan lo estudió, la emoción reemplazando su esperanza. Nadie había mencionado tales reuniones antes.

Agradeció a Seamus y lo despidió, hundiéndose en su silla. No sabía mucho sobre el Clan Sudrach, eran un clan del norte que se mantenía al margen de los conflictos y se ocupaba de sus propios asuntos. Pero si Dughall se había reunido con ellos meses antes de lanzar un ataque contra el Clan Macleay...

¿Había descubierto al nuevo enemigo del Clan Macleay? ¿Estaba el Clan Sudrach detrás de las renovadas amenazas?

CAPÍTULO 15



Cuando Kara despertó y se encontró sola, la ira y la irritación recorrieron su cuerpo. Le había dicho la verdad a Ronan; él había accedido a dejarla ayudar, y aun así la había dejado sola para que se quedara como una estatua inútil en su mansión.

Aislin entró con un vestido nuevo y una túnica para que se cambiara. Su rostro se ruborizó al darse cuenta de que Aislin probablemente había intuido lo que había sucedido entre ella y Ronan la noche anterior. Pero la sonrisa que Aislin le dio fue neutral, y había un dejo de satisfacción en sus ojos.

—¿Sabe usted adónde ha ido el laird? —preguntó Kara, esperando no sonar demasiado necesitada.

—Supongo que ha ido al castillo —dijo Aislin, sorprendida por la pregunta de Kara. Kara pudo detectar la pregunta silenciosa en sus ojos: Ronan va al castillo a diario. ¿Por qué hoy sería diferente?

Porque sabe quién soy. Hicimos el amor anoche. Me abrí a él, y él se abrió a mí.

Con la mente aún zumbando de pensamientos frustrados, Kara se dirigió al estudio una vez que Aislin la dejó sola. Esta vez Luag no la detuvo, y hojeó registros que parecían escrituras de tierras, pero no había mención alguna de un Suibhne u Orla.

Era mediodía cuando dejó la última escritura, frotándose los ojos. ¿Cuán exhaustivamente había revisado el mensajero de Ronan el pueblo en busca de su familia? Alice le había dicho que los registros más importantes sobre los residentes de cada pueblo se guardaban en su iglesia. Si pudiera ir a la iglesia del pueblo y echar un vistazo a los registros ella misma, tal vez habría algo allí que el mensajero de Ronan hubiera pasado por alto.

Kara encontró a Luag en el patio, coqueteando con una joven sirvienta diferente. Él se puso rígido cuando ella se acercó, mirándola con recelosa evaluación.

—Mi señora —dijo con forzada cortesía, haciéndole una brusca inclinación de cabeza.

—Voy al pueblo —dijo ella, odiando tener que pedir permiso. Se recordó a sí misma que una mujer sin compañía no era algo común, ni seguro, en esta época—. Supongo que Ronan no querría que fuera sola.

—¿El laird le dio permiso para ir?

No necesito su permiso, maldita sea.

—Sí —mintió—. Él... quiere que revise algo para él. En la iglesia.

Luag aún parecía inseguro.

—Iré sola si es necesario —dijo Kara con impaciencia.

Luag la miró con el ceño fruncido; entendió su significado. Ella se había escabullido al castillo justo el día anterior.

—Está bien. Pero se queda cerca de mí.

Momentos después, Luag cabalgaba junto a ella mientras se dirigían al pueblo más cercano, que según Luag estaba a unas pocas millas al sur de la mansión de Ronan.

Una sensación de asombro la invadió cuando llegaron al pueblo. *A Alice le habría encantado esto*, pensó Kara, absorbiéndolo todo. Cabañas con techos de paja, calles sinuosas de tierra, tabernas, talleres, aldeanos deambulando de un lado a otro. El penetrante olor de las carnes recién cortadas, los gritos de los mercaderes pregonando sus mercancías. Era en momentos como estos cuando se daba cuenta de que realmente estaba en otra época.

Kara trató de no mirar demasiado mientras entraban en el pueblo, pero aparte de su incursión al Castillo Macleay, esta era la primera vez que se aventuraba fuera de la mansión de Ronan para ver el mundo exterior tal como era en 1390.

Pronto llegaron a la iglesia, un pequeño edificio con campanario en el centro del pueblo. Luag ató sus caballos a un poste cercano y la acompañó adentro. Un hombre bajo y rechoncho que parecía un clérigo se acercó, sus ojos desviándose hacia Kara con curiosidad.

—Luag —dijo el clérigo con una amplia sonrisa—. ¿El laird necesita algo?

—Quiere que revise los registros de la iglesia —dijo Kara, dando un paso adelante—. Está... buscando a alguien.

Los ojos del clérigo se agrandaron, no solo por su extraño acento, supuso Kara, sino por el hecho de que ella pudiera leer. Miró a Luag, quien le dio un breve asentimiento.

El clérigo se dio la vuelta, entró en una habitación trasera y regresó con un libro de registros. Se lo entregó a Kara, entrecerrando los ojos mientras ella se sentaba en un banco para hojearlo.

Para su alivio, Luag se adelantó y entabló una conversación con él mientras ella leía. La mirada de asombro del clérigo le habría dificultado la concentración.

El libro de registros había anotado bautizos, bodas, diezmos, junto con nombres. Pero no había ningún Suibhne y Orla en la lista.

La derrota se agitó en su pecho, y agradeció al clérigo antes de que ella y Luag partieran para regresar a caballo a la mansión.

Tus antepasados están aquí en alguna parte, se tranquilizó, a través de su nube de decepción. *Los encontrarás.*

Sintió la mirada curiosa de Luag en su rostro mientras cabalgaban, y ella lo miró de reojo. Él desvió la mirada, centrando su atención en el camino de tierra que tenían delante. No sabía cuánto le había contado Ronan sobre ella, y la curiosidad acechaba en sus ojos.

—Gracias por acompañarme —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Ron... para el laird?

—Mucho tiempo —dijo, y había un rastro de advertencia en sus ojos mientras continuaba—. El suficiente para ser leal.

Su significado era claro. No confiaba en ella, y tenía toda la intención de contarle a Ronan sobre su pequeña salida. Apretó los labios y volvió su atención al camino. Así que adiós a su intento de ser amistosa. Regresaron a la mansión en silencio.

Pero no había necesidad de que Luag fuera con el chisme. Tan pronto como desmontó de su caballo, un furioso Ronan salió a zancadas de la mansión. Ella dejó escapar un grito de sorpresa cuando él la agarró del brazo y prácticamente la arrastró dentro, tal como lo había hecho el primer día que ella había llegado a esta época.

Una vez que estuvieron solos en su cámara, él la miró con el ceño fruncido, sus ojos ambarinos infundidos de ira. Incluso cuando estaba enfurecido, era ridículamente hermoso, y una ardiente conciencia recorrió su cuerpo.

—Sé que las cosas son diferentes en tu época —siseó, con voz baja—, pero en esta época no te vas cuando te plazca. Hay...

—Tu hombre me acompañó —espetó Kara, inundada de furia. Así que *iba* a seguir tratándola como una cautiva, aunque había accedido a dejarla ayudar—. Y solo fui al pueblo. Quería buscar en los registros de la iglesia, ver si podía encontrar los nombres de mi familia allí.

—Mis hombres son de confianza en el pueblo, al igual que yo. Si dicen que tu familia no está en el pueblo, debes confiar en su palabra. Kara, las cosas... las cosas se han vuelto más peligrosas. No sé qué está pasando, pero no es seguro para ti. Los nobles saben de ti, y están suspicaces. Es mejor que no salgas de la mansión. Al menos, no sin mí.

—Ronan...

—Me diste tu palabra anoche —dijo él, con la voz volviéndose ronca, y una imagen de su boca sobre su piel llenó su mente. Ella tragó saliva, mientras él continuaba—. Que harías lo que yo te ordenara.

Kara apretó los dientes. Había accedido a eso, maldita sea.

—Bien —espetó—. *Pero...* quiero ser incluida. No voy a quedarme sentada en esta mansión sin hacer nada. Te lo dije, soy buena en lo que hago. Sería una tontería no usarme para ayudar.

—Puedes... dentro de lo razonable. Tuve que irme con prisa hoy porque Elspeth ha huido de las tierras de Macleay.

—Elspeth —repitió Kara, esforzándose por recordar el nombre—. ¿La viuda? ¿La que estaba cerca del Clan Acheson?

—Aye —dijo él con gravedad—. Estamos buscando, pero temo que se haya ido hace mucho. Solo puedo rezar para que simplemente haya huido para hacer una nueva vida por sí misma, y no a otro clan para trabajar contra nosotros. He acordado hablar con el jefe de otro clan mañana —continuó—. Parece que Dughall puede haber hecho una alianza con un clan del norte, el Clan Sudrach.

Kara se quedó inmóvil, con el corazón saltándole a la garganta. ¿Podría ser esto? ¿El conflicto que pronto sería mortal que Alice había mencionado en su carta?

—Tenías razón —admitió él—. Dughall puede haber tenido aliados.

—Ah —dijo ella con una sonrisa—. ¿Dices eso otra vez, Ronan?

Sus ojos brillaron, pero sus labios se crisparon con diversión. —Dije que tenías razón, Kara.

—Otra vez.

—Kara...

—Tenías razón. No lo diré otra vez, muchacha.

—Voy contigo. A hablar con ese jefe.

La diversión desapareció de su expresión.

—No.

—No diré ni una palabra... me quedaré en silencio. Por favor, Ronan —dijo ella, odiando tener que recurrir a suplicar—. Ya has tomado uno de mis consejos y has encontrado información útil. Imagina cuánto más puedo ayudar.

—Bien —gruñó él, con la boca tensa—. Pero te quedarás callada y no protestarás cuando te dé órdenes.

—Tienes mi palabra —dijo Kara, sintiendo que el alivio la recorría.

—Siento si fui duro contigo... sobre ir a la aldea —dijo él después de una pausa, suavizando su expresión—. Cuando regresé y no te encontré aquí... temí que te hubiera pasado algo.

El corazón de Kara dio un vuelco ante su preocupación. ¿Acaso sentía algo más por ella que solo deseo? *No es que importe*, se dijo a sí misma, pero la advertencia no detuvo el deleite que

recorrió su pecho.

—Lo entiendo —murmuró ella—. Tendré cuidado. No estoy acostumbrada a cómo son las cosas aquí. En mi época, las mujeres tienen más libertad.

—Me doy cuenta —dijo Ronan con ironía, dando un paso adelante. Extendió la mano, rozando el labio de ella con su pulgar, y Kara se quedó inmóvil, su corazón acelerándose—. No eres como ninguna otra muchacha que haya conocido, Kara. Bruja —dijo con un guiño.

Una carga de calor erótico la recorrió mientras él continuaba acariciando su labio con el pulgar. La hizo retroceder hacia la cama, bajando el pulgar hacia su corpiño, sobre la curva de sus senos, más abajo...

Kara gimió, y Ronan le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Tal vez quieras taparte la boca con la mano, bruja —susurró—. No queremos que los sirvientes oigan tus gritos.

CAPÍTULO 16



A penas Ronan despertó a la mañana siguiente, quiso retractarse de su acuerdo de que Kara lo acompañara a ver al jefe del Clan Sudrach. No sabía qué esperar de la reunión. ¿Y si él y sus hombres fueran recibidos con violencia? Para que su visita pareciera lo más neutral posible, solo llevaría a dos hombres con él: Osgar y Luag. ¿Cómo podría protegerla?

Kara se despertó justo después que él, regalándole una sonrisa que la hacía lucir aún más hermosa al incorporarse. Estudió su expresión tensa y se puso rígida, como si percibiera su vacilación.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó ella, deslizándose fuera de la cama y cubriendo sus exuberantes curvas con su camisón. Se volvió hacia él, sus ojos verdes destellando con desafío, como retándolo a faltar a su palabra.

El cuerpo de Ronan ardía de deseo y agitación mientras la contemplaba. Era una visión de belleza, con su cabello dorado alborotado, las mangas de su camisón deslizándose para revelar la fina curva de sus hombros. Había besado esos hombros la noche anterior mientras la embestía, enterrando su rostro en la suavidad de sus mechones. El recuerdo hizo que su miembro se endureciera, y se apartó de ella, tragando con dificultad.

—Aye —dijo secamente. No serviría de nada convencerla de que se quedara. Conociendo a Kara, lo seguiría de todos modos—. Pero hablaba en serio, Kara. Vas a permanecer en silencio. Si no obedeces, haré que te envíen de vuelta aquí.

—Y te di mi palabra —dijo Kara, sus labios apretándose en una fina línea—. No haré nada imprudente. Solo quiero ayudar.

—Bien —dijo, acercándose a ella, su mirada recorriendo el alto escote de su camisón. Ya se arrepentía de lo que iba a decir, pero si ella iba a acompañarlo, era necesario—. Mi primera orden comienza con lo que vas a vestir para esta reunión.

—¿Y qué es eso? —preguntó Kara, lanzándole una mirada cautelosa.

Momentos después, Kara salió por la puerta principal de la mansión vistiendo el vestido que él había ordenado a Aislin que le pusiera. Era un vestido atrevido de color carmesí, con el escote bajo. Una punzada de deseo lo atravesó, junto con una oleada de celos. Quería que el jefe pensara que Kara era una amante de baja cuna, alguien por quien no se preocupaba y que solo estaba con él para saciar su lujuria, y ella necesitaba vestirse para ese papel.

Pero ahora dudaba de su propio plan al ver lo deseable que se veía en el vestido. No quería que el jefe, ni ningún hombre, mirara a su Kara, su bruja, con deseo en ese vestido pecaminoso.

—Creo que entiendo cuál es el plan —dijo Kara con un suspiro, ajustándose el corpiño mientras él tomaba su mano y la conducía al carruaje que los esperaba—. Espera. No quieres que... ¿seduzca a nadie, verdad?

Los celos que lo golpearon ante sus palabras lo alcanzaron con tal fuerza que la atrajo contra su cuerpo, sin importarle quién los estuviera mirando.

—Nunca —siseó—. Vas a permanecer a mi lado, silenciosa como un animal asustado, ¿entiendes? Odio que cualquier otro hombre pueda contemplar tu belleza, pero necesito que él piense que no significas nada para mí, que solo eres un cuerpo para calentar mi cama. Pero ambos sabemos que eres más que eso.

Era más de lo que quería confesar, pero era verdad. No quería pensar en el día en que ella se fuera de su lado para regresar a su propio tiempo. Los ojos de Kara se iluminaron con emoción y asintió, apartando la mirada de él.

Permanecieron en silencio durante el viaje en carruaje hacia el norte; la respiración acelerada de Kara y sus manos apretadas revelaban su tensión, una tensión que coincidía con la suya. Miró por la ventana los alrededores para calmarse. Rara vez se aventuraba a esta parte de las Highlands, pasando la mayor parte de su tiempo en el castillo y las tierras alrededor de su mansión; Eadan era quien hacía viajes más largos para conversaciones diplomáticas con otros líderes de clanes. Ante el pensamiento de su primo, la incertidumbre lo atravesó. Esta era la primera reunión diplomática a la que asistía solo. *Puedes manejarlo*, se aseguró a sí mismo, aunque la duda nublaba su mente.

Kara pareció sentir su nerviosismo, extendiendo la mano para entrelazar sus dedos con los de él, dándole una sonrisa tranquilizadora. Él se la devolvió. No se había dado cuenta de lo reconfortante que era su presencia hasta ahora.

El carruaje pronto llegó a un castillo solitario que se destacaba entre las escarpadas colinas verde oscuro que lo rodeaban.

—Vaya —susurró Kara a su lado—. Parece la guarida de un villano salido de una película de terror.

Él se volvió hacia ella con el ceño fruncido, perplejo.

—¿Película? ¿Vaya? —repitió.

—"Vaya" es una expresión de sorpresa —dijo ella, sus labios temblando—. En cuanto a la palabra película... eso requiere más explicación. Tendré que contártelo más tarde.

Una oleada de calidez lo recorrió ante la imagen de Kara en su cama más tarde, explicándole algunas de sus extrañas palabras del futuro. El pensamiento lo reconfortó; era algo a lo que esperar después de que se ocuparan de este desagradable asunto con el Clan Sudrach.

—Solo estoy tratando de decir que este castillo no parece ser el hogar de la persona más agradable del mundo —continuó Kara.

Él le devolvió la sonrisa divertida y siguió su mirada hacia el castillo. Los castillos estaban destinados a parecer amenazantes; eran fortalezas construidas para mantener a los intrusos fuera, pero este en particular parecía especialmente siniestro. Pero su diversión se desvaneció cuando su carruaje se dirigió hacia la casa de la puerta.

—Recuerda lo que te dije —dijo, su expresión volviéndose firme—. Vas a permanecer en silencio, y si te digo que vuelvas al carruaje, lo harás.

—Lo haré —prometió ella, dándole un firme asentimiento.

Llegaron al pequeño patio circular y descendieron, donde varios rudos miembros del clan los recibieron. Les hicieron a él, a Luag y a Osgar breves asentimientos, y luego sus miradas evaluadoras y lujuriosas se dirigieron hacia Kara. Él se movió para situarse frente a ella, bloqueándola de su vista, y sus ojos brillaron con irritación mientras se daban la vuelta, guiándolos por un largo pasillo hasta un enorme salón principal.

En la silla más grande en el centro del salón, una silla que se asemejaba a un trono, estaba

sentado un hombre alto y corpulento de ojos plateados crueles y largo cabello oscuro veteado de gris. Este era Tarag, jefe del Clan Sudrach.

Ronan se detuvo abruptamente. No por la visión del hombre, sino por la mujer de cabello oscuro que estaba sentada a su lado.

Era Elspeth.

CAPÍTULO 17



Elspeth le dirigió una fría sonrisa teñida de desafío. Una ardiente ira invadió a Ronan, quien apretó los puños a sus costados. Maldita sea, ¿había estado trabajando con Clad Sudrach todo este tiempo?

—Ronan del Clan Macleay —dijo Tarag, con un tono cortante y poco amistoso—, no creo haberte conocido antes. Me encontré una vez con tu primo. Eadan. ¿No podría acompañarnos?

La mirada de Ronan seguía fija en Elspeth, quien le devolvía una mirada firme. Ella desvió sus ojos hacia Kara y se tensó.

—Ah, veo que tú y Elspeth se conocen —dijo Tarag, sin parecer en absoluto perturbado porque Ronan no había respondido a su pregunta, sus ojos moviéndose entre Elspeth y Ronan con astuta diversión.

Sabes bien que nos conocemos, bastardo, pensó Ronan. Había estado en la habitación con el hombre apenas unos segundos y ya lo odiaba.

—Es miembro del Clan Macleay —dijo Ronan, aún mirándola con dureza—. Desapareció de su mansión y hemos estado preocupados por su paradero.

—Ya no soy asunto del Clan Macleay —espetó Elspeth. Extendió la mano para tomar la de Tarag—. Estoy cansada de que vuestro clan me trate como una prisionera aunque no he hecho nada malo. Mi esposo lleva muerto algún tiempo; quiero seguir adelante con mi vida, pero nadie en vuestro clan me acepta. Tarag me ha propuesto matrimonio; voy a ser su esposa.

¿*A cambio de qué?* La alarma recorrió a Ronan, pero intentó mantener una expresión neutral.

—Felicidades —dijo con los labios rígidos—. Desearía que nos hubieras informado antes de decidir partir tan apresuradamente.

—Mis movimientos estaban restringidos. Nunca me habríais dejado marchar —escupió Elspeth.

—Elspeth...

—Puedes dirigir cualquier preocupación que tengas sobre mi futura esposa a mí —interrumpió Tarag, con la diversión desaparecida de su expresión—. No respondiste a mi pregunta. ¿Dónde está el jefe de tu clan?

—Está ausente con su nueva esposa. Estoy sirviendo como jefe en su lugar —dijo Ronan, apartando finalmente la mirada de Elspeth hacia Tarag.

—Ah —dijo Tarag—. Con una extranjera, según he oído. Una sassenach. Nadie en mi clan se casaría con alguien que no fuera de estas tierras. Sabemos que no hay que confiar en los extranjeros, especialmente en una sassenach.

Sus ojos se desviaron detrás de él, y el temor de Ronan aumentó cuando sus ojos plateados se posaron en Kara. Pero la furia reemplazó su temor al ver la lujuria que llenaba los ojos de Tarag.

Aunque Ronan no podía ver a Kara, sintió su tensión ante la evaluación de Tarag.

—¿Y quién es esta hermosa muchacha?

—Mi amante —dijo Ronan, tratando de que su tono sonara lo más despectivo posible—. A veces viaja conmigo.

Elsbeth se quedó inmóvil al lado de Tarag, con los celos evidentes en sus ojos. La incredulidad golpeó a Ronan. ¿Era por esto que se había vuelto hacia Tarag? ¿Esperaba ganar su atención con su traición?

—Es hermosa —musitó Tarag, con sus ojos fijos en Kara—. Hace tiempo que no tengo una muchacha con el cabello del color del sol. No hay necesidad de estar celosa, Elspeth —añadió, mientras Elspeth fruncía el ceño.

—He venido aquí para discutir un asunto importante —dijo Ronan. Quería alejar la conversación de Kara; no sabía qué haría si Tarag seguía mirándola con lujuria en sus ojos—. Deseo ofreceros a ti y a tu clan una alianza. Como sabes, el Clan Acheson y el Clan Macleay han dejado de lado sus diferencias. Juntos, quizás podamos formar un sept.

Era una idea que se le había ocurrido la noche anterior; necesitaba una buena razón para su apresurada visita. No quería que Tarag conociera sus sospechas sobre su clan. Ofrecer una tregua parecía la mejor manera de obtener información del jefe.

—Nunca he tenido problemas con ninguno de vuestros clanes —dijo Tarag con un gesto despectivo de su mano—. ¿Por qué necesitaría aliarme?

—Podría ser beneficioso para todos. En caso de que un clan rival quisiera reclamar alguna de nuestras tierras. Podríamos unirnos para una protección conjunta.

Hubo un largo momento de silencio mientras Tarag parecía considerar esto, juntando las puntas de sus dedos.

—Te agradezco tu oferta —dijo finalmente—. Pero mi clan está bien por sí solo. A menos que —continuó, con una sonrisa maliciosa curvando sus labios, su mirada plateada volviendo a posarse en Kara—, tengas algo para intercambiar.

La furia silenciosa que se agitaba bajo la piel de Ronan estalló. Su mano voló hacia la empuñadura de su espada, mientras Tarag continuaba:

—Incluso solo una noche con la muchacha dorada en mi cama valdría...

Ronan se lanzó hacia Tarag, ignorando los gritos de advertencia de Osgar y Luag.

Los guardias de Tarag lo rodearon instantáneamente, llevando sus manos a las empuñaduras de sus espadas. Elspeth retrocedió tambaleándose, con la mano volando hacia su pecho.

Osgar y Luag se pusieron al lado de Ronan, con sus manos yendo hacia sus propias espadas.

Ronan tomó varias respiraciones profundas para calmarse. Sería una locura iniciar una batalla con Tarag en su propio castillo cuando estaba tan superado en número. Pero Ronan anhelaba hundir su hoja en el pecho de Tarag por mirar a Kara de la manera en que lo había hecho.

—Está bien.

Se tensó cuando Kara dio un paso adelante con una sonrisa seductora, y tanto la sorpresa como la ira lo invadieron cuando ella se acercó a su lado. La mirada que le dio decía: *Confía en mí*.

El pánico corría por sus venas, pero permaneció inmóvil. *¿Qué demonios estás haciendo, Kara?*

—Ronan puede ser un poco celoso, pero me ha compartido en el pasado. Soy una simple muchacha, no digna de tal intercambio por una alianza.

Ronan se quedó completamente inmóvil, con el corazón acelerado. El acento escocés de Kara era impresionante; solo estaba ligeramente desviado, y agradecía que lo hubiera usado en lugar

de su acento natural. Eso habría invitado a demasiadas preguntas y sospechas.

Los ojos de Tarag se abrieron de par en par, y soltó una carcajada.

—Disculpas. Pensé que eras una muchacha extranjera —dijo, con sus ojos recorriendo su cuerpo de arriba a abajo, llenando a Ronan de aún más furia.

—Es un error honesto. Te esperaré en el carruaje, Ronan. Los asuntos que discutís aquí no me conciernen.

Con una reverencia respetuosa hacia Tarag, Kara abandonó el salón.

Ronan la vio marcharse en silenciosa incredulidad y respeto a regañadientes. De alguna manera, sus palabras habían aliviado la tensión en la sala; todos los hombres se habían relajado, y algunos tenían miradas de diversión en sus ojos.

—¿Compartes a esa seductora? —preguntó Tarag, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Yo no querría dejar que nadie más se metiera entre sus muslos. Pero tiene razón. Incluso una muchacha tan dulce como ella no vale la pena para que el Clan Sudrach se enrede con otros clanes. No deseo aliarme; mi clan se mantiene bien por sí solo. Como tal —continuó, endureciendo su tono mientras se ponía de pie—, no aprecio que tú y tus hombres casi me ataquen en mi propio castillo. Si no os vais ahora... no puedo prometer que no tomaré represalias.



—VOSOTROS DOS ESTABAIS a punto de mataros —dijo Kara mientras su carruaje se alejaba del castillo momentos después.

Ronan se sentó en silencio, con los dedos presionados contra su sien palpitante. No solo no había obtenido ninguna información de Tarag, sino que casi había iniciado una batalla en el castillo del hombre.

Kara había tomado su silenciosa tensión por enojo y se defendió tan pronto como él entró en el carruaje.

—Tenía que hacer algo —continuó—. Tenía que parecer que era una amante de bajo nivel, alguien que no te importaría compartir en diferentes circunstancias. Alguien por quien no te preocupabas. Parecía la única manera de disipar la tensión.

—No estoy enojado contigo, muchacha —murmuró, bajando la mano de su sien para mirarla—. Estoy enojado conmigo mismo. Casi lo atacué por celos mezquinos. Odiaba la forma en que te miraba. Y cuando mencionó tenerte en su cama... —Se interrumpió, apretando los puños al recordarlo—. Pero no importa cómo me sentía. Debería haberme controlado. Es lo que hacen los buenos líderes.

Kara extendió la mano para tomar la suya.

—Eres un buen líder —insistió. Dudó antes de continuar—: Elspeth parecía... molesta de que estuviéramos juntos. Parecía que quería matarme. ¿Fuisteis amantes?

Un inconfundible destello de celos brilló en sus ojos. Ronan la atrajo hacia sí, colocándola en el hueco de su brazo.

—Nos besamos una vez, pero no llegó más lejos. Sospecho que ella quería más, pero nunca sentí nada por ella —dijo—. Nada como el fuego que se extiende por mi vientre cada vez que estás cerca, bruja.

Kara se sonrojó, desapareciendo los celos de sus ojos mientras sonreía.

—¿Crees que es por eso que se unió a Tarag? —preguntó, desvaneciéndose su sonrisa—. ¿Porque te quería a ti, y...?

—No —dijo él—. Es más que por mí. Creo que Elspeth es una muchacha solitaria; ha estado

sola durante algún tiempo. Muchos en el clan sospechan de ella; no tiene muchos compañeros. Probablemente no sienta lealtad hacia el Clan Macleay. Creo que Tarag le ofreció la atención y compañía que anhela. Por lo cual —continuó con gravedad—, creo que Tarag está detrás de las amenazas. Con Elspeth a su lado, conoce cuáles son nuestras debilidades. Solo es cuestión de conseguir pruebas de que es él.

Kara asintió, con expresión preocupada. Él no quería decirle que también sospechaba, a pesar de la actuación de Kara, que Tarag tenía que saber por la violenta reacción de Ronan a su "oferta" de llevarse a Kara, lo importante que era Kara para él.

Era un conocimiento que Tarag podría usar en su contra, y eso asustaba a Ronan más que cualquier otra amenaza que Tarag pudiera dirigir al clan.

CAPÍTULO 18



El encuentro con Tarag atormentó los pensamientos de Kara durante el viaje de regreso a la mansión. Había algo oscuro en ese hombre, algo que la inquietaba hasta la médula. Una vez había escrito un artículo sobre un hombre en el corredor de la muerte por un doble asesinato, y había visto la misma crueldad salvaje en sus ojos que vio en los de Tarag.

La repulsión la invadió cuando Tarag la miró con lujuria. Podía ver a un hombre como Tarag asesinando fácilmente a cualquiera que se interpusiera en su camino, incluso a personas inocentes como sus antepasados.

A su lado, Ronan permaneció callado durante el resto del viaje, y cuando llegaron a la mansión, se quedó en el carruaje, diciéndole que necesitaba ir al castillo.

—Tengo que informar a los nobles sobre Tarag. No puedo llevarte conmigo, Kara —añadió, con una mirada de disculpa—. Ellos creen que solo eres una amante, y es mejor que sigan pensando eso.

Ella asintió con reluciente acuerdo; todavía estaba demasiado conmocionada por el encuentro con Tarag para protestar. Dio un paso atrás, observando cómo el carruaje se alejaba de la mansión.



CUANDO RONAN REGRESÓ horas más tarde, le dijo que los nobles habían acordado que se siguiera a Tarag y a sus hombres hasta tener pruebas de que efectivamente estaba detrás de las amenazas.

—¿Y cuando tengan pruebas? —preguntó Kara.

—Tendremos que luchar —dijo Ronan, con el rostro tenso por la ansiedad—. Y no tendré más remedio que llamar a mi primo para que regrese.

Por primera vez en días, esa noche no hicieron el amor. Ronan la abrazó mientras ella intentaba conciliar el sueño, con pensamientos preocupantes corriendo por su mente. ¿Y si no podían detener a Tarag antes de que pusiera en marcha un plan, un plan que incluyera el incendio que mataría a sus antepasados y a otros inocentes? ¿Y si ya era demasiado tarde para detenerlo?

Kara esperaba que los espías de Ronan encontraran rápidamente pruebas de que Tarag y sus hombres estaban detrás de las amenazas, pero en el transcurso de los días siguientes, Ronan le dijo que no informaban nada fuera de lo común. Tarag, al parecer, rara vez salía de su castillo, y sus hombres permanecían cerca de sus tierras, sin aventurarse nunca hacia el sur. Y las amenazas al Clan Macleay habían cesado.

Los días parecían haberse estancado en un patrón de espera. Ronan se iba al amanecer para dirigirse al castillo, donde atendía los asuntos del castillo y del clan, mientras seguía el progreso

de sus hombres con Tarag. Kara pasaba sus días tratando de localizar a su familia, leyendo cada una de las escrituras en el estudio de Ronan, junto con las que él traía del castillo. Pero ninguna de las escrituras mencionaba los nombres de sus antepasados, y por primera vez empezó a preguntarse si la información de Alice era errónea. Tal vez su familia no había muerto en esta época.

Pero el instinto le decía que ese no era el caso. Alice era una investigadora histórica detallista; no habría enviado a Kara al pasado con información incorrecta.

Cuando Kara no estaba inmersa en las escrituras de tierras, descubrió que se había adaptado al siglo XIV con sorprendente facilidad. Normalmente odiaba usar vestidos —su atuendo habitual en su propia época eran jeans y una camiseta cómoda—, pero ahora se encontraba disfrutando de las cómodas túnicas sueltas y los vestidos que usaba a diario. La comida no sabía tan insípida como Alice había descrito; aunque no era tan rica, seguía siendo sabrosa, y una de sus comidas favoritas se convirtió en una que la cocinera servía a menudo: estofado de verduras espesado con pan, pollo asado con un vino dulce importado de Francia.

También se acostumbró a la relativa paz, tranquilidad y belleza de las Tierras Altas escocesas, una panacea frente al constante bullicio de la Nueva York moderna. Incluso llegó a disfrutar de la mansión, que al principio le pareció innecesariamente grande e imponente, y pasaba mucho tiempo en la sala de estar sentada junto al fuego las noches frescas.

Y vivía mejor en esta época de lo que lo había hecho en la suya. Un pequeño apartamento en Brooklyn no se comparaba con una mansión escocesa llena de sirvientes y su propia doncella personal... sin mencionar a un apuesto laird.

A pesar del relativo lujo de su entorno, tenía que admitir que era la presencia de Ronan lo que más la ayudaba a asentarse en esta época. Pero eran sus crecientes sentimientos por él los que le causaban más conflicto.

Echaba de menos a Ronan mientras trabajaba en el castillo; corría a la ventana al oír los cascos de su caballo acercándose a la mansión, sintiendo una oleada de alegría al verlo. Disfrutaba de sus cenas juntos en el comedor; en cuanto la conversación se desviaba de Tarag y la investigación de Ronan, hablaban del trabajo de Kara en el presente, de Alice y de retazos de cómo era la vida en el futuro, ya que Ronan no quería saber demasiado. Ronan le contaba detalles de su infancia con Eadan, los problemas en los que se metían, los festines en el castillo, las tontas disputas en las que se había metido con otros miembros del clan durante su juventud antes de madurar.

Evitó reconocer la verdadera profundidad de sus sentimientos por Ronan hasta una tarde lluviosa. Llevaba casi un mes en la mansión, semanas desde que se habían reunido con Tarag, y se dirigía hacia el estudio de Ronan pasando por las cocinas cuando escuchó su nombre en los labios de Aislin.

—Es la amante que el laird ha mantenido por más tiempo aquí —dijo Aislin.

—No se casará con ella —respondió la otra voz; Kara reconoció que era la voz de la cocinera, Greer.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Aislin—. A mí me cae bien la señora. Es amable.

—Seguro que lo es. Pero le oí hablar con Luag. Le dijo que la mantiene aquí porque es una experiencia novedosa, la experiencia entre los muslos de una muchacha extranjera.

—¡Sabes que no deberías hablar así de la señora! —espetó Aislin, sonando genuinamente ofendida en su nombre.

Kara se apresuró a alejarse, entrando en el estudio de Ronan y cerrando la puerta tras ella, con lágrimas picándole los ojos. Ronan podría haberle dicho esas cosas a Luag para mantener la

fachada de que ella era solo una amante por la que no sentía mucho. *O podría haber dicho cada palabra en serio*, pensó con amargura.

Incluso si lo hubiera dicho en serio, ¿qué importaba? No es como si fuera a quedarse en esta época y casarse con él. Una vez que resolvieran este asunto con Tarag, cada uno seguiría su camino.

El dolor que le oprimió el pecho ante ese pensamiento fue tan intenso que por un momento Kara no pudo respirar. Se imaginó viviendo sus días en el presente, con Ronan muerto hace mucho, su recuerdo desvaneciéndose hasta no ser más que una impresión. Pensó en sus ojos ambarinos, el bajo rumor de su risa, el calor de su abrazo, su determinación para asumir el manto del liderazgo en ausencia de su primo. Y la revelación la golpeó.

Amaba a Ronan. Era un sentimiento extraño —nunca había estado enamorada antes, ni siquiera cerca— pero si esto era lo que todas esas canciones de amor habían descrito, ella lo sentía con creces. Ese estremecimiento que la recorría cada vez que lo veía. El calor que persistía en cada parte de su ser después de hacer el amor. La necesidad de conocer cada uno de sus pensamientos, de significar para él más que solo un cuerpo que deseaba. El abismo de vacío que llenaba su corazón cuando pensaba en su vida sin él en el futuro.

Kara tragó saliva, y una multitud de emociones la invadieron: culpa, pánico, ansiedad. Estaba aquí para salvar las vidas de sus antepasados, para cumplir el deseo de Alice, no para enamorarse. Y aún no había hecho ningún progreso significativo en esa tarea, aparte de localizar al hombre probablemente responsable de su asesinato. Todo lo que había hecho en este tiempo era enamorarse de un hombre, uno que ni siquiera existía en su propia época, uno que no compartía sus sentimientos.

—¿Estás bien, muchacha?

Kara se giró, parpadeando para contener las lágrimas mientras Ronan entraba en el estudio, con el ceño fruncido de preocupación. Se veía apuesto como siempre; su cabello castaño humedecido por la lluvia, sus hermosos ojos fijos en los de ella con inquietud.

—Estoy... bien —vaciló, forzando una sonrisa. *Acabo de darme cuenta de que estoy enamorada de ti, highlander del siglo catorce. Nada importante.*

—No creo que eso sea cierto, Kara —dijo él con suavidad, cruzando la habitación hasta quedar a un pelo de distancia de ella.

—Estoy... solo frustrada por mi falta de progreso —dijo, esperando que una media verdad lo satisficiera. De ninguna manera le confesaría su amor. Ronan era un mujeriego, probablemente acostumbrado a que sus amantes se enamoraran de él; dudaba ser la primera. Necesitaba volver a ser la Kara del siglo veintiuno, la Kara que se enfocaba solo en el trabajo. Esa Kara nunca se habría permitido enamorarse durante una misión, a diferencia de esta Kara con ojos llorosos y enamorada. Podía hacer a un lado estos sentimientos, enterrarlos mientras resolvía el misterio de Alice, y cuando regresara a su propio tiempo, se disiparían. Lo harían.

—Hay algo más que te molesta —insistió Ronan—. Tus ojos te delatan, muchacha.

Ya la conocía demasiado bien. Quizás esa era una de las razones por las que lo amaba: la leía mejor que cualquier otro hombre.

—Escuché a los sirvientes chismorreando —dijo, decidiendo ir al grano—. Sobre cómo solo me mantienes aquí por... por la experiencia que tienes entre mis muslos.

—Ah —dijo Ronan tras una pausa, con la boca torcida en diversión—. Recuerdo haber dicho eso.

—No me di cuenta de que era tan gracioso —dijo Kara con rigidez.

—Kara, le dije eso para que pareciera que no eres importante para mí —dijo Ronan con

ligera exasperación—. Es lo mismo que quería que Tarag creyera. Y una parte de ello es cierta.

Kara frunció el ceño, el dolor pinchándole la espalda, pero Ronan se acercó para acunar su rostro entre sus manos.

—Una parte —insistió Ronan—. Debes saber que me importas, muchacha.

Importar. ¿Realmente esperaba que le confesara su amor? Kara forzó una sonrisa.

—Está bien —dijo—. No es que importe.

—¿Ah, no? —preguntó él—. Si no importara, ¿por qué parecías molesta?

—Orgullo —mintió—. Y no importa porque solo estoy aquí temporalmente. Pronto volveré a mi propia época.

Algo destelló en sus ojos, y su diversión se desvaneció.

—Tienes razón —dijo, pero mantuvo el rostro de ella entre sus manos—. Sé que solo estás aquí por poco tiempo, pero con todo lo que ha estado pasando... Te he echado de menos. Te echaré de menos.

Sus ojos se oscurecieron de deseo, y la boca de Kara se secó. Debería decirle que necesitaban dejar de hacer el amor, que necesitaban enfocarse en su objetivo mutuo.

—He estado en tu cama muchas noches —dijo en cambio, bajando la mirada mientras el calor teñía sus mejillas.

—No las suficientes, muchacha —respondió él—. Ni de cerca las suficientes.

Fue incapaz de detener la oleada de amor y deseo que la atravesó cuando sus labios se estrellaron contra los de ella. La levantó en sus brazos para llevarla a su habitación. Puede que no tuviera un futuro con él, pero podía disfrutar el tiempo que sí tenía.

Así que se permitió vivir el momento, dejar que su cuerpo expresara las palabras que no diría, despojándolo de su kilt y su túnica.

Él la observó, sin aliento, mientras ella lo empujaba hacia la cama y lo tomaba en su boca, lamiendo y acariciando toda su longitud con su lengua hasta que él se corrió con un estremecimiento. Ella tragó su liberación, manteniendo sus ojos fijos en los ardientes de él.

—Por Dios, Kara —gimió él, rodándola debajo de él y enterrándose dentro de ella con un gemido de placer.

Comenzó a embestir, inclinándose para atrapar sus senos con la boca, acariciándolos con la lengua. Desde su pecho hasta su centro, el deseo se arremolinaba dentro de ella.

—Llega para mí, bruja —jadeó Ronan—. Llega para mí, mi Kara.

El placer en el cuerpo de Kara alcanzó su clímax, y ella obedeció, su cuerpo temblando y estremeciéndose mientras él continuaba embistiendo, enterrando su rostro en el cuello de ella mientras gritaba su propio alivio.

Kara enredó sus manos en el cabello de él mientras se quedaba quieto, manteniendo sus ojos cerrados, como si evitara que él viera el amor en sus profundidades.

Te amo, Ronan.



AL DÍA SIGUIENTE, Kara entró en el despacho de Ronan justo después del amanecer, decidida a volver a ponerse su máscara y apartar sus sentimientos por Ronan.

Pero después de leer la millonésima escritura, dejó el pergamino y se frotó los ojos cansados, harta de no hacer ningún progreso.

Cuando un camino no funciona, toma otro. Era un lema personal que se repetía cada vez que no podía resolver un problema en una historia en la que estaba trabajando. Su revisión de las

escrituras de tierras, el envío de espías de Ronan para seguir a Tarag... nada de eso estaba funcionando. Necesitaban intentar algo más antes de que fuera demasiado tarde.

Se quedó quieta cuando una idea la asaltó. Era arriesgada y peligrosa, pero era algo. Y no podía esperar. Necesitaba decírselo a Ronan, ahora.

Se dirigió abajo para buscar a Luag para que la escoltara al castillo. Pero tan pronto como pisó el vestíbulo, la puerta se abrió de golpe, y ella retrocedió tambaleándose con un grito.

Tres montañeses entraron, mirándola con furia. Tanto Beathan como Luag salieron disparados de la sala de estar y corrieron a su lado, Luag empujándola detrás de él.

—¿Qué significa esto? —exigió, mirando con furia a los hombres—. ¿Sabe Ronan que estáis aquí?

—No necesita saberlo —gruñó uno de los hombres, avanzando hacia ella.

Ella retrocedió tambaleándose mientras Luag daba un paso desafiante hacia adelante. El hombre lo ignoró, manteniendo su oscura mirada fija en Kara.

—Nos vas a decir quién eres en realidad, muchacha. Sin Ronan aquí para protegerte.

CAPÍTULO 19



Ronan contemplaba por la ventana el bullicio de los terrenos del castillo. El cielo estaba gris, el aire cargado con la promesa de una tormenta. El clima era apropiado; la relativa paz que habían experimentado durante las últimas semanas parecía la calma antes de la tempestad.

No había habido incidentes ni actos de agresión contra el Clan Macleay desde su visita con Kara a Tarag. Aunque había recibido noticias de uno de sus espías de que Tarag se había casado con Elspeth, el hombre en sí no había abandonado los terrenos de su castillo, ni había movimientos sospechosos por parte de los hombres de Tarag.

Pero nada de esto aliviaba la ansiedad de Ronan. Cada día temía recibir noticias de que alguien había quemado más de sus tierras, o peor aún, que hubieran matado a personas, tal como la carta de la abuela de Kara había presagiado.

Y luego estaba el asunto de su bruja, su Kara, que ocupaba cada rincón de su mente. Kara no era como otras muchachas, y no solo porque venía del futuro. Estaba su belleza, su cuerpo exuberante que se ajustaba tan perfectamente al suyo mientras la exploraba en su cama. Pero también estaba su mente feroz, su determinación e incluso su maldita terquedad que él admiraba. Su corazón se encogía ante la pérdida que sufriría cuando ella dejara este tiempo. Cuando lo dejara a él.

Intentaba no pensar en su eventual partida de su vida. Saborearía su tiempo con Kara, por escaso que fuera estos días.

—Mi señor.

Ronan se volvió. Moireach estaba en la puerta, su rostro tenso por la preocupación. Ronan se puso rígido, esperando que Moireach lo reprendiera por algún asunto del castillo que hubiera manejado incorrectamente en ausencia de Eadan.

Pero no llegó tal amonestación.

—Pensé que querría saber... McFadden y otros dos nobles han ido a su casa solariega. Tienen la intención de interrogar a su... invitada. Les oí discutirlo.

El miedo se abrió paso a través del pecho de Ronan. Le dio un agradecido asentimiento a Moireach y salió corriendo del estudio.

Luag está con ella, se tranquilizó momentos después, mientras se alejaba del castillo a un ritmo frenético, apretando las riendas. *No permitirá que le hagan daño.*

Cabalgó de vuelta a la casa solariega, instando a su caballo a galopar más rápido de lo que jamás lo había hecho, mientras el temor lo envolvía ante la idea de que los nobles interrogaran a Kara sin él presente. Kara era inteligente y capaz, pero ¿y si la amenazaban? ¿Y si ordenaban encerrarla hasta que Eadan regresara?

Llegó a la casa solariega y encontró la puerta abierta, y al entrar tropezando oyó voces

alzadas que provenían de la sala. Una de ellas era la de Kara.

Se precipitó en el comedor, su mano ya volando hacia la empuñadura de su espada.

Kara estaba frente a McFadden, Uallas y Neasan, mirándolos con furia mientras Beathan y Luag se interponían protectoramente ante ella. Todos se volvieron cuando él entró, y el rostro de Kara se llenó de alivio evidente.

—¿Qué estáis haciendo en mi casa? —gruñó Ronan, moviéndose para pararse junto a Luag, protegiendo a Kara de sus miradas—. Si estáis amenazando a una muchacha que me pertenece...

—Si vuestra muchacha es una espía, tenemos todo el derecho de interrogarla —replicó McFadden—. Habéis permitido que os hechice. Tenemos otro clan en nuestra contra, y necesitamos...

—Mi primo me dejó a cargo mientras está fuera; recibís órdenes de mí. Y os ordené que la dejarais en paz —espetó Ronan.

—Está bien.

Se volvió sorprendido ante la voz tranquila de Kara. No había intentado un acento escocés esta vez, y los ojos de los nobles se ensancharon. Ella le dio a Ronan una sonrisa temblorosa pero tranquilizadora, pasando delante de él y de Luag.

—Kara... —comenzó Ronan.

—No hay necesidad de pelear entre nosotros cuando hay un verdadero enemigo allá fuera, y no quiero ser la causa. Puedo disipar sus temores respondiendo a sus preguntas.



MOMENTOS DESPUÉS, Ronan estaba de pie al lado de Kara mientras ella se sentaba a la mesa del comedor frente a los suspicaces nobles del clan. Había despedido a Beathan y Luag; ahora eran solo ellos cinco.

Ella les contó la misma historia que inicialmente le había contado a él; estaba aquí por encargo de su abuela buscando a su familia. Añadió que era pariente de Fiona, lo que Ronan pensó que era sabio, dada la similitud de sus acentos.

Ronan les dijo que le había ofrecido su casa solariega para quedarse mientras buscaba. Sus ojos brillaron desafiantes cuando McFadden intentó indagar sobre los detalles de su relación personal.

—No es asunto vuestro. Os hemos dicho lo que queríais saber —espetó Ronan.

—¿Cómo sabemos que decís la verdad? —preguntó Uallas, con los ojos entrecerrados, volviendo su atención hacia Kara—. ¿Que no estáis intentando seducir al señor para ayudar al Clan Sudrach?

—No lo saben —dijo Kara con calma—. Quiero ayudar porque mi familia vive en algún lugar de las tierras de vuestro clan. Tendrán que confiar en mí. Antes de que irrumpieran aquí, acababa de idear un plan. Un plan que creo que ayudará a probar que Tarag es quien está trabajando contra vuestro clan.

—Incluso si creemos que no estáis trabajando contra nosotros, eso no significa que os incluyamos en los asuntos del clan —espetó McFadden.

—Yo le di permiso para ayudar. Fue su sugerencia seguir buscando aliados que Dughall pudiera haber tenido —intervino Ronan.

—No es aceptable —gruñó Uallas, sacudiendo la cabeza—. Una moza no está capacitada para dar consejos a-

—Escúchame bien —interrumpió Kara, inclinándose hacia adelante para fulminarlo con la

mirada—. Tu clan está en peligro. En este momento, deberías aceptar un buen consejo venga de donde venga.

—¿Y cuál es ese consejo? —exigió Neasan.

—Que vayamos directamente al enemigo para averiguar qué están planeando. Saben que vuestros hombres los están vigilando. Por eso no están haciendo nada incriminatorio —dijo Kara.

—Ya lo intentamos —intervino Ronan con el ceño fruncido.

—No con el propio Tarag —dijo Kara—. Con uno de sus hombres. Uno de sus hombres *susceptibles*. Y no deberíais usar a uno de vuestros espías para descubrir esta información. Usad a una mujer. A mí. Puedo obtener información de maneras que solo una mujer puede.

La habitación quedó en silencio mientras el significado de sus palabras calaba. Los nobles parecían tanto escandalizados como intrigados, mientras una oscura ola de incredulidad y celos invadía a Ronan.

—No —ladró—. Esta reunión ha terminado.

—Ronan... —comenzó Kara.

—Esta reunión ha terminado —repitió—. La habéis interrogado, y supongo que sus respuestas os han satisfecho. Ahora marchaos.

—Puede que la moza tenga razón —aventuró Uallas—. Si ella-

—Salid de mi casa. Es una orden —siseó Ronan.

Los nobles obedecieron con gran renuencia, lanzando a Kara miradas de creciente admiración antes de marcharse.

—¿Estás loca? —preguntó, volviéndose hacia Kara cuando se quedaron solos—. Siquiera sugerir... ¿sabes lo peligroso que sería? ¿Lo que te harían si te descubrieran? Tarag sabe lo importante que eres para mí. No lo permitiré.

—No iba a *dormir* realmente con uno de sus hombres —dijo Kara con una mirada de repulsión. El alivio lo inundó, disipando sus celos—. He hecho otras cosas para que los hombres se abran cuando trabajo en una historia en mi propio tiempo. Coquetear. Seducir de otras maneras.

—¿Coquetear? ¿Seducir? —rugió Ronan, regresando sus celos—. No me dijiste que esta profesión tuya implicaba comportarte como una ramera.

—Coquetear es inofensivo —dijo Kara entre dientes—. Y cuando el riesgo es tan alto, cuando hay *vidas* en juego-

—No —ladró Ronan, avanzando hacia ella—. No permitiré que entregues tu cuerpo a otro.

—¡Acabo de decirte que no dormiría con nadie! Solo hablaría. Y... y que hagamos el amor no me convierte en tu propiedad. Ambos sabemos para qué estoy aquí realmente.

—Me perteneces —espetó Ronan, mientras Kara se ponía de pie, mirándolo con furia—. Y sí, sé para qué estás aquí. Pero mientras estés aquí en mi tiempo, conmigo dentro de ti cada noche, no vas a 'coquetear' ni 'seducir' a nadie. ¿Lo entiendes?

Podía ver que ella intentaba mantener su desafío, pero el deseo en sus ojos estaba ganando. La maniobró hacia la mesa, inclinándose para rozar su oreja con los labios, bajando la mano para acariciar la carne entre sus pechos.

—¿El anhelo que se está arremolinando en tu vientre? —susurró. Su propio deseo se enroscaba en sus entrañas, y se endureció bajo su kilt. La respiración de Kara se había acelerado, sus labios se entreabrieron al encontrarse con sus ojos—. Eso prueba que me perteneces. No habrá seducción de los hombres de Tarag, ni de *ningún* hombre.



RONAN ESPERABA que Kara se calmara y entendiera por qué no aceptaría su plan tonto y peligroso, pero ella apenas le habló a la mañana siguiente, ofreciéndole solo su mejilla cuando él la besó para despedirse antes de dirigirse al castillo, aunque habían hecho el amor apasionadamente la noche anterior.

Cuando ella se apartó, una oleada de ira lo invadió. Ella no era de su tiempo y no entendía los peligros, maldita sea. El miedo le carcomía las entrañas al pensar en lo que Tarag le haría si la atrapaba. Si su enojo era el precio que tenía que pagar por su seguridad, que así fuera.

En el castillo, presidió otra reunión con sus nobles. Para su alivio, McFadden, Uallas y Neasan parecían ya no tener sospechas sobre Kara ahora que la habían interrogado. No había novedades que informar; Tarag y sus hombres no habían realizado movimientos fuera de lo común, y nadie en el clan había reportado más amenazas.

—La idea de tu moza puede ser acertada —dijo McFadden con brusquedad, acercándose a él después de que la reunión terminara y los otros nobles se hubieran marchado—. Necesitamos tomar la ofensiva en lugar de esperar a que Tarag actúe.

—No. Es demasiado peligroso —dijo Ronan, fulminándolo con la mirada.

—Pensé que solo era una amante con la que te acostabas —dijo McFadden, observándolo con leve sospecha—. Si fuera tu esposa, ni soñaría con sugerir-

—No importa que no estemos casados. Ella no está involucrada en esto.

McFadden lo estudió por un largo momento, con la boca apretada, como si estuviera a punto de protestar. Finalmente se dio la vuelta y salió del gran salón.

Ronan exhaló bruscamente, deseando tener a alguien con quien pudiera confiar sobre esto. Usualmente esa persona era Eadan. Pero... había una persona con la que podía hablar.

Cuando el atardecer cayó sobre el campo, cabalgó hasta la casa de su tío Bran. Lo encontró en la sala de estar, sentado junto al fuego.

Bran se veía sonrojado y saludable, y el alivio lo invadió al verlo. Semanas antes, Eadan y Fiona habían descubierto que Dughall lo estaba envenenando. Se había recuperado bien.

Bran se giró cuando Ronan entró, el deleite brillando en sus ojos al ver a su sobrino.

—Ronan —dijo, empezando a ponerse de pie, pero Ronan le hizo un gesto para que permaneciera sentado mientras él tomaba la silla frente a él—. ¿Qué te trae a visitar a un viejo?

Ronan dudó. No quería involucrar a su anciano tío en lo que estaba sucediendo con el clan ahora que se había retirado de los asuntos del clan. Pero necesitaba consejo.

Así que le contó a Bran todo lo que había sucedido desde la boda de Eadan. Lo único que omitió fue el estatus de Kara como viajera del tiempo, aunque se preguntó si Bran sabía sobre Fiona.

Bran permaneció en silencio por un largo momento cuando Ronan terminó, con los ojos pensativos.

—No te va a gustar mi opinión, pero tu moza tiene razón. La mejor manera de obtener información de un hombre es a través de una bella mujer.

Ronan frunció el ceño. —Es peligroso, no voy a-

—Ser un líder significa hacer sacrificios. Si confías en que tú y tus hombres la protegerán, no hay razón para que no intentes su plan —dijo Bran.

Su expresión cambió y de repente se reclinó en su silla, dirigiendo a Ronan una mirada evaluadora.

—Ah. Ya veo lo que está pasando aquí.

—¿Qué?

—Creo —dijo Bran, con un brillo en los ojos— que lo que te dije en la boda de Eadan se ha hecho realidad. Has conocido a la muchacha que lo ha cambiado todo para ti.

CAPÍTULO 20



Kara se obligó a tragar un trozo de pollo asado; Ronan no había vuelto a casa para cenar y ella estaba cenando sola en su habitación. Probablemente era lo mejor; estaba enfadada con él por su testaruda negativa a seguir su plan. Odiaba la sensación de inutilidad, la impresión de que estaba perdiendo el tiempo mientras se cernía un desastre.

Bajo su enojo por el rechazo de su plan, había un atisbo de dolor. Lo amaba y quería que él tuviera fe en su ingenio, que demostrara que podía ser más que un cuerpo cálido en su cama. Que podía ser... algo más para él.

Parpadeó para contener un picor de lágrimas, volviéndose cuando oyó pasos que se acercaban a la puerta. Ronan estaba allí, con el tumulto evidente en su rostro mientras la miraba. Una ardiente conciencia se apoderó de ella; odiaba que solo verlo la afectara tanto, incluso cuando estaba enfadada con él.

Él entró en la habitación mientras ella dejaba el cuchillo, deteniéndose frente a ella.

—He hablado con mi tío —dijo Ronan, pasándose la mano por el pelo—. Piensa que tu plan es bueno. Parece que tu plan es bastante popular.

—Eso es porque puede funcionar —dijo Kara, sintiendo que la esperanza llenaba su pecho—. Ronan, por favor, considera...

—Lo haremos —interrumpió él—. Llevaremos a cabo tu plan.

Kara se puso de pie de un salto con un grito de alegría, lanzándose a sus brazos. Él la abrazó por un momento antes de apartarse.

—Pero debemos tomar todas las precauciones. Sabes lo peligroso que es esto —advirtió.

—Lo sé —dijo ella, con el corazón latiendo de anticipación—. Pero creo que esto funcionará, Ronan.

Él asintió, pero sus ojos se ensombrecieron mientras bajaba las manos para agarrar las de ella, levantándolas hasta sus labios para besarlas.

—Es que... me preocupo, muchacha —susurró—. Tú... significas más para mí que cualquier amante que haya tenido.

Las palabras deberían haberle calentado el corazón; en su lugar, un fragmento de celos la atravesó ante la comparación con otras amantes. Estaba lejos de ser una declaración de amor.

—Y tú significas mucho para mí —dijo ella, bajando la mirada, sin querer que él viera lo poco que sus palabras expresaban lo que sentía—. Ahora... vamos a por esos hijos de puta que van tras tu clan.

Los ojos de Ronan se abrieron de par en par, y se rió con diversión.

—Aye —dijo—. Así lo haremos.



LA NOCHE SIGUIENTE, Kara cabalgaba junto a Luag a través del campo oscurecido, acercándose a la pequeña aldea de Orridon, a varios kilómetros al norte de la mansión de Ronan.

Se ajustó el vestido que llevaba, el mismo vestido azul que había usado cuando intentó seducir a Ronan para obtener información, con el corazón latiéndole en el pecho.

Piensa en esto como si fuera otra misión más, se dijo a sí misma, para calmar su corazón acelerado. *Si la misión fuera hace más de seiscientos años en el pasado y hubiera vidas en juego.*

Había sido un día ajetreado. Ronan le permitió acompañarlo al castillo donde se enteraron por uno de sus espías que los hombres de Tarag frecuentaban una taberna en Orridon, en las afueras de las tierras del Clan Sudrach.

Habían decidido que Kara iría a esta taberna con Luag, quien se haría pasar por su hermano; viajeros que solo pasaban por las Tierras Altas. Ronan le había proporcionado descripciones de varios hombres en los que debía centrarse, aconsejándole severamente que eligiera solo uno. Mientras Luag pedía la comida y la bebida, ella coquetearía con el hombre de Tarag, obteniendo toda la información útil posible.

Antes de salir del castillo, Ronan le dio una daga que ahora llevaba escondida bajo la manga de su vestido; debía usarla en caso de que las cosas se complicaran. Kara esperaba no tener que usarla. Nunca había usado un arma contra nadie en su vida, ni siquiera durante un par de situaciones difíciles en su propia época.

Orridon se alzaba frente a ellos, una pintoresca aldea medieval llena de edificios de ladrillo y piedra, cabañas con techos de paja y sinuosos caminos de tierra, en su mayoría vacíos a esta hora.

Kara echó un rápido vistazo hacia atrás. En algún lugar en la distancia, Ronan y sus hombres los seguían. Se ocultarían fuera de la taberna, entrando solo si Luag y Kara se metían en problemas.

Luag le lanzó una mirada cuando sus caballos entraron en la aldea, como preguntando, *¿estás lista para esto?* La había mirado con respeto a regañadientes desde que ella había sugerido este plan; se preguntó si su audaz plan lo había convencido.

Ella asintió rápidamente y desmontó de su caballo cuando llegaron a la taberna, tomando varias respiraciones profundas y tranquilizadoras mientras él ataba sus caballos y se dirigían al interior de la taberna.

Al entrar, Kara lo observó todo. Alice no le había contado mucho sobre las tabernas y cervecerías medievales. Esta no parecía muy diferente de un bar de mala muerte del siglo XXI: pequeño, oscuro y lleno de hombres borrachos. Para su sorpresa, había un puñado de mujeres; dos estaban con acompañantes masculinos, y una trabajaba en la barra.

Cuando ella y Luag entraron, todas las miradas se posaron en ella, con varios de los hombres dirigiéndole miradas apreciativas.

Bueno, ahí va la primera parte de mi plan. Si bien quería atraer la atención de los hombres de Tarag, no quería atraer *demasiada* atención.

Tratando de no mostrar su ansiedad, Kara simplemente les dirigió a los hombres una sonrisa coqueta. Quería dar la impresión de una mujer "libertina" de moral relajada en esta ocasión, no de una recatada dama noble, aunque llevaba un fino vestido.

Escaneó la taberna y vio a uno de los hombres que Ronan había descrito. Era bajo y calvo, con una pequeña cicatriz que le curvaba desde el lado de la boca. *Allá vamos.*

Ella y Luag tomaron la mesa junto al hombre. Luag le lanzó una mirada breve pero

significativa mientras se levantaba, dejándola sola para ir a buscar bebidas. Los ojos del hombre se posaron en los de ella, iluminándose de lujuria, y ella le devolvió una sonrisa coqueta.

—Me llamo James —dijo él, con la voz arrastrada—. Eres una hermosa muchacha. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Luag, que se tomaba su tiempo a propósito para pedir las bebidas—. ¿Tu marido?

La sonrisa de Kara se ensanchó. Estaba borracho, tal como esperaban. Sería más fácil persuadirlo y manipularlo. Y con suerte podría pasar por alto su terrible acento escocés.

—Soy Caren —dijo ella—. Y no, no es mi marido. Es mi hermano.

—¿Ah, sí? —preguntó él, relamiéndose los labios. Ella ignoró la repulsión que le provocó ese gesto.

—Aye —dijo ella con un guiño—. Mi hermano está intentando encontrarnos un lugar seguro para pasar la noche. Hemos oído rumores de una disputa entre clanes en estas tierras.

Intentó parecer preocupada y recatada a la vez; frunciendo el ceño. James se irguió, sacando pecho prácticamente, dándole el aspecto de un pavo real inflado.

—Bueno, muchacha —dijo—. Conmigo estás a salvo.

Echó un vistazo hacia donde Luag ahora conversaba con el tabernero y acercó su silla a la de ella, dejando caer su brazo sobre el respaldo de la silla. Ella reprimió su asco, forzando una sonrisa mientras él se inclinaba hacia adelante, llenándole las fosas nasales con su aliento almizclado.

—¿Por qué? ¿No hay disputa? Oí rumores sobre incendios en las tierras de los Macleay, y malos augurios enviados a los nobles —dijo Kara.

—Es una farsa —dijo James, desestimándolo con un gesto de la mano—. Una mera distracción.

Kara se tensó, esperando no parecer demasiado sorprendida.

—¿Una farsa? —insistió.

De repente, la puerta de la taberna se abrió de golpe, y Kara se quedó helada cuando Ronan entró en el bar con dos de sus hombres. ¿Qué demonios estaba haciendo? No era conocido en este pueblo, pero habían decidido que era mejor que se mantuviera fuera de la vista por si alguien lo reconocía. No miró hacia donde estaban ellos, pero tenía la mandíbula tensa mientras él y sus hombres se dirigían a la barra.

Maldita sea, Ronan. Te amo, pero voy a matarte si arruinas este plan.

James siguió su mirada, pero ella extendió la mano para tocarle la cara, obligándole a volver a prestarle atención.

—¿Farsa? —repitió.

—Aye. No tienes nada de qué preocuparte, muchacha —balbuceó, inclinándose para besarla.

Ella se echó hacia atrás bruscamente, notando por el rabillo del ojo que Ronan se había vuelto hacia ellos, y Luag había extendido el brazo para mantenerlo quieto.

—Quizás... quizás deberíamos ir a un lugar más privado —dijo ella, tragando saliva.

Odiaba la idea de estar a solas con esta sanguijuela, pero no creía que Ronan pudiera contenerse si James intentaba besarla de nuevo. Esta era una parte de su plan que esperaba no tener que llevar a cabo. El Plan B. Una vez que lo hiciera hablar, debía conseguir una bebida de la barra y mezclarla con opio que uno de los hombres de Ronan le había dado, un pequeño frasco que ahora llevaba escondido en el corpiño. La bebida lo sumiría en un profundo sueño y ella podría entonces escaparse de su habitación.

—Aye —dijo James, poniéndose de pie tambaleante con un entusiasmo que no intentó disimular—. Tengo una habitación.

Kara forzó otra sonrisa, tomándolo del codo mientras se dirigían a las escaleras en la esquina de la taberna. Le lanzó una mirada penetrante a Ronan y retrocedió ante la furia apenas contenida que vio en sus ojos.

¿Cuál era su problema? Esto era solo parte del plan.

Volvió a centrarse en James mientras subían las escaleras y se dirigían a una pequeña habitación al final del pasillo.

Tan pronto como entraron, James la presionó contra la pared, pero ella se escabulló de su agarre.

—No puedo relajarme si no me siento segura —dijo, mirándolo con lo que esperaba fuera una sonrisa coqueta—. ¿Qué quieres decir con una farsa?

—A nuestro jefe no le importa el Clan Macleay —dijo James, con los ojos clavados en su escote—. Solo quiere las tierras que Dughall quería, sus tierras en el norte. Mientras el Clan Macleay se apresura a apagar incendios y se preocupa por los malos augurios, él está colocando hombres en el norte para reclamar sus tierras para el Clan Sudrach. Así que no hay nada de qué preocuparse, muchacha. Ahora dame ese dulce...

Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta se abrió de golpe y un furioso Ronan pasó junto a ella, golpeando a James en la cabeza con la empuñadura de su espada.

CAPÍTULO 21



Ronan fulminó con la mirada al hombre inconsciente, su espada ardiendo en su puño, ansiando que se moviera. A su lado, la mano de Kara voló hacia su boca.

—Ronan, ¿por qué demonios hiciste eso? Yo iba a...

—No podía soportar que estuvieras en esta habitación con otro hombre —gruñó él—. Ven conmigo. Voy a actuar como si fueras mi amante caprichosa y yo estuviera celoso... lo cual no tendré que fingir.

Aunque Ronan y sus hombres debían esperar fuera de la taberna, su temor por Kara había crecido tanto que ignoró las protestas de sus hombres para entrar en el local. Estuvo a punto de arremeter contra el bastardo con el que Kara coqueteaba cuando intentó besarla, y cuando ella lo condujo al piso de arriba, Luag tuvo que contener a Ronan para que no los siguiera. Confiaba en Kara y sabía que solo quería obtener información, pero la muchacha no sabía lo deseable que era. Apenas se había contenido cuando ella le dirigió sus encantos.

Los puños de Ronan se apretaron mientras continuaba mirando fijamente al hombre; el bastardo tenía suerte de que no le hubiera hecho más daño.

—¿Te besó de nuevo? ¿Te tocó de alguna manera?

—No —espetó Kara, y sus celos se calmaron... un poco—. Yo lo tenía bajo control, Ronan. Me estaba dando información. Información *útil*. Me dijiste que confiabas en mí para...

—Es en él en quien no confío —replicó—. Ahora, ven.

Marchó con ella fuera de la habitación y bajó las escaleras, mientras Kara le lanzaba miradas fulminantes. Los otros clientes observaban con diversión; se preguntó si escenas como esta eran ocurrencias comunes en la taberna.

Mientras cabalgaban de vuelta a su casa solariega, Ronan se obligó a calmar su respiración. Nunca había sentido tales celos antes; aunque había aceptado el plan de Kara, había subestimado la fuerza de sus celos.

Le lanzó una mirada de soslayo; ella sujetaba las riendas de su caballo, un ceño fruncido oscurecía sus facciones, luciendo hermosa como el pecado en su vestido azul. Iba a pedirle a Aislin que lo quemara cuando regresaran a la casa.

Despidió a sus hombres tan pronto como llegaron a la mansión, informándoles que se reuniría con ellos en el castillo al amanecer para repasar lo que había averiguado de Kara.

—Me debes una disculpa —espetó Kara cuando entraron en su cámara—. Por no confiar en que pudiera manejar la situación allí. Cuando escuches lo que he averiguado, te vas a arrepentir. Es información que podemos usar.

—¿Arrepentirme? —Frunció el ceño ante la extraña frase—. ¿Por qué haría eso?

—Es una frase común que usamos en mi época. Significa que te vas a arrepentir de lo que

hiciste —replicó ella.

—Creí que podría controlar mis celos, pero no pude. Eres mía. ¿Cómo te habrías sentido si yo tuviera que seducir a una mujer para obtener información?

El ceño de Kara se profundizó, un destello asesino en sus ojos.

—Así que ya ves cómo me sentí —dijo él, sus labios temblando con diversión—. Ahora, espero que *hayas* aprendido algo importante, porque no te dejaré hacer algo así de nuevo.

—Dijo que los ataques a tu clan son todos una farsa —dijo Kara.

Ronan se quedó helado mientras ella le contaba que las amenazas —los incendios, los malos presagios— eran todas una distracción mientras Tarag y su clan reclamaban sus tierras en el norte.

Ronan cerró los ojos, comprendiendo ahora por qué ella estaba tan enojada con él. Había obtenido información que lo cambiaba todo.

—Te lo agradezco, Kara —dijo, extendiendo la mano para apretar la de ella—. Y tienes mis disculpas. Actué como un tonto celoso. No creo que hubiéramos descubierto eso por nuestra cuenta, al menos no hasta que fuera demasiado tarde.

—Disculpas aceptadas —dijo Kara con una sonrisa conciliadora mientras le apretaba la mano—. Y gracias por llevar a cabo mi plan, aunque sé que fue difícil para ti. —Estudió su rostro, la preocupación inundando su expresión—. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo un plan propio.



RONAN DURMIÓ POCO ESA NOCHE, levantándose de la cama para recorrer los oscuros pasillos mientras Kara dormía. Mandaría buscar a Eadan al amanecer; su plan involucraba a muchos hombres de su clan, y no solo a los nobles del clan. Para cuando su mensaje llegara a Eadan, ya habría llevado a cabo su plan. Terminaría con sus tierras a salvo y Ronan vivo, o terminaría con sus tierras perdidas y Ronan muerto.

Se detuvo frente a la puerta de su cámara, mirando hacia el interior donde estaba Kara. Dormía boca arriba, su cabello dorado esparcido a su alrededor como un halo, la luz de la luna que se filtraba por la ventana iluminaba sus hermosas facciones.

Le había contado los detalles de su plan, pero había omitido una cosa. Su deseo de que ella fuera a Tairseach y regresara a su propia época. Sabía que Kara se resistiría; aún no había encontrado a su familia. Pero él creía que su abuela querría su seguridad por encima de todo.

Un dolor lo atormentaba ante la idea de perderla, ya fuera por su muerte o por la extensión del tiempo. Recordó las palabras de su tío. *Has conocido a la muchacha que lo ha cambiado todo para ti.*

Ronan no podía negar las palabras de su tío. Ella lo había cambiado todo para él. Ya no temía la responsabilidad de una familia, una novia, siempre y cuando la novia fuera Kara. Y si no hubiera peligro, y ella fuera de su época, no dudaría en pedirle que fuera su esposa. Que viviera sus días a su lado, como su señora, para convertir su fría y vacía casa solariega en un hogar con su presencia brillante y resplandeciente. Ella se había incrustado en su corazón, en cada parte de él.

Pero por eso la dejaría ir. La amaba lo suficiente como para priorizar su seguridad frente a Tarag y su clan, para enviarla de vuelta a la época a la que pertenecía, aunque su vida estaría vacía sin ella. Aunque la amaba.

—Te amo, mi bruja viajera del tiempo. Mi diosa —susurró a su forma dormida cuando se

deslizó de vuelta a la cama, enroscando su cuerpo alrededor de ella.

Acababa de quedarse dormido cuando sonó un golpe fuerte en la puerta. Apenas amanecía; la luz fuera de las ventanas aún era tenue.

Ronan se incorporó, su cuerpo pesado por la fatiga mientras se dirigía a la puerta y la abría de golpe. Beathan estaba allí, radiante.

—Eadan ha regresado —dijo Beathan—. Está en tu sala de estar.



MOMENTOS DESPUÉS, Ronan estaba frente a Eadan, mientras Kara se sentaba en una silla en el rincón.

Le había contado todo a Eadan: las amenazas, la desertión de Elspeth, el encuentro con Tarag y el reciente descubrimiento de Kara de que todo era una distracción para apoderarse de sus tierras. Kara le había hablado de esto último, describiendo su encuentro con el hombre de Tarag en la taberna, y Eadan se había sorprendido al oír su acento. Pero Ronan le indicó con la mirada que la explicación de eso tendría que esperar; había asuntos más urgentes que atender.

Ahora, esperaba tenso a que Eadan lo reprendiera, que le dijera que debería haberlo mandado llamar antes, que él se haría cargo desde ahora.

—Este plan tuyo —dijo Eadan—. ¿Cuál es?

Ronan parpadeó con asombro. Su primo no parecía enojado. En cambio, un destello de admiración brillaba en sus ojos.

—Convocaré una reunión con los nobles; necesitamos enviar tantos hombres al norte como podamos para lanzar un ataque contra Tarag y sus hombres. Calculo que nos llevará un día, quizás dos, reunir suficientes hombres para eso. Mientras la mayoría de nosotros marchamos hacia el norte, debemos mantener suficientes hombres aquí para proteger el castillo y las tierras circundantes en caso de que sus hombres tomen represalias.

Eadan asintió lentamente, pareciendo complacido.

—Es un plan sensato. Lo has manejado bien, Ronan. Moireach me contó el excelente trabajo que has hecho con los asuntos del castillo también.

Ronan lo miró, el asombro lo dejó inmóvil. Eadan se rio entre dientes.

—Moireach tiene un modo severo, pero le caes bien. Dice que ha visto el cambio en ti durante estas últimas semanas, y que has asumido bien la responsabilidad.

El alivio y el orgullo se filtraron a través de la omnipresente nube de dudas e incertidumbre que lo había atormentado desde que Eadan lo dejó a cargo. Devolvió tentativamente la sonrisa a su primo.

Eadan centró su atención en Kara, acercándose a ella mientras se ponía de pie. Hizo una reverencia a modo de saludo, con su mirada curiosa fija en su rostro.

—Tienes el mismo acento que mi esposa —dijo con cautela.

—Eso he oído —dijo Kara, lanzando una mirada a Ronan.

—¿Puedo preguntar de dónde eres? —preguntó Eadan.

Kara miró a Ronan, y él asintió levemente.

—Sospecho que soy del mismo lugar que tu novia —dijo Kara—. O más bien, debería decir... del mismo tiempo.

CAPÍTULO 22



Kara permaneció inmóvil, estudiando de pies a cabeza a su compañera viajera del tiempo.

A simple vista, Fiona Macleay parecía una noble del siglo XIV con el fino vestido verde que llevaba, pero su forma de hablar era puro inglés estadounidense del siglo XXI. Fiona la observó con igual asombro, y Kara sospechó que pensaba lo mismo de ella.

Había llegado al castillo con Eadan y Ronan después de que le revelaran a este último que era una viajera del tiempo. Eadan apenas se había mostrado sorprendido, dado que ya había conocido —y se había casado con— una viajera del tiempo. Kara supuso que a estas alturas se necesitaría mucho más para sorprenderlo. Ronan y Eadan estaban reunidos con los nobles en el gran salón, y Ronan la había llevado a la cámara privada de Fiona para presentarlas, dejándolas solas con un críptico *tenéis mucho de qué hablar*.

—Bueno. ¿Debería empezar yo? —preguntó Fiona con una sonrisa irónica, y Kara sintió que le caía bien al instante.

Se sentaron en dos sillas junto a la ventana mientras Fiona le contaba cómo había llegado a esta época: descubriendo Tairseach, divisando a una mujer entre las ruinas, la ráfaga de viento, enamorándose de Eadan y su decisión de quedarse.

Kara le contó todo lo que había sucedido desde que descubrió la carta de Alice en su ático. Cuando Kara terminó, Fiona negó lentamente con la cabeza.

—Sé que probablemente te estés preguntando si tengo alguna idea de cómo funciona todo esto, pero no la tengo. Si una bruja druida realizó algún tipo de hechizo, si fue el propio Tairseach... No lo sé. Ojalá tuviera respuestas. Llevo meses aquí, pero a veces siento la necesidad de pellizcarme cuando me despierto —dijo Fiona.

—Pero... elegiste quedarte —dijo Kara—. ¿Echas de menos el siglo XXI? ¿El agua corriente? —añadió con una pequeña sonrisa.

—Te acostumbras a las cosas de aquí mucho más rápido de lo que crees —dijo Fiona—. Y por Eadan, estaba feliz de renunciar a todas esas cosas. Por extraño que fuera al principio... siento que siempre he pertenecido a este lugar. Él es el amor de mi vida. Una vez que me di cuenta de eso, la decisión fue fácil.

Kara la estudió con envidia. Amaba a Ronan, pero no se hacía ilusiones de que él sintiera lo mismo. Él se preocupaba por ella más que por cualquiera de sus otras amantes y la deseaba, pero ese era el alcance de sus sentimientos hacia ella.

E incluso si la amara, ¿podría ella renunciar a su vida en el presente?

¿Qué vida?, se preguntó. ¿La vida donde eres una periodista solitaria y desempleada sin familia cercana y pocos amigos, donde el hombre que amas vive siglos en el pasado y lleva

mucho tiempo muerto?

—No es una decisión fácil —dijo Fiona con suavidad, notando la turbulencia en los ojos de Kara—. Pero si pudiera volver atrás... habría intentado llegar aquí antes. Mi vida estaba tan vacía y no me daba cuenta. Estaba buscando algo en mi propia época y no sabía qué. No hasta que lo conocí a él. Viajar a través del tiempo corrigió el rumbo de mi camino... y ahora estoy donde debo estar.

Las palabras de Fiona resonaron con los sentimientos pasados de Kara. ¿No había sentido lo mismo en su propia vida? ¿Un vacío que intentaba llenar con su trabajo?

—Bueno, no me iré a ninguna parte hasta que encuentre a mi familia —dijo finalmente Kara, poniéndose de pie—. No he hecho ningún progreso. Me pregunto sobre la causalidad... ¿el hecho de que murieran en mi propia época significa que ya he fracasado?

—Intenté pensar en la causalidad, pero me daba dolor de cabeza —dijo Fiona con una risita—. Especialmente considerando que puede haber magia involucrada en todo esto. Simplemente he llegado a la conclusión de que las cosas son como debían ser.

—Lo que significa que... mi familia morirá y no hay nada que pueda hacer —dijo Kara, con alarma recorriéndole el cuerpo.

—No, no es eso lo que estoy diciendo. Pero creo que tu presencia en esta época significa algo —dijo Fiona—. Por lo que me has contado, el solo hecho de que estés aquí ha ayudado a Ronan a descubrir quién está detrás de las amenazas al clan. Tal vez ya has puesto en marcha eventos que detendrán el conflicto que los mata.

Kara se acercó a la ventana, mirando los bulliciosos terrenos del castillo. Esperaba que Fiona tuviera razón, pero no podía confiar en conjeturas. Tenía que haber algo más que pudiera hacer.

—¿Y si me estoy perdiendo algo? —reflexionó Kara en voz alta—. ¿Y si he estado buscando en el lugar equivocado? Ninguna de las escrituras de tierras o los alquileres mencionan a un Suibhne o una Orla. Y Ronan ha enviado mensajeros a las aldeas cercanas.

Kara se quedó helada cuando de repente se le ocurrió una idea. Se giró para mirar a Fiona.

—¿Y si no están en ninguna de las aldeas? Sé que no hay mucha tierra fértil por aquí, pero ¿hay granjas aisladas cerca?

—Por lo que he visto, la mayoría de la gente vive en aldeas —dijo Fiona con cautela—. Las granjas aisladas son pocas y distantes entre sí. Pero hay algunas.

El corazón de Kara aceleró su ritmo; la esperanza se hinchó en su pecho.

—Tal vez no he encontrado a mi familia porque he estado buscando en los lugares equivocados.



No tuvo la oportunidad de hablar con Ronan sobre su revelación de inmediato. Él, Eadan y muchos de los nobles abandonaron el castillo después de su reunión. Luag le dijo que estaban reuniendo hombres de las aldeas circundantes para dirigirse al norte, y quería que ella permaneciera en el castillo en lugar de regresar a la mansión, ya que aquí había más protección.

Así que pasó la mayor parte del día con Fiona, a quien llegó a apreciar aún más. Se dio cuenta de que si hubiera conocido a Fiona en su propia época, se habrían hecho amigas rápidamente. Compartieron detalles de sus vidas en el futuro; Fiona le contó sobre su amiga Isabelle, que esperaba que hubiera recibido su carta y supiera que estaba a salvo. Kara le dijo que no había visto ninguna carta cuando llegó al castillo en Tairseach; con suerte alguien había descubierto la carta y se la había enviado a Isabelle. Los ojos de Fiona brillaron ante esto, con

una sonrisa aliviada tirando de sus labios.

Cuando Ronan regresó al castillo, no fue hasta después de la cena, y lo encontró en su cámara de invitados. Se acercó, ansiosa por contarle su nuevo plan para encontrar a su familia, pero se congeló al ver la mirada sombría en los ojos de Ronan.

—¿Qué pasa?

—No pudimos reunir muchos hombres para la marcha hacia el norte con tan poca antelación. Me temo que no tendremos los números para expulsar a los hombres de Tarag de nuestras tierras. Kara... tienes que volver a tu propio tiempo.

Una punzada de dolor la atravesó. Cuadró los hombros, con la boca tensa.

—No me iré hasta que encuentre a mi familia. Iba a decirte que creo que he estado buscando en los lugares equivocados. Quiero revisar las granjas de esta zona.

—Puedes llevar a Luag contigo, y luego hacer que te escolte a Tairseach.

—Ronan...

—Es por tu seguridad, Kara. Tarag sabe cómo te ves; serás un objetivo si caigo en batalla.

El dolor se extendió por ella ante la idea de la muerte de Ronan. Respiró hondo y dio un paso adelante, sosteniendo su mirada.

—Fiona se quedó con Eadan. Se está quedando ahora... supongo que él no la está enviando lejos.

Pídeme que me quede, suplicó Kara en silencio. *Dame una razón para quedarme.*

Algo cambió en los ojos de Ronan, y apartó la mirada.

—Es diferente con Eadan y Fiona —murmuró—. Se aman y están unidos por el matrimonio.

Kara parpadeó para contener una oleada de lágrimas, tratando de no mostrar cuánto la destrozaban sus palabras. No podría haber dejado más clara su falta de sentimientos hacia ella. Había sido tonta al esperar que sintiera algo más.

—Le he dicho a Eadan y a mis hombres que te escolten de vuelta a Tairseach, con o sin tu consentimiento, para llevarte de vuelta a tu propio tiempo si caigo en batalla —continuó, sin mirarla aún—. Y mis hombres saben que deben buscar a tu familia. Mantendré hombres en esta zona mientras marchamos para evitar que los hombres de Tarag hagan daño a los lugareños. Una vez que nos hayamos ido, mis hombres se asegurarán de que tu familia esté a salvo, y no abandonarán la búsqueda hasta que los encuentren.

—Y... ¿y si la batalla es un éxito? —preguntó ella. No sabía por qué estaba retorciendo el cuchillo en su propio corazón, pero continuó temerariamente—. ¿Aún querrás que regrese a mi propio tiempo?

—No es tu tiempo, Kara —dijo él, con la voz vacilante—. Y tú misma me dijiste... que estás aquí por una sola cosa.

Escudriñó sus ojos, como si la desafiara a contradecir sus palabras. *Eso fue antes de saber que te amaba*, quería gritar, pero el orgullo la mantuvo en silencio.

—Pasaremos la noche en el castillo... hay más protección para ti aquí. Mañana, mientras marchó hacia el norte, Luag te escoltará a las granjas. Y luego... luego debes regresar a tu tiempo.

Dudó antes de darse la vuelta, pero ella extendió la mano para agarrar la suya. Si estaba decidido a enviarla lejos, no lo detendría. Después de buscar en las granjas y si su familia no estaba allí, ¿qué más podría hacer? Confiaba en que Ronan no abandonaría la búsqueda; Eadan y Fiona también ayudarían.

Pero podría tener una última noche con él. Una última noche para saborear cada parte de él, para grabar en su memoria, algo que pudiera conservar a través del abismo del tiempo.

—Quédate conmigo esta noche —susurró.

Él se quedó inmóvil, y durante varios momentos tensos temió que la rechazara. Pero Ronan extendió la mano para atraerla contra su pecho, sus ojos una tormenta de emociones mientras bajaba la boca para apoderarse de la suya. Su beso fue feroz, su lengua sondeando su boca mientras la despojaba de su ropa, soltándola solo para quitarse la túnica y el kilt.

La llevó a la cama, y aunque chispas de placer corrían por ella, mantuvo los ojos abiertos y fijos en él, queriendo saborear cada momento de sus últimos instantes juntos. Él también mantuvo sus ojos fijos en los de ella mientras succionaba sus pechos, antes de cubrir su abdomen de besos para saborearla, gimiendo mientras ella se retorcía en la cama, como si su lengua fuera un director y su cuerpo la orquesta, reaccionando a cada movimiento. Su boca permaneció en su centro incluso cuando ella alcanzó el clímax, manteniendo sus ojos dorados fijos en su rostro, como si él también estuviera memorizando y absorbiendo cada detalle de su placer.

Solo entonces la levantó para que lo montara, hundiéndola en su erección. Ella comenzó a ondular sobre él mientras él alcanzaba sus pechos, su respiración rápida y dura entre dientes apretados.

—Mi bruja; mi Kara —jadeó, mientras ella lo cabalgaba, alcanzando sus anchos hombros, el movimiento de sus cuerpos construyendo un crescendo de placer.

Ella gritó cuando su orgasmo la atravesó, y él la agarró por la cintura mientras su propio clímax lo sacudía. Sus cuerpos permanecieron unidos mientras temblaban en su liberación mutua.

Se hundió en la cama junto a él, sin aliento, con restos de amor y deseo recorriendo su cuerpo.

Ronan la atrajo hacia sí, enterrando su rostro en su cabello, susurrando palabras que le rompieron el corazón.

—Solo te envío lejos por tu seguridad. Vive tu vida, mi Kara. Nunca te olvidaré.

—Y yo nunca te olvidaré —susurró ella, con la voz quebrada mientras levantaba la mirada para encontrarse con sus ojos.

Te amo, Ronan del Clan Macleay. Siempre.

CAPÍTULO 23



Mientras Ronan se alejaba cabalgando del castillo, intentaba no pensar en su diosa dorada. Su piel suave contra la suya mientras le hacía el amor, el dolor en sus ojos cuando la instó a regresar a su época.

Era el amanecer de la mañana siguiente, y se había deslizado fuera de la cama mientras ella dormía, incapaz de soportar decirle un adiós definitivo. Lo había hecho con su cuerpo y su boca la noche anterior, tratando de mostrarle cuánto la amaba, cuánto lo había afectado.

Es lo mejor, se dijo a sí mismo. Ella necesitaba volver a su propia época, libre de conflictos del clan y de la amenaza de Tarag.

Había estado a punto de decirle que la amaba la noche anterior. Pero se había guardado las palabras para sí mismo. Si le hubiera dicho cómo se sentía, ella podría haber considerado quedarse en una época peligrosa a la que no pertenecía.

—Estás pensando en Kara —observó Eadan, sacándolo del tumulto de sus pensamientos.

Ronan miró a su primo que cabalgaba a su lado. Un pequeño contingente de hombres cabalgaba detrás de ellos mientras se dirigían hacia el norte.

—Siempre estoy pensando en ella. Siempre pensaré en ella —dijo Ronan, manteniendo la voz baja para que los hombres a su alrededor no pudieran oírlo—. Pero no importa. Está volviendo a su propia época. No sé cómo convenciste a Fiona para que se quedara, pero no le haré eso a ella.

—Le dije a Fiona que volviera también. Ella se negó. Deberías haberle dicho a la muchacha cómo te sientes.

—Ella no pertenece a esta época. No es seguro —respondió Ronan, encerrando su dolor—. Hoy va a ir a Tairseach y volverá a su época.

Eadan guardó silencio. Ronan agradeció que su primo no insistiera en el asunto. Pero aun así, los pensamientos sobre Kara permanecieron durante su viaje hacia el norte, y no fue hasta que llegaron a las afueras de sus tierras del norte que logró apartar su imagen de su mente, endureciéndose ante la vista de Tarag y sus hombres.

Contó aproximadamente cien hombres reunidos con Tarag; solo un poco más que su contingente de setenta hombres. No estaban tan superados en número como había temido, pero aun así, la inquietud lo atravesó ante la vista de los hombres de Tarag, que habían desmontado de sus caballos y estaban en posición de batalla. Ronan había luchado antes, en pequeñas escaramuzas durante otros conflictos del clan, y había luchado contra los hombres de Dughall junto a Eadan, pero esta batalla parecía más ominosa.

Porque es la primera batalla que has encabezado, se dio cuenta. Cuando había luchado en el pasado, había sido por orden de Eadan o de algún otro noble del clan. Esta era la primera vez que

su liderazgo exigía luchar. Solo podía rezar para que los hombres que lo habían seguido a él y a Eadan a la batalla salieran victoriosos.

Mientras se acercaban, Ronan se quedó helado. Un hombre muerto yacía tendido sobre el flanco del caballo de Tarag.

Sin apartar la mirada de Ronan, Tarag montó el caballo y cabalgó a través del amplio campo para encontrarse con ellos. El hombre muerto era James, el mismo hombre con el que Kara había coqueteado para obtener información.

Con el pavor llenando sus entrañas, él y Eadan cabalgaron adelante para encontrarse con Tarag en el centro del campo. Cuando llegaron a Tarag, este empujó el cuerpo de James al suelo.

—¿No pensaste que descubriría quién reveló nuestros secretos? —exigió Tarag con una mueca de desprecio, centrándose en Ronan—. Pero tengo que admitir... fue inteligente hacer que tu puta sonsacara información a mi hombre. No te preocupes, después de que mis hombres acaben con los tuyos, el castigo que tengo en mente para tu Kara es uno placentero.

La rabia surgió a través de Ronan, y tuvo que contenerse para no cargar hacia adelante y atravesar a Tarag con su espada. Eadan pareció sentir la ira de Ronan y le dio una mirada de precaución antes de hablar.

—Mi primo me ha contado lo que ha sucedido en mi ausencia. A pesar de tu traición, te ofrezco una última oportunidad de resolver esto fuera del campo de batalla —dijo Eadan.

Tarag se rió, desenvainando su espada.

—Yo os ofrezco esta última oportunidad de abandonar las tierras que hemos reclamado. Hemos pagado a los granjeros que trabajan estas tierras. Están contentos de tenernos aquí, no a terratenientes ausentes como vosotros y vuestro clan del sur. Sois vosotros quienes elegís el derramamiento de sangre. O —añadió con una sonrisa malvada, sus ojos brillando mientras una vez más se centraba en Ronan—, mi oferta de tu primera visita sigue en pie. Mi Elspeth recientemente tuvo un... accidente, dejándome viudo y mi cama fría.

Ronan se quedó helado, el horror serpenteando a través de él. Dudaba que Elspeth hubiera sufrido un accidente. Tarag había obtenido la información que necesitaba de ella sobre el Clan Macleay y la había matado. El bastardo era malvado hasta los huesos.

—Dame a esa deliciosa puta de pelo dorado tuya para disfrutar —continuó Tarag, sus ojos ardiendo en los de Ronan—, y quizás todo sea perdonado.

Esta vez, Ronan no pudo sofocar su rabia. Desenvainó su espada. Su acción fue una señal para los otros hombres de que la batalla había comenzado, y Eadan gritó a sus hombres que cargaran.

El enfoque de Ronan estaba solo en Tarag. Saltó de su caballo y se lanzó hacia Tarag. Sus espadas chocaron en el aire mientras comenzaban a luchar.

A su alrededor, hombres de ambos bandos chocaban en batalla, espadas entrechocando, hojas atravesando carne, gruñidos y gritos de furia y dolor rodeándolos.

Tarag respondía a cada embate de la espada de Ronan con la suya propia. De repente, extendió la pierna para patear a Ronan, enviándolo al suelo.

Ronan cayó con tanta fuerza que el dolor le abrasó las entrañas. Se arrastró en busca de su espada mientras Tarag avanzaba, alzando la suya con el rostro contorsionado por una furia asesina.

La espada de Ronan estaba fuera de su alcance; no tenía tiempo para evitar el golpe. La única emoción que llenaba su pecho era un doloroso y ardiente arrepentimiento; arrepentimiento de que nunca volvería a ver a su Kara, arrepentimiento de que nunca le había dicho cuánto la amaba. *Te amo, mi Kara*, pensó, mientras la espada de Tarag se precipitaba hacia su corazón.

Pero de repente la espada desapareció. Ronan alzó la vista, sobresaltado. Eadan había derribado a Tarag. Ayudó a Ronan a ponerse de pie, entregándole su espada mientras cargaban juntos contra Tarag.

Pero uno de los hombres de Tarag interceptó el camino de Eadan, y Ronan se encontró nuevamente solo frente a Tarag, con una oleada de fuerza renovada fluyendo a través de él. Quería sobrevivir, no solo por su clan y sus tierras. Sino por Kara.

Su roce momentáneo con la muerte le había obligado a darse cuenta de que necesitaba volver con Kara, decirle que la amaba y que la quería a su lado. Por todos sus días.

Tarag gruñó, cargando hacia adelante. Ronan esquivó su golpe, aprovechando la oportunidad para patear las rodillas de Tarag. Este cayó con fuerza, pero dirigió su espada hacia el pecho de Ronan. Ronan atrapó la espada con su mano desnuda, ignorando el dolor abrasador mientras su piel se desgarraba y sangraba.

Sosteniendo la espada de Tarag con su mano desnuda, alzó la suya y la hundió en el pecho de Tarag. Este soltó un rugido de dolor, cayendo de espaldas al suelo mientras Ronan retiraba la espada. Ronan miró fijamente al hombre moribundo, sin apartar la vista hasta que la luz abandonó sus ojos.

No sentía placer al quitar la vida de otro hombre, ni siquiera la de un hombre como Tarag, pero una sensación de alivio le invadió cuando este exhaló su último aliento. Su muerte significaba que ya no podría hacer daño a nadie, incluida su Kara, nunca más.

Ronan se volvió para unirse a Eadan mientras este luchaba contra uno de los hombres de Tarag, pero muchos de los hombres de Tarag habían visto caer a su líder, y esto cambió el rumbo de la batalla. Algunos continuaron luchando mientras otros huían.

No tardaron mucho en derrotar al resto de los hombres de Tarag; los hombres del Clan Macleay se habían envalentonado con la muerte de Tarag, y pronto la batalla había terminado.

Una poderosa oleada de alivio llenó su pecho; habría asuntos que atender después, pero la batalla contra Tarag había terminado. Solo una persona dominaba sus pensamientos ahora. Kara.

Quizás ya se había ido a Tairseach, de vuelta a su propio tiempo y lejos de él, porque había sido demasiado tonto para decirle que la amaba.

Una cosa era cierta ahora, una certeza que lo había llenado desde que la espada de Tarag se había precipitado hacia su corazón: su vida no valía la pena sin su Kara. Y necesitaba decírselo. Si aún había tiempo.

Se dio la vuelta, a punto de decirle a su primo que iba a Tairseach, cuando de repente un caballo irrumpió en el campo. Se giró para enfrentarlo, con la espada lista.

Pero Ronan se quedó quieto. Reconoció al jinete: era un mensajero del castillo. El pánico se apoderó de él y corrió hacia adelante.

—Los hombres de Tarag —dijo el mensajero, sin aliento—. Esperaron hasta que tú y Eadan os fuerais. Han prendido fuego a nuestras tierras.

CAPÍTULO 24



La ansiedad se enroscaba alrededor de Kara, sujetándola con fuerza mientras cabalgaba por el campo junto a Fiona y Luag. Habían pasado la mañana visitando granjas aisladas en el campo, preguntando por Suibhne y Orla.

Habían pasado por tres granjas, y nadie había oído hablar de ellos. Después de la tercera granja, Kara comenzó a temer que no encontraría a su familia después de todo, que las manos del destino estaban trabajando en su contra y que lo que había sucedido en el pasado era imposible de evitar.

Pero esa no era la única razón de su ansiedad. Estaba preocupada por Ronan, luchando contra Tarag y sus hombres en el norte. ¿Y si caía en batalla? El dolor atravesó su pecho ante ese pensamiento, y apretó las riendas de su caballo. La carta de Alice no mencionaba ninguna batalla ni su desenlace.

Todavía hay esperanza, intentó tranquilizarse Kara. *Para tu familia y para Ronan.*

Miró a Fiona, que estaba silenciosa y pálida. Había intentado mantener una fachada optimista, pero Kara sabía que estaba preocupada por Eadan.

Se acercaron a otra granja más, y Kara se preparó para la decepción. Solo quedaban otras dos granjas en la zona después de esta y luego sería el momento de abandonar su búsqueda.

Lo intenté, Alice, dijo Kara en silencio, con dolor y arrepentimiento recorriéndola. *Intenté encontrarlos.*

Pero se quedó paralizada cuando una joven salió de la pequeña cabaña que tenían delante, sujetando un cubo. Se parecía inquietantemente a una Alice más joven: pelo rubio, facciones finas, ojos verdes. El corazón de Kara se aceleró y permitió que un atisbo de esperanza la invadiera. *¿Podría ser?*

Kara desmontó, entregando las riendas a Luag y apresurándose hacia la mujer.

—¿Orla? —preguntó Kara, con voz temblorosa.

La mujer se detuvo, bajando el cubo al suelo y mirándola con curiosidad.

—Aye —respondió, mientras el corazón de Kara le saltaba a la garganta—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarlos?



KARA SE SENTÓ FRENTE a Orla y su marido Suibhne, un hombre de pelo oscuro a finales de sus veinte años con ojos amables, intentando no mostrar su nivel de emoción. En la esquina de la pequeña cabaña, Fiona estaba sentada frente a sus dos hijas pequeñas, hablándoles en voz baja. Luag estaba de pie fuera de la cabaña.

—¿Estáis diciendo que estamos en peligro? —preguntó Suibhne, frunciendo el ceño.

Kara les había contado la misma historia que habían usado con los otros granjeros: el laird del Castillo Macleay había enviado a su esposa, su acompañante y su guardia de confianza en lugar de un mensajero, ya que sus hombres habían sido llamados al norte para luchar. Les habían advertido de un posible ataque a sus tierras por parte de un clan rival mientras la batalla se libraba en el norte, y los granjeros deberían evacuar por su seguridad. Con los otros granjeros, Luag había hecho la mayor parte de la conversación para no levantar sospechas o desconfianza por los extraños acentos de Fiona y Kara.

Pero esta vez, Kara fue quien habló. Era importante para ella dar esta noticia ella misma, al diablo con el acento.

—Sí —dijo Kara, tratando de mantener la voz firme, cuando quería gritar: *Vengo del futuro para salvar vuestras vidas*.

—Acabamos de mudarnos aquí hace unos días —dijo Orla con un suspiro—. No podemos permitirnos mudarnos de nuevo.

Kara se tensó sorprendida. No solo no había estado buscando en el lugar correcto, sino que ellos aún no se habían mudado aquí. Debían haberse mudado justo antes del incendio que los mató... en la línea de tiempo original. *No en esta*, pensó Kara con una oleada de determinación.

—No tienen que irse permanentemente. Solo por unos días hasta que pase la amenaza —dijo Kara—. ¿Hay algún lugar al que puedan ir?

—Mi primo vive en Inverness —dijo Suibhne, después de una breve pausa.

Inverness. Ahí era donde vivía la otra rama de su familia, la rama de la que ella descendía.

—Vayan allí —instó Kara—. Me aseguraré de que el laird los mande llamar cuando sea seguro. Tienen mi palabra.

Se puso tensa, nerviosa de que discutieran con ella y se negaran, pero le dieron asentimientos reacios.

—Si no les importa, esperaremos mientras empaquetan. Puedo ayudar —ofreció Kara. No se sentiría tranquila hasta que los viera evacuar con sus propios ojos.

—Es amable de vuestra parte ofrecerlos, pero podemos empacar nuestras cosas. No tenemos muchas pertenencias —dijo Orla, dándole una sonrisa educada. Mientras Suibhne se levantaba, Orla se quedó en la mesa—. Me resultáis familiar. ¿Os conozco de algún lado?

Soy tu prima lejana del siglo XXI.

—No —respondió Kara, sonriendo—. Soy del sur de Inglaterra. Supongo que tengo una cara común.

Orla le dio una última mirada antes de volverse para ayudar a Suibhne a recoger sus cosas.

Kara y Fiona salieron de la cabaña, quedándose fuera con Luag mientras Suibhne y Orla empacaban. Escuchó el tono suave de la voz de Orla mientras hablaba con sus hijas, la risa cristalina de las dos niñas pequeñas.

Las lágrimas le picaban en los ojos; lágrimas de alivio y gratitud. En otra línea de tiempo, habrían muerto violentamente en un incendio. Fiona pareció sentir la corriente subyacente de emociones de Kara y extendió la mano para agarrar la suya. Kara la apretó, aliviada de que hubiera otra viajera del tiempo en esta época, alguien que entendiera la implicación de lo que estaba sucediendo.

—El laird se asegurará de que cuiden de vuestra granja mientras estáis fuera —aseguró Kara a Suibhne y Orla, momentos después, tras haber cargado sus pocas pertenencias en el carro. Estaban sentados en lo alto del carro con su caballo, listos para partir—. Os mandará llamar cuando sea seguro.

Suibhne le hizo un gesto de gratitud con la cabeza, mientras Orla mantenía sus ojos fijos en los de Kara mientras se alejaban. Kara podía notar que Orla de alguna manera sentía que estaban conectadas. *No tienes ni idea*, pensó.

—Lo logré, Alice —susurró Kara, como si su abuela pudiera oírla a través del abismo del tiempo—. Lo logramos.

Pero la tensión en su cuerpo persistía. Su familia estaba a salvo, pero el destino de Ronan seguía siendo incierto.

Montaron sus caballos y emprendieron el camino de vuelta al castillo. Pero mientras avanzaban por el camino de tierra, Kara se puso tensa. Podía oler el acre aroma de las llamas en el aire, y la alarma la recorrió.

Fuego.

CAPÍTULO 25



A lado de Kara, Fiona y Luag se tensaron; también habían oído las llamas.

—¡Quédense detrás de mí! —gritó Luag, espoleando los costados de su caballo mientras cabalgaba delante de ellas. Kara y Fiona intercambiaron miradas nerviosas antes de seguirlo por el camino de tierra.

El corazón de Kara latía furiosamente mientras cabalgaban. ¿Sería este el fuego del que Alice había escrito en su carta? Ella había salvado a su familia, pero ¿qué pasaba con las otras vidas en esta zona?

Siguieron cabalgando en silencio, con los cascos de sus caballos golpeando el suelo y sus respiraciones frenéticas como únicos sonidos. El olor a humo se hizo más fuerte, volviéndose abrumador cuando llegaron a las afueras del pueblo.

Fiona jadeó, llevándose la mano a la boca. Kara se quedó paralizada, contemplando la escena ante ellas.

Varios edificios en el centro del pueblo habían sido incendiados: un par de tiendas de comerciantes y la taberna. Una docena de hombres estaban apagando el fuego con cubos de agua mientras otros evacuaban a los aldeanos de las cabañas circundantes.

Luag desmontó y ató su caballo a un poste, gritándoles que se quedaran allí fuera de peligro mientras él ayudaba a los hombres a apagar el fuego.

—¿Acaso no me conoce ya? —refunfuñó Kara, desmontando de su caballo. No se quedaría quieta mientras un incendio arrasaba; al menos podía ayudar a evacuar a los aldeanos.

Fiona también desmontó, y ambas se apresuraron hacia el borde de la plaza del pueblo. Los aldeanos asustados salían en tropel; muchos parecían reconocer a Fiona, dándole sonrisas agradecidas.

—Si no tienen adónde ir, vengan al castillo —les dijo Fiona a los aldeanos, alzando la voz para que pudieran oírla por encima del caos del fuego—. Les avisaremos cuando sea seguro regresar.

Fiona se volvió hacia Kara, bajando la voz.

—¿Es esto lo que tu abuela dijo que pasaría?

—Sí —dijo Kara lentamente, dirigiendo su mirada al fuego, que parecía estar apagándose gracias a los esfuerzos conjuntos de los hombres que lo rociaban con agua. Debían haberlo alcanzado rápidamente antes de que pudiera propagarse—. Pero... en su carta ocurría de manera diferente. Mencionaba que el incendio tenía lugar en medio de la noche; eso es lo que indicaban los registros locales.

Un escalofrío la recorrió al imaginar el daño que habría causado un incendio así en medio de la noche. Especialmente si se extendía al campo, matando a los que vivían en granjas aisladas.

Como mi familia, se dio cuenta Kara aturdida.

—Entonces parece que ya has cambiado la historia —susurró Fiona, haciendo un gesto cortés a una anciana y su marido que pasaban junto a ellas.

Kara se quedó quieta, dejando que las palabras de Fiona se asentaran. Los hombres de Ronan estaban vigilando los alrededores del campo para evitar que los hombres de Tarag pudieran intentar provocar más incendios o daños. Sus ojos volvieron al fuego, que ahora se extinguía aún más rápidamente con los esfuerzos conjuntos de los hombres.

Sus acciones en este tiempo quizás no habían impedido que los hombres de Tarag actuaran, pero habían cambiado el momento de su acción, lo que salvó vidas. No sabía cuál de sus acciones había causado esto —obtener la información del hombre de Ronan, insistir en que Ronan investigara a los aliados de Dughall—, pero habían cambiado los acontecimientos en este tiempo.

Había hecho lo que vino a hacer aquí. Había honrado el deseo de Alice y podía regresar a Tairseach como Ronan le había indicado, y volver a su propio tiempo.

A un tiempo donde Ronan no existía.

El dolor se apoderó de su corazón ante ese pensamiento, y cerró los ojos.

—Lo has logrado, Kara —dijo Fiona con el ceño fruncido por la preocupación, malinterpretando sus lágrimas—. Has detenido el...

—No es eso —susurró Kara—. Es... Ronan. Lo amo.

La expresión de Fiona se suavizó.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Una vez estuve en la misma posición que tú —dijo Fiona, sonriendo—, y creo que ya sabes qué decisión vas a tomar. Tu corazón ya ha decidido por ti.

Kara tragó saliva, las lágrimas nublando su visión.

Fiona tenía razón. El momento en que se dio cuenta de que amaba a Ronan fue el momento en que supo en su corazón que se quedaría en este tiempo. Y sentía, en lo más profundo, que ya había hecho todo lo que podía en su propio tiempo. Con Alice ausente, no había nada para ella allí. Tal vez, si Ronan y Eadan estaban de acuerdo, el Clan Macleay podría usar a alguien con sus habilidades investigativas.

Se quedaría donde estaba su corazón, donde una parte de ella ya sentía que pertenecía. Aquí en este tiempo. Con Ronan.

—Y mira —dijo Fiona, sus ojos iluminándose mientras miraba algo más allá del hombro de Kara—. Justo a tiempo.

Kara se giró, y su corazón saltó a su garganta. Ronan se acercaba al pueblo a caballo con Eadan y varios de sus hombres. Aparte de su mano, envuelta con un trozo de tartán rasgado, no tenía heridas visibles.

La oleada de alivio que la invadió fue tan grande que casi cayó de rodillas.

Ronan la vio al mismo tiempo que ella lo vio a él, y todo su rostro se iluminó. Ella tropezó hacia él sin darse cuenta mientras Ronan desmontaba y se dirigía hacia ella en varias zancadas largas, tomándola en sus brazos y presionando sus labios contra los de ella.

Kara se aferró a él mientras el mundo a su alrededor se desvanecía, y le devolvió el beso. Ronan estaba aquí, en sus brazos, vivo.

Cuando finalmente se separaron, Ronan apoyó su frente en la de ella.

—Tarag está muerto. La batalla está ganada —susurró, y otra oleada de alivio la invadió—. Kara, sé que te dije que volvieras a tu propio tiempo, pero por favor. No lo hagas. Y no solo

porque Tarag esté muerto. Porque te amo.

El corazón de Kara se elevó. Se apartó, parpadeando hacia él. Necesitaba escuchar las palabras de nuevo.

—¿Qué?

—Te amo, Kara. Mi bruja de un tiempo que aún está por venir —susurró Ronan—. Sé... sé que es egoísta de mi parte pedirte que te quedes —continuó, tomando sus manos y presionándolas contra su pecho—. Pero te amo con todo lo que soy. Quiero pasar el resto de mis días contigo a mi lado. Quédate. Eres parte de mí, y sin ti soy una mera sombra. —Su voz tembló, sus ojos dorados brillando con lágrimas.

—Ronan... —susurró ella.

Él se tensó, como si se preparara para su rechazo. Pero ella sonrió. Ampliamente.

—Yo también te amo. Y no me voy a ninguna parte.

Un alivio absoluto llenó sus ojos, y la levantó en sus brazos, presionando sus labios contra los de ella.

La volvió a poner en el suelo. Por el rabillo del ojo, podía ver a Eadan y Fiona de pie, brazo con brazo, mirándolos con sonrisas. El fuego se había apagado por completo, y muchos de los aldeanos les estaban dirigiendo miradas curiosas.

Pero justo ahora, todo su mundo era Ronan. Ronan la acercó al círculo de sus brazos, sus ojos dorados clavados en los de ella.

—¿Te casarás conmigo, Kara? ¿Serás mi esposa?

—Sí —dijo ella, radiante—. Con todo mi corazón, sí. Pero primero... hay algo que necesito hacer.



HORAS DESPUÉS, los brazos de Ronan estaban seguros alrededor de su cintura mientras cabalgaban hacia Tairseach. Fiona le había dicho que se veía igual en este tiempo que en el presente, pero aún era sorprendente ver el mismo pueblo al que había llegado en su coche semanas atrás.

Una vez que llegaron a las ruinas, desmontaron, y Ronan ató su caballo a un árbol. Kara miró las dos cartas en sus manos. Una carta era para Jon. Había escrito una carta similar a la que Fiona había escrito a su amiga Isabelle, diciendo que estaba a salvo y feliz en Escocia, y que no la buscaran. La otra carta estaba dirigida... a Alice.

De las muchas preguntas sin respuesta que tenía, la que más la atormentaba era *cómo* Alice sabía que podía viajar en el tiempo. Y la respuesta era tan simple que Kara no podía creer que no lo hubiera descubierto antes.

Kara había sido quien se lo había dicho.

En algún momento en el futuro, Alice recibiría la carta que Kara acababa de escribir, y eso pondría en marcha los eventos que llevaron a Kara a venir a este tiempo, a salvar a su familia y a conocer a Ronan. Y de alguna manera, Kara no estaba segura de cómo, se encargaría de que la carta de Kara para Jon fuera enviada después de su muerte, y después de que Kara viajara en el tiempo. Estaba segura de esto, y solo podía concluir que como viajera del tiempo había algún instinto básico en ella que la hacía consciente de tales cosas.

De lo que no estaba segura era de exactamente cómo la bruja druida afectaría su futuro viaje en el tiempo. Tal vez la bruja solo le había dado el empujón final a este tiempo. Recordó el nombre de su voz en el viento, justo antes de viajar a través del tiempo. *Kara*.

Y recordó la falta de preocupación de Alice por su vida amorosa y la ausencia de relaciones significativas, cuán a menudo Alice le había dicho que todo se resolvería al final. Era porque Alice sabía que Kara algún día viajaría en el tiempo y conocería a su alma gemela.

Y que se quedaría.

—¿Estás lista?

Miró a Ronan y sonrió. Le había contado lo que había descubierto, y aunque al principio parecía desconcertado, ahora lo entendía.

Ronan tomó su mano y juntos se dirigieron a las ruinas del castillo. Mientras se acercaba, el viento se intensificó, y se preguntó si era el mismo viento que la había sacado de su propio tiempo y la había traído a este.

Ronan no parecía notar ni oír el viento, pero su agarre en su mano se apretó, como si temiera que ella desapareciera, arrastrada a través del velo del tiempo. Ella le devolvió el apretón, como si él fuera un ancla temporal que la mantenía quieta. Se arrodilló, colocando las dos cartas en el suelo.

No sabía cómo funcionaba esto; Fiona le había dicho que dejó su carta para Isabelle en el castillo y pronto desapareció, esperando que fuera arrastrada a través del tiempo.

Dio un paso atrás, manteniendo sus ojos en las cartas, la mano de Ronan aún aferrada a la suya. El viento aumentó, agitando su cabello. El asombro y el alivio la invadieron cuando las cartas desaparecieron, donde llegarían al futuro, donde Alice las encontraría... y guiaría a una Kara inconsciente a donde pertenecía.

A su lado, los ojos de Ronan se abrieron de par en par y sus labios se separaron al ver las cartas desaparecer. El viento se calmó, y los hombros de Kara se relajaron. Apretó su mano, y él pareció salir de su sorpresa, encontrando su mirada con una sonrisa.

—Llévame a casa, Ronan.

CAPÍTULO 26



Actualidad
Chicago, Illinois

*P*or favor, no intentes encontrarme, Izzy. Soy feliz. Más feliz de lo que he sido nunca. Ojalá pudiera contarte más. Pero quiero que sepas que siempre pensaré en ti.

Con amor,
Fiona

Isabelle leyó la carta por millonésima vez, pasándose la mano por el pelo con un suspiro. Había recibido la carta de Fiona de improviso hacía dos semanas.

Fiona había desaparecido en Escocia hacía más de dos meses, y su carta no aliviaba la preocupación de Isabelle. Por un lado, la carta estaba escrita en trozos de pergamino de aspecto antiguo y había llegado sin dirección de remitente. Y por otro, no era propio de Fiona desaparecer sin decirle adónde iba, solo para enviarle una carta semanas después insistiendo en que estaba bien y que no la buscara.

La culpa punzaba en la columna vertebral de Isabelle. Había sido idea suya que Fiona fuera sola a su luna de miel en Escocia después de haber cancelado su boda con su prometido Derek. Si no lo hubiera sugerido, tal vez Fiona estaría aquí ahora.

Isabelle había volado a Escocia para encontrarse con Fiona. Pero cuando Fiona no se presentó en Edimburgo como habían planeado, Isabelle inmediatamente comenzó a buscarla, presentando informes a la policía tanto en Escocia como luego en Chicago cuando regresó a casa a regañadientes tras no haber progresado en la búsqueda de Fiona en Escocia. Llamaba a diario a ambos departamentos de policía, pero no se había avanzado nada. Sabía que si entregaba la carta de Fiona a la policía, cerrarían oficialmente su caso.

Cuando Fiona desapareció por primera vez, pensó que tal vez se había fugado con su ex prometido y estaba demasiado avergonzada para decírselo a Isabelle. Pero cuando Isabelle fue a verlo, él no tenía idea de dónde estaba, y parecía genuinamente preocupado cuando le dijo que Fiona había desaparecido.

A Fiona no le quedaba familia cercana, así que era solo Isabelle quien realizaba toda la búsqueda. Y ahora esta carta había aparecido sin dirección de remitente. Aunque Isabelle reconocía la cuidadosa caligrafía de bucles como la de Fiona, algo en la carta parecía... extraño.

Volvió a mirar la carta cuando le vino un recuerdo a la mente. En uno de los pueblos de las Tierras Altas donde se había detenido durante su búsqueda de Fiona, un posadero le había hablado de los rumores sobre un pueblo medieval cercano que yacía en ruinas, un pueblo que no todos tenían la capacidad de ver. Se llamaba Tairseach, que significaba "portal" en gaélico. El

posadero le contó que los rumores de desapariciones en la zona se remontaban a siglos atrás.

Isabelle había agradecido al posadero, aunque se le había encogido el corazón. Había asumido que los rumores eran simplemente tonterías supersticiosas.

Pero ahora un escalofrío le recorría la espalda. ¿Era una tontería? ¿O podría haber algo de verdad en los rumores?

Tomó la carta, apretándola contra su pecho. Fiona era su mejor amiga, y ella no dejaría de buscarla si las circunstancias fueran al revés. Incluso si recibiera una misteriosa carta afirmando lo contrario. Solo había una cosa por hacer.

Era hora de volver a Escocia.



COMPRA El vínculo de Ciaran (El Destino del Highlander Libro 3) ahora. Sigue leyendo para un breve extracto.

AVANCE DEL VÍNCULO DE CIARAN

—Me llamo Ciaran —dijo—. Ciaran de...

Se detuvo abruptamente y una sombra cruzó su rostro.

—Yo soy Isabelle —dijo ella, llenando el incómodo silencio.

—Isabelle —pronunció él lentamente, y algo en la manera en que dijo su nombre hizo que una aguda punzada de conciencia la atravesara—. Permíteme escoltarte de vuelta a mi campamento.

Isabelle lo siguió, sacudiendo la cabeza como para deshacerse de la chispa de deseo que había sentido cuando él dijo su nombre. Posiblemente había aterrizado en otra época; no había tiempo para desmayarse por un misterioso escocés vestido con ropas medievales.

Respiró hondo varias veces para calmarse mientras caminaban. Su cerebro aún se resistía a la idea de haber viajado en el tiempo, pero no había nada que pudiera hacer hasta que al menos pudiera ver sus alrededores. Y luego, si Dios quería, encontraría un camino y una forma de volver a Tairseach. Kensa tenía algunas explicaciones que dar.

Llegaron a un claro, y Ciaran colocó una capa de cuadros en el suelo junto a una pequeña fogata. Se enderezó, señalando al otro lado del claro.

—Estaré por allá. Si necesitas comida o bebida, hay algo en esa bolsa de allí. Si quieres quitarte la ropa embarrada, tengo una túnica limpia en esa bolsa también. Es lo suficientemente larga como para que puedas usarla como vestido.

Isabelle asintió en agradecimiento mientras él se dirigía al otro lado del claro y desaparecía de su vista. Una vez que se fue, ella metió la mano en su bolsa, quedándose paralizada al sacar una túnica. Ciertamente, esto no parecía una prenda de ropa moderna. Parecía hecha a mano, pero por alguien que sabía coser bien, y estaba hecha de una cómoda tela de lana.

Se quitó la ropa sucia y se puso la túnica, acomodándose en su improvisada cama. Miró fijamente el cielo estrellado de la noche, esperando contra toda esperanza ver un avión o cualquier cosa que indicara que aún estaba en el siglo veintiuno. Pero solo había una multitud de estrellas y la oscuridad del cielo nocturno.

Tiene que haber una explicación razonable, se dijo Isabelle con firmeza, cerrando los ojos. *Tiene que haberla.*



Isabelle se despertó sobresaltada a la mañana siguiente. Se sentó, con el cuerpo adolorido por dormir en el suelo. Miró a su alrededor con una sensación de hundimiento. Había esperado que todo hubiera sido un sueño. Pero seguía en el mismo claro, vistiendo una túnica medieval.

Se puso de pie, cruzando el claro hacia donde Ciaran había desaparecido la noche anterior. Él podría ayudarla a llegar al camino más cercano de vuelta a Tairseach. Pero no lo encontró, y por un momento el pánico la invadió al preguntarse si se había marchado.

Oyó salpicaduras en el arroyo, y su corazón se elevó de alivio.

Isabelle siguió el sonido corriente abajo y se quedó paralizada cuando encontró a Ciaran.

Ciaran se estaba limpiando en el arroyo... completamente desnudo. La suciedad y la mugre que lo cubrían la noche anterior habían ocultado un cuerpo esculpido y musculoso: desde un par de largas piernas ahusadas, firmes músculos abdominales, anchos hombros y una espalda ondulante. Estaba de espaldas a ella, gracias a Dios, y no parecía notar que ella estaba allí mientras se lavaba con las manos.

Isabelle tragó saliva, preguntándose cómo debería hacerse notar, pero fue incapaz de hablar. Ciaran se dio la vuelta, y el deseo ardiente que ardía dentro de ella se disparó. La suciedad y la oscuridad de la noche anterior no solo habían ocultado un cuerpo impresionante, sino también un rostro sorprendentemente guapo. Tenía una boca generosa, una mandíbula cincelada cubierta por un par de días de crecimiento de barba y una nariz aristocrática. Abrió los ojos, e Isabelle tuvo que ahogar un jadeo. Sus ojos eran aún más deslumbrantes a la luz del día: sus tonos grises y verdes resaltados por el sol. Era, con diferencia, el hombre más hermoso que jamás había visto.

Fue solo la mirada de conmoción en los impresionantes ojos de Ciaran lo que la hizo volver en sí. Se apartó de él, tragando con dificultad.

—Y-yo lo siento —tartamudeó—. No te vi cuando me desperté, así que vine a buscarte.

—Está bien, muchacha —dijo él, y ella podría jurar que oyó un rastro de diversión en su voz.

Pasó un largo momento de silencio, y ella esperaba —rezaba— que se estuviera vistiendo. Pronto, sintió su mano en el hombro, girándola para que lo mirara.

Era aún más guapo de cerca. Aquellos ojos multicolores estaban fijos en los suyos con intensa concentración. Ella dio un paso atrás, dolorosamente consciente de cómo debía verse. Su cabello oscuro estaba despeinado, aún había rastros de suciedad en su piel del arroyo fangoso, y debía oler horrible.

—Lo siento —dijo de nuevo, tontamente. Notó con fastidio que él solo estaba medio vestido; llevaba un kilt de cuadros ceñido, y su abdomen musculoso y reluciente estaba demasiado cerca de su cuerpo. Dio otro paso atrás—. Eh... ¿vas a ponerte una camisa?

Él pasó junto a ella y se puso una túnica que había dejado sobre un tronco. Isabelle exhaló un pequeño suspiro de alivio. Al menos ahora podría concentrarse.

—Ahora que hay luz —dijo Isabelle—, ¿puedes indicarme o ayudarme a encontrar un camino? Si pudiera solo...

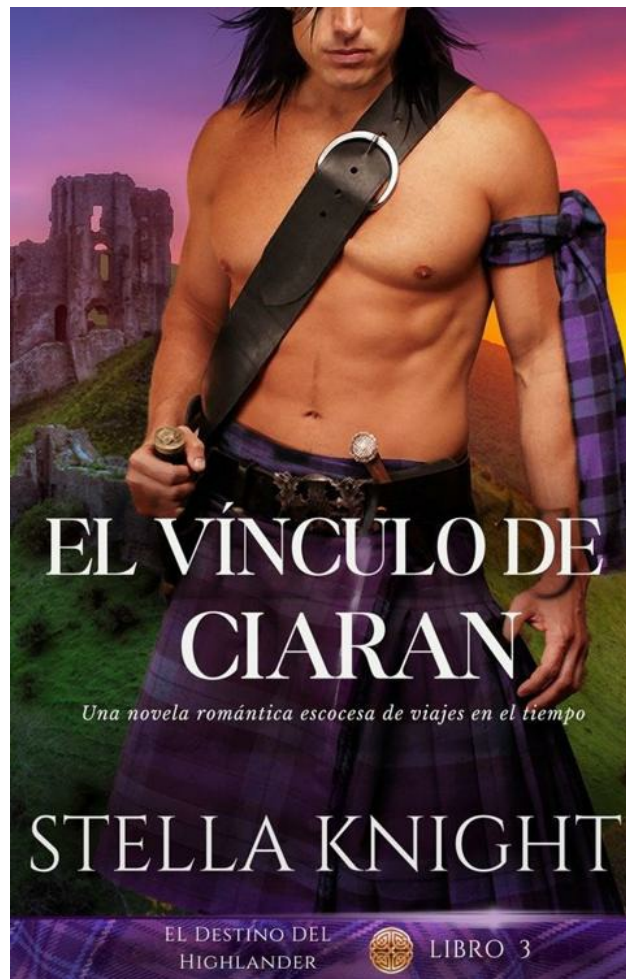
—Silencio —interrumpió Ciaran, moviéndose para pararse frente a ella.

Isabelle se quedó quieta, sobresaltada por su repentino estado de alarma.

Y entonces ella también lo oyó. Pasos que se acercaban a ellos a través de los árboles.

Dos hombres salieron, con las manos en las empuñaduras de sus espadas, sus ojos brillando con oscura intención.

EL VÍNCULO DE CIARAN



La historia continúa en EL VÍNCULO DE CIARAN. ¡Consigue tu copia hoy!

TAMBIÉN DE STELLA KNIGHT

Serie El Destino del Highlander

El voto de Eadan
La cautiva de Ronan
El vínculo de Ciaran
La novia de Niall
La tentadora de Artair
El destino de Latharn

Serie El Destino del Highlander, Lairds de las Islas

El amor de Gawen
La promesa de Bhaltair
El honor de Domhnall

Novelas Cortas de El Destino del Highlander

Su destino highlander (novela corta precuela)
La hechicera de Toran

SOBRE LA AUTORA

Stella Knight escribe novelas románticas de viajes en el tiempo y romances históricos. Disfruta transportando a los lectores a diferentes épocas y lugares con héroes y heroínas vívidos y llenos de matices.

¡Mantente en contacto!
stellaknightbooks.com
stella@stellaknightbooks.com